La isla fantástica

Kenneth Robeson



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
NAUFRAGIO A LA MEDIDA

La desaparición de Guillermo Harper Littlejohn no llamó la atención del público en absoluto. El motivo era muy sencillo: el público jamás se enteró del suceso.

Guillermo Harper Littlejohn era un hombre muy famoso. Es muy posible que si se parara a diez personas, escogidas al azar, en medio de la calle, y se les preguntara quién era Guillermo Harper Littlejohn, todas ellas contestarán que no tenían la menor idea; pero, en su profesión, Guillermo Harper Littlejohn era un personaje.

Desarrollaba sus actividades en el campo de la arqueología y de la geología.

En todo lugar en que hubiera hombres interesados en estos asuntos, era conocido.

La desaparición de Guillermo Harper Littlejohn fue muy sencilla. Había fletado un barco para llevar a cabo una expedición científica a las Islas Galápagos, situadas en el Océano Pacífico.

Se dice que las Galápagos son las islas más raras del mundo. Guillermo Harper Littlejohn desapareció misteriosamente.

El barco desapareció. La expedición entera también.

No podía haber sido que su aparato de radio hubiese fallado. Había instaladas tres emisoras a bordo del buque. No; habría otro motivo. Era muy extraño, pero así sucedió.

Al principio, nadie tenía la menor idea de lo extraño que era.

Guillermo Harper Littlejohn era uno de los cinco ayudantes del sorprendente y misterioso Doc Savage.

Este recibió la noticia de su desaparición, hallándose en su casa de Nueva York. Obró inmediatamente.

Dos de sus ayudantes se hallaban haciendo un crucero de recreo a bordo del yate *Seven Seas* que acertaba a encontrarse en aquellos momentos por las costas de Panamá. Iba con ellos Patricia Savage.

Pat aseguraba haberles acompañado nada más que por hacer el crucero de recreo; pero se sospechaba que lo que ella buscaba eran emociones.

Si era cierto esto, no cabe la menor duda que estaba destinada que encontrarlas.

Doc Savage, hombre de bronce, individuo de misterio, mago mental y maravilla física, envió un radiograma al *Seven Seas*, que se dirigió hacia las islas Galápagos para buscar al arqueólogo, conocido bajo el nombre de Johnny por sus compañeros.

El *Seven Seas* estaba a punto de meterse en muchos más apuros de lo que sus tripulantes hubiesen creído posible.

El *Seven Seas* estaba siguiendo el rayo emitido, como favor especial, por la potente estación de radio norteamericana de la Zona del Canal de Panamá.

Este rayo hacia mucho más sencilla la navegación y lo estaban siguiendo hasta las islas Galápagos.

El general de la brigada Teodoro Marley Brooks se hallaba sobre el puente del *Seven Seas* mirando la inmensidad de cielo y agua negros. De vez en cuando dirigía una mirada llena de ansiedad a la antena de radio.

El agua acariciaba la proa de la embarcación con luminosa fosforescencia.

En aquellos instantes el yate cabeceaba en una fuerte marejada. Todos sus ribetes estaban sometidos a una tensión enorme y los mamparos rechinaban.

Soplaba media galerna y sonaba en las jarcias como los suspiros de moribundo.

Al general de brigada Teodoro Marley Brooks le llamaban, generalmente, Ham, nombre que no le gustaba.

Frunció el entrecejo y se dirigió al puente.

-Esto es peligroso-dijo, con brusquedad-; podemos dar con un escollo de un momento a otro.

-¡Si lo sabré yo!-contestó una voz sorprendentemente infantil, en la semiobscuridad del puente-. Esta marejada es mala... muy mala. Cuando se amontona así, significa que empieza a haber poca profundidad.

Ham exclamó: -Yo creí que decías...

-Aquí hay algo raro-le interrumpió la voz infantil-. Según nuestras cartas, nos hallamos es estos momentos a más de cien millas de tierra.

Una joven se reunió con ellos en el puente. Era una muchacha que hubiese llamado la atención en cualquier parte, puesto que, no sólo era muy hermosa, sino que tenía el cabello de un color bronceado muy poco usual y los ojos parecían de oro.

Era Patricia Savage, a quien las emociones encantaban.

-Ya podíais decir al mar que se portara como es debido -dijo, alegremente-. Me he caído de la litera tres veces durante el último cuarto de hora. He tenido que darme por vencida.

-Aquí hay algo raro, Pat -le dijo Ham-. Estamos metidos en una marejada. Eso significa que andamos cerca de tierra o, por lo menos, de grandes escollos. Pero eso es completamente imposible.

Pat se acercó al otro hombre que se hallaba en el puente.

-¿Qué es lo que ocurre exactamente Monk? -preguntó.

Monk estaba sentado en la sombra, agazapado como corpulento Buda sobre un amplificador de radio. Sus gruesas manos señalaron el aparato.

-Los sonidos que sirven para guiarnos parecen haberse vuelto locos -dijo.

Ham se reunió con ellos y escuchó las pulsaciones que emitía el altavoz.

Dijo:

-La frecuencia de la pulsación suena tal como debiera sonar. No cabe la menor duda de que no nos hemos apartado de la ruta que nos señalan las emisiones del faro gubernamental instalado en la zona del Canal.

-Estamos en el paso del rayo conductor, desde luego -gruñó Monk-. La onda A está mezclada con las ondas N, de forma que no se oyen puntos... nada más que una serie de rayas confusas. No podemos estar fuera de la ruta; *pero hemos de estarlo a la fuerza.*

-¡Imposible! -exclamó Ham, con brusquedad-. Nuestro goniómetro con su nuevo amplificador ideado por el propio Doc Savage asegura que no puede uno apartarse de la ruta marcada por la onda. Y la emisora del Gobierno sigue mandándonos la onda.

Este intercambio de palabras dio por resultado que Monk se enfureciera, al parecer violentamente.

-¿A mí me dices eso, maniquí de curia? -gruñó.

-A mí no me chilles, so mico -respondió Ham-, si no quieres que alimente contigo a los tiburones.

Monk se apartó del aparato de radio y se puso en guardia, amenazador.

-¿Quién dice que yo estoy equivocado? -exclamó en voz que había dejado de ser infantil.

-Lo digo yo, so mico -contestó Ham.

-Eres un embustero además de ser un picapleitos -bramó Monk-. ¡Tengo razón y demasiado sabes tú que tengo razón!

Pat dijo, con sequedad:

-Pero... ¿sabéis por qué estáis regañando?

Los dos hombres fingieron no haberla oído. Ham y Monk siempre parecían a punto de hacerse trizas; pero rara vez pasaba la cosa de los insultos.

Patricia Savage miró distraída a su alrededor. Se sobresaltó violentamente.

-¡Mirad! -exclamó-. ¡Allí delante, un poco a babor! ¡Luces encarnadas y verdes!

-¿Eh? -Monk se volvió bruscamente-. Serán luces de puerto.

Ham miró con atención, olvidando por completo su riña con Monk.

-Son luces de puerto, en efecto; pero no estaban allí hace un minuto.

Monk parpadeó.

-No es posible.

-Aquí hay un error -agregó Ham-. No hay luces marcadas en el mapa.

Pat señaló las luces y dijo, con lógica aplastante:

-Pues ahí están.

Ham y Monk corrieron a proa a inspeccionar nuevamente las cartas de navegación. Los dos hombres contrastaban marcadamente el uno con el otro.

Ham iba vestido, meticulosamente, con un uniforme azul y gorra del mismo color con insignias doradas. Llevaba un bastón negro, delgado.

Era bien parecido, ágil, y de buen tipo, la ropa le caía como el grabado de una revista de modas.

Monk, por el contrario, llevaba un pantalón blanco no demasiado limpio, arrugado por las ingles y con rodilleras. Una enorme camiseta rayada, verde y blanca, se le ceñía al cuerpo como una tienda de campaña echada sobre un elefante.

Un cabello de color oxidado le salía de la cabeza como las cerdas de un cepillo. Le crecía muy bajo por la frente, medio enterrándole las orejas y casi llegándole hasta las pobladas cejas.

Su cara, bastante fea, se componía mayormente de boca y nariz aplastada.

Su cuerpo era casi tan ancho como alto y le colgaban las manos casi hasta las rodillas. Apenas parecía hombre. Más bien se le hubiera creído un mono.

Hubiese sido un error juzgar a aquellos hombres por su aspecto. Ham no era un petimetre. Era uno de los abogados más astutos que habían salido de la Universidad de Harward.

Y a Monk, o sea al teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, se le reconocía como uno de los químicos industriales más grandes del mundo.

Lo que más fama daba a aquellos dos hombres, sin embargo, era que formaban parte del grupo de cinco ayudantes de Doc Savage. Esto en sí ya les hacía notables, porque cada uno de los cinco era maestro en alguna rama del saber humano.

Patricia se acercó y desconectó el dispositivo automático que había estado guiando el barco.

-¿Sigo las luces esas? -preguntó, haciendo girar un poco el timón.

-No me gusta esto -dijo Ham, con inquietud-. No debiera haber puerto alguno cerca de nosotros... y mucho menos un puerto iluminado... Pero no veo qué otra cosa podemos hacer.

-¿Por qué? -inquirió Monk-. No tenemos ninguna obligación de meternos por el camino que señalaban esas luces, creo que yo... si es que señalan camino alguno.

Ham contestó:

-Vale la pena investigar: Eso es lo que quiero decir.

Pareció como si fuera a reanudarse la riña.

Pat resolvió el problema metiendo el barco por entre la luz roja y verde.

El yate se vio cogido por una corriente y empezó a alzarse el viento. Ya no gemía como hombres moribundos: aullaba.

Ham se acercó a la extremidad del puente y se agarró al pasamanos para no verse precipitado a las tempestuosas aguas. A pesar del viento, hacía calor y se notaba un olor a azufre. De pronto, brotó un brillo oscilante, como un relámpago, tiñendo las nubes de azul.

Ham cometió un error. Creyó, al principio, que se trataba de un relámpago corriente. Luego vio que aquellas llamaradas tenían algo distinto. Eran raras, siniestras. Teñían las nubes bajas de un color rojo sangriento.

Ham oyó a sus espaldas una respiración áspera y se volvió con sobresalto.

Era Monk.

-Relámpagos rojos -dijo éste-. ¿Qué aspecto más raro tienen, verdad?

De nuevo surgió la coloreada luz. Duró más tiempo esta vez, fue más brillante y les permitió ver muchas cosas. A un lado se veía la costa; pero esto no les causó la menor sensación. Pat les señaló algo que les sobresaltó, sin embargo.

-¡Mirad! -gritó-. ¡Mirad! ¡Todo a nuestro alrededor!

-¡A sotavento! -aulló Monk-. ¡Marcha atrás a las máquinas!

La fantástica luz roja se apagó.

-¿Visteis? -exclamó Ham, en el silencio que siguió-. Debe haber un par de docenas de barcos naufragados en torno nuestro.

-Y el diablo sólo sabe dónde estamos -contestó Monk-. Voy a dar marcha atrás al yate, dar la vuelta, salir de aquí y aguardar a que se haga de día.

-¡Un cementerio de barcos naufragados! -exclamó Pat-. ¡Relámpagos rojos que huelen a azufre!

La voz de la muchacha parecía alegre.

-Siempre te gustaron las emociones, ¿no? -gruñó Monk.

-Y el misterio -asintió Pat-. Me dan la vida los misterios.

Debía haber algo de marea que arrastró al *Seven Seas* hacia un lado o algo así. Habían dado marcha atrás y retrocedían por el mismo camino, cuando ocurrió.

Una ola alzó la proa del *Seven Seas* y la dejó caer de golpe. El yate se estremeció, se dejó caer de golpe. El yate se estremeció, dando una sacudida que hizo rodar por cubierta a Monk y a Ham. Se oyeron chasquidos, chirridos, rasgaduras al ser arrancadas planchas de acero de la quilla por el coral.

Encallada fuertemente en el escollo sumergido, la nave no se alzó ya al llegar la ola siguiente. En lugar de eso, se tumbó de lado y la ola rompió por encima de la cubierta.

Ham y Monk fueron barridos contra la maquinilla del ancla. Se levantaron medio ahogados y se dirigieron al puente.

-¡Ayuda a Pat si lo necesita! -bramó Monk-. ¡Yo voy a buscar a *Habeas Corpus*!

Habeas Corpus era el cerdo, mascota de Monk. Nunca iba a parte alguna sin el animal, con gran disgusto de Ham, a quien el puerco sacaba de quicio.

Un haz luminoso brotó en el puente del *Seven Seas* e iluminó el agua llena de escollos.

-¡Apaga ese reflector! -le gritó Ham a Pat, al volver a caer bajo el peso de una ola.

-Nos ayudará a nadar hasta tierra -protestó la joven.

-Atraerá a los tiburones -dijo Ham, cogiendo el salvavidas que le echó Pat.

-¡Con qué les temes a los tiburones!

Pero apagó el reflector y se reunió con el abogado. Monk apareció sobre cubierta un instante después con el cerdo debajo del brazo y se tiró al agua con él.

-¡Ese cerdo atraerá a los tiburones -aulló Ham.

-¡*Habeas* luchará con ellos! -respondió el químico-. ¡Saltad!

Pat y Ham se tiraron al agua. Ham seguía llevando en la mano el bastón negro que casi era tan parte suya como la camisa. El bastón, en realidad, era un arma formidable, un estoque.

Su inocente exterior ocultaba una hoja de acero cuya extremidad estaba embadurnada con una sustancia química que hace perder el conocimiento instantáneamente.

Bajo el resplandor rojizo, los rompientes se estrellaban, todo a su alrededor, contra arrecifes, escollos y bajíos, llenando de espuma el agua.

Pero Pat y Ham atravesaron por entre los escollos y llegaron, medio ahogados, a una playa salpicada de vegetación. Monk llegó a tierra detrás de ellos, sujetando al cerdo debajo del brazo con dificultad.

-Ese puerco te romperá una costilla a patadas el día menos pensado -le advirtió Ham, jadeando.

-Tú no te metas con *Habeas* -le contestó Monk-, o me pondré yo a romper unas cuantas costillas por mi cuenta.

Volvió a verse el resplandor rojizo. Osciló, aumentó y volvió a desaparecer.

-¿Qué será? -preguntó Pat, estremeciéndose a pesar del calor.

-No es nada sobrenatural -explicó Ham-.Observaréis que el color que se refleja en las nubes no viene de arriba, sino de abajo...

-Hay un volcán en erupción en esta isla -completó Monk.

Pat se escurrió el agua del cabello.

-¿Creéis que es aquí donde está Johnny?

-Tendremos que averiguarlo -contestó Ham, sombrío.

-Quisiera dejar bien sentada una cosa -dijo Pat-. Me refiero al naufragio. Yo estaba conduciendo el barco por el mismísimo centro del canal situado entre las dos luces cuando ocurrió.

-Sí asintió Monk-; no fue culpa tuya.

-El naufragio fue provocado -afirmó Ham, ominosamente.

-¿Quieres decir con eso que alguien de la isla colocó las luces para que nos estrelláramos contra el arrecife? -murmuró Monk.

-Alguien nos desvió en centenar de millas de nuestro rumbo y nos hizo naufragar -contestó Monk-. Nos encontramos ante algo verdaderamente siniestro.

-Ojalá estuviese Doc aquí -exclamó el químico.

Un instante después lo estaba deseando con mayor vehemencia aun.

Atraídas tal vez por la luz del reflector, empezaron a salir unas sombras de entre la espesura. Se abalanzaron hacia los náufragos esgrimiendo mazas y aullando en idioma desconocido.

CAPÍTULO II
LA ISLA DEL HORROR

Los atacantes, veinte o más en número, salieron de la espesura en sólida oleada. Ham y Monk metieron a Pat detrás de ellos e hicieron frente al ataque.

Monk con sus puños como el granito; Ham, con el estoque que contenía el bastón.

Ham derribó a dos de los hombres de dos pinchazos. Tuvo cuidado de que no recibiera ningún golpe el acero embadurnado con la substancia química que hacía perder el conocimiento.

Tenía más cuidado del estoque que de su propia persona.

Inesperadamente, se oyó un golpe sonoro y Ham se tambaleó, aturdido. Vio alzarse nuevamente una maza.

Pero no cayó. Sonó el golpe de unos nudillos contra una mandíbula al alargar Monk el brazo y derribar al que amenazaba a Ham.

Éste recobró el equilibrio y volvió a poner en juego el estoque.

-¡Carguemos contra ellos! -aulló Monk.

-De acuerdo -asintió Ham-; procuraremos abrirnos paso hasta la espesura.

Avanzaron uno al lado del otro. Los puños de Monk parecían los cilindros de un motor. El estoque de Ham se movía como una serpiente.

Pat, que avanzaba detrás de ellos, iba cogiendo pedazos de roca del suelo y tirándolos contra los atacantes.

Hasta el propio *Habeas Corpus* hizo su parte, saltando, gruñendo y clavando los colmillos en todas las piernas que se ponían a su alcance.

Este ataque fue demasiado para los desconocidos. Creyeron que el estoque de Ham estaba sembrando la muerte y acabaron por huir dando alaridos terribles.

Monk cogió a *Habeas Corpus* y le meció agarrado por las orejas, con gran alegría del cerdo. Monk sonrió y aquella sonrisa iluminó su rostro increíblemente feo, dándole un aspecto muy agradable.

Las estrellas proyectaban ya un poco de luz. Ham estaba examinando a las víctimas de su estoque.

Eran distintas razas y colores y todos llevaban taparrabos. Rodeaban sus cuellos collares con ribetes de cobre, fabricados, al parecer, de piel de lagarto.

Llamó la atención de Ham un ruido estrepitoso: era Monk que se reía.

-¿Qué ocurre, gorila? -inquirió el abogado con desconfianza.

-Estaba tratando de imaginarme el aspecto que tendrías vestido con el traje típico de la isla: taparrabos y collar de perro.

Ham se enfureció y asió con más fuerza el estoque.

-¡Macaco indecente...! -empezó a decir.

Pat le impuso silencio con las siguientes palabras:

-Si tenéis más ganas de pelear, ahorrad vuestras fuerzas. Esos hombres vuelven.

Sonó un golpe en la arena seca a los pies de Ham. Un segundo después, el aire estaba poblado de proyectiles. *Habeas Corpus* soltó un gruñido de dolor.

-¡Están tirando piedras! -gritó Ham.

-Pueden tirar más piedras que nosotros -gruñó Monk-. Larguémonos de aquí.

Se metió una de las mazas debajo del brazo, cogió al cerdo por las orejas y corrió hacia la espesura, Pat y Ham le siguieron de cerca.

Una vez atravesada la faja de vegetación, llegaron a un terreno elevado de aspecto singular a más no poder. Roca volcánica, lava negra y cortante como cristal roto, formaban fantásticas colinas y gargantas.

La mayor parte del cristal formaba hojas delgadas, inclinadas, que resbalaban a veces y se rompían bajo el peso de una pisada. Cactos gigantes crecían en las hendeduras y sus espinosas hojas parecían cabezas de serpientes dispuestas a atacar.

Se apagó todo sonido de persecución.

Se despejó el firmamento y avanzaron bajo la pálida luz de estrellas tropicales.

-Dios quiera que lleguemos pronto a alguna parte -murmuró Pat.

-Al archipiélago de Galápagos lo llaman el fin del mundo -observó Ham.

-Pues no se equivocan mucho -gruñó Monk-. No sé cómo vamos a encontrar a Johnny en este montón de desperdicios volcánicos.

-¿Se dio cuenta alguno de vosotros -inquirió Pat -, de que nuestros atacantes parecían tener buen cuidado de no matarnos?

-Sí -reconoció Monk-; ni siquiera tiraron aquellas piedras con mucha fuerza.

-Seguramente querrían cogernos vivos -asintió Ham.

-Eso creo yo también. Pero... ¿por qué?

-Nos está haciendo una falta Doc Savage en estos momentos.

Al ascender por la vítrea ladera, pasaron una zona de cráteres apagados en los que, siglos antes, debían de haber burbujones de lava.

Llegaron a una extensa meseta en la que nada crecía, ni siquiera cactos, y donde los cráteres eran más pequeños, llenos de tierra y tan juntos unos a otros que era necesario aquella faja de terreno.

Monk se detuvo de pronto.

-Todos estos cráteres se encuentran en orden geométrico. No son cráteres volcánicos como los que vimos abajo. Son obra del hombre.

Ham miró. En lugar de vítrea roca, había por allí una especie de barro rojizo, o ceniza volcánica prensada.

-Tienes razón -dijo-. Los agujeros estos se están hundiendo ya y están medio llenos de tierra. Es difícil asegurarlo; pero cuando se hicieron, debían de estar colocados igual que las células de un panal de miel.

A medida que fueron avanzando se hizo más aparente la forma de panal.

Encontraron agujeros en mejor estado.

-Estos se hicieron más tarde -observó Ham.

-Sí -asintió Monk-; cuando más lejos vamos, más recientes parecen los agujeros.

-Pero... ¿para qué serán? -exclamó Pat-. Esto se hace más y más raro. ¿Qué significará?

-Escuchad -interrumpió Ham.

En las alas de la brisa llegaron hasta ellos unos ruidos agudos, que parecían chasquidos salidos del mismísimo aire.

-¿Qué es? -inquirió Pat, con inquietud.

-Ningún animal hace un ruido semejante –dijo Monk.

De pronto, por encima de los chasquidos, sonó un gemido prolongado que expresaba una angustia tan horrible que los tres sintieron como si les hubieran echado un chorro de agua helada por la espina dorsal.

Pat exclamó:

-¡En mi vida he oído grito semejante! ¡Es terrible!

-Debe de tratarse de un animal moribundo -dijo Ham.

-¡De un *hombre* moribundo, querrás decir! -observó Monk.

-Vamos -dijo Ham, asiendo con fuerza su estoque.

Al proseguir su camino, fueron observando más agujeros, bien marcados, como las células de un panal, de un panal gigantesco.

Tenían muchos tres metros de diámetro y otro tanto de profundidad. Éstos no habían vuelto a llenarse de tierra suelta.

Los misteriosos chasquidos empezaron a oírse con más claridad.

-¡Ahí delante! -exclamó Ham-. ¡Mirad!

-¡Sombras! -dijo Pat-. ¡Cómo hombres en movimiento!

Se acercaron más, manteniéndose ocultos tras de la maleza. Espinas de punta blanca les rasgaban la ropa y las carnes. Pero lograron llegar hasta un punto situado frente al lugar en que se movían las sombras.

Allí la planicie continuaba; pero se acababa la línea de agujeros.

Se agazaparon, vigilando. De pronto, una alta montaña cercana emitió un resplandor rojizo que tiñó el firmamento con su color. Bañados en la luz de fuegos volcánicos, unos hombres enormes, de fuerte musculatura, se movían sin cesar a lo largo de la línea de agujeros.

Iban vestidos como los otros que vieron: con taparrabo y collar. Llevaban largos látigos que alzaban por encima de la cabeza y hacían restallar dentro de los agujeros.

Gemidos horribles salían del fondo de los agujeros. Los del látigo, brillando el sudor que les cubría por el cuerpo bajo el rojizo resplandor, parecían apariciones satánicas venidas al mundo.

-Allá en el yate dije que tal vez estaríamos viajando con rumbo al Infierno -dijo Monk-. Ahora veo que no me equivocaba.

-Los chasquidos que oíamos eran los que hacían los látigos -observó Ham.

Monk estaba avanzando ya, arrastrándose por el suelo.

-Coge a *Habeas Corpus* -susurró-. Investigaré.

-Maldito sea tu cerdo -se quejó Ham; pero lo sujetó.

Al colocarse de forma que le fuera posible mirar hacia el interior de los agujeros, Monk ahogó una exclamación de sorpresa. Dentro de cada uno de los que pudo ver, había clavada una estaca, a la que había un hombre amarrado por medio de una cadena.

Los hombres que había dentro de cada agujero trabajaban con una pala.

Éstos sólo llevaban taparrabos, por lo que Monk supuso que el collar de cuero era un emblema de autoridad.

Cada uno de los prisioneros estaba cavando un hoyo de la circunferencia que le permitía el largo de la cadena. Los agujeros, que se extendían por la planicie en línea recta, medían unos tres metros de diámetro todos ellos.

Bajo la tralla de los látigos, en el rojizo resplandor del volcán, aquellos hombres iban cavando el camino de su muerte.

De pronto sonó detrás de Monk un rápido tabaleo. Algo le empujó con fuerza en la espalda cuando se volvió. Se oyó un gruñido agudo.

Monk tapó con su enorme mano el hocico de *Habeas Corpus* para ahogar sus cariñosos gruñidos. El cerdo se había escapado de Ham y corría hacia su amo.

Ahogó los gruñidos, pero ya era demasiado tarde. El mal estaba hecho. Los capataces armados de látigos hablaron agudamente, entre sí y acudieron a investigar.

Monk se alzó, esgrimiendo la maza y corrió hacia el hombre más cercano.

Pero, antes de que pudiera llegar a su lado, sonó un chasquido. Aun se hallaba a unos seis u ocho pasos de su enemigo, pero sintió que le agarraban por las rodillas como unas manos de hierro que tiraban de él, haciéndole caer al suelo con una fuerza que le dejó aturdido.

Sabía lo que le había tirado y bajó la mano para arrancar la tralla del látigo que se le había arrollado a las piernas.

Antes de que pudiera libertarse, su enemigo se hallaba junto a él, con el pesado mazo alzado, para descargarle un golpe en la cabeza.

En aquel instante centelleó el estoque de Ham, que derribó al capataz, salvando así a Monk del golpe. Pero otro látigo se enroscó a las piernas de Ham y le tiró al suelo por encima de Monk.

Les dejaron sin conocimiento a mazazos antes de que pudieran deshacerse de las trallas.

Cuando volvieron en sí unos momentos después, se encontraron atados y tumbados en el suelo a la orilla de la línea de agujeros.

Ham miró al prisionero más cercano. El hombre había cavado ya hasta una profundidad de metro y medio de forma que su rostro estaba casi al nivel del suelo.

La cara, contraída de dolor, se hallaba al alcance de la mano de Ham.

El abogado sufrió un brusco sobresalto. Al resplandor del volcán reconoció al hombre. Era uno de los que habían formado parte de la expedición de Johnny.

-¡Tony! -susurró Ham bruscamente.

El hombre se estremeció y sus extraviados ojos se clavaron en Ham.

Abrió la boca con sobresalto al reconocerle; pero nada dijo y siguió cavando.

Ham se echó una rápida mirada a su alrededor. El capataz más cercano estaba ocupado interrogando a Pat. Se arrastró hasta la orilla del agujero, de forma que sus labios se hallaron muy cerca del oído del prisionero.

-¿Dónde está el resto de la tripulación de barco... y Johnny? -preguntó.

-La tripulación está en agujeros, cavando -contestó el hombre con una especie de sollozo.

-¿Dónde está Johnny? ¿Está vivo?

-Está vivo; pero no seguirá estándolo mucho tiempo.

-¿Dónde está?

-Un hombre alto, de barba negra, se lo llevó. No sé dónde. Sólo sé que van a matar a Johnny. ¡Van a matarnos a todos!

La voz del desdichado se tornó nerviosa.

-No hable usted tan alto -le dijo Ham, con ferocidad-. ¿En qué nos hemos metido aquí? ¡Dígame lo que sepa! ¡Pronto! ¡Mientras haya ocasión!

-No puedo decírselo; pero puedo...

Alzó la voz en penetrante grito perdiendo ya todo dominio sobre sí. Era el grito de un loco.

Evidentemente, el prolongado suplicio había sido superior a sus fuerzas.

Fuera lo que fuese lo que pensaba decir o no decir, ya no lo diría jamás. El capataz acudió mascullando maldiciones. Alzó y bajó el brazo. El mango, relleno de plomo, del látigo, cayó con fuerza sobre la cabeza del loco.

Era un golpe lo bastante fuerte para haber matado a cualquier ser viviente.

Pero el hombre del agujero no era exactamente un ser viviente. Era un loco furioso y no se daba cuenta del dolor.

Le giraron los ojos en las órbitas; una espuma rojiza burbujeó en sus labios.

El mango del látigo volvió a descender. Esta vez el hombre cayó al fondo de agujero. Estaba muerto antes de haber tocado el suelo.

El capataz -que era un tipo asiático inidentificable -empezó a bramar órdenes en idioma desconocido. Se adelantaron dos guardianes.

Uno de ellos era gigantesco y de piel cobriza; el otro un hombre panzudo, caucásico, de raza indeterminada. Éste saltó dentro del agujero, quitó el grillete que acababa de quitar al muerto.

Cogió la pala y se la metió a Ham en la mano, el capataz hizo sonar el látigo.

Apareció una señal encarnada en el rostro del abogado. Se puso a cavar.

Unos capataces condujeron a Monk a otro agujero un poco más debajo de la línea y le metieron a trabajar también.

CAPÍTULO III
PRISIONEROS DE LAS FOSAS

Pat corrió una suerte distinta a la de sus compañeros. La metieron en uno de los agujeros, pero aunque la encadenaron a la estaca no le dieron con el látigo ni la obligaron a trabajar.

Experimentó un gran alivio ante aquella concesión hecha a su sexo hasta que, por entre los gemidos, los trallazos y los gritos guturales, oyó la voz de dos guardianes que hablaban en inglés.

-Hazla cavar.

-No. El conde ordenará que sea llevada a palacio; con toda seguridad. No querrá que se estropee cavando.

-Pero podría soportar muy bien unos cuantos latigazos...

-No -protestó el otro-; en este caso, el conde preferirá dar él, personalmente, todos los latigazos que sean necesarios.

-Tal vez tengas razón -gruñó el capataz.

Y echó a andar línea abajo.

El otro guardián se asomó a la fosa. Pat retrocedió. De pronto le latió el corazón con violencia y apareció en su rostro una expresión de esperanza.

Había reconocido al guardián. Era otro miembro de la expedición que había desaparecido con Johnny.

-¿No es usted...? -empezó a decir.

-Alejandro Fredrickton, piloto -completó él.

-Pero usted... ¡con su látigo!

-Tengo que dar latigazos para impedir que me los den a mí -susurró él, con rabia-. Hoy soy capataz; mañana, a lo mejor, me arrancaran el collar del cuello y me echarán a un agujero. Soy tan prisionero como esos pobres diablos que están cavando.

-Pero... ¿qué significa esto?

-Estoy tan enterado como usted. Sólo sé que los hombres cavan y mueren.

-¡Cavan y mueren! ¿Y Johnny?

-Le condujeron a palacio. Tal vez esté vivo. Escuche, calle Redbeach 33, Long Island. ¿Recordará usted esas señas?

-Calle Redbeach 33... sí.

-Boris Ramadanoff vive allí.

-Lo recordaré. ¿Qué es eso?

-Es usted nuestra única esperanza -dijo el hombre-. A usted la llevarán a palacio. Procure ponerse en contacto con Johnny. Dígale el nombre y las señas. Hay una emisora muy potente de onda corta en palacio. Es preciso que Johnny logre radiarle un mensaje a Doc Savage. Que le diga que se ponga en camino y en contacto con Boris Ramadanoff.

-Sí, pero, ¿de qué servirá eso?

Ramadanoff puede decirle a Doc Savage todo lo que necesita saber para salvarnos. Ramadanoff es hermano del amo de esta isla. Los dos hermanos regañaron. Y Boris se marchó a Nueva York.

-¿Cómo averiguó usted todo eso?

-Después de guiarse nuestro barco por las falsas luces de naufragar, se nos hizo prisioneros. Al mayordomo y a mí nos destinaron a trabajar en las cocinas de palacio. El mayordomo oyó regañar a los dos hermanos. Se enteró de las nuevas señas de Boris y me las dijo.

-¿Dónde está el mayordomo? -preguntó Pat.

-¡Muerto! Sospecharon que sabía algo. Lo mataron.

Pat se estremeció.

-La vida no vale gran cosa aquí, ¿verdad?

Ocurrió algo entonces que sirvió para demostrar nuevamente lo despistado que era el siniestro genio que reinaba que reinaba en aquella isla.

Se oyó ruido de cascos y un enorme caballo apareció a todo galope, parándose en seco delante de la hilera de fosas. El caballo parecía una sombra negra a la pálida luz de las estrellas y el jinete otra proporcionadamente grande.

Soltando violentas maldiciones, el jinete obligó al caballo a meterse por entre los sobrecogidos capataces. Se inclinó en la silla, golpeando cabezas a derecha e izquierda con un *knout* ruso.

Tenía las trallas de cuero, reforzadas con alambre y endurecidas con alambre de resina. Los azotes propinados con aquel instrumento mordían hondo y arrancaban alaridos de angustia.

Uno de los guardianes se rebeló. Esquivó el golpe del *knout*, se aproximó al caballo e intentó derribar al jinete. Éste soltó una risa horrible, sacó un revólver y mató al hombre de un tiro.

Siguió riendo y disparando contra el guardián aun después de haber caído el desgraciado al suelo. Nadie opuso resistencia ya.

El jinete bramó una orden. Unos guardianes corrieron a las fosas en que se hallaban Pat, Ham y Monk. Abrieron los grilletes e hicieron una seña a los cautivos para que salieran de los agujeros.

Los tres fueron conducidos a presencia del hombre montado. Éste habló en buen inglés. Su voz era melosa; pero siniestra.

Dijo:

-Mis esclavos cometieron un error muy estúpido al encadenarles a ustedes en las fosas. Sólo intercepto a los barcos asiáticos de emigrantes que van a Suramérica para conseguir trabajadores. Éstos y alguno que otro pescador o cazador de guano o musgo. En las raras ocasiones en que pasa un yate por aquí, sus tripulantes son recibidos como invitados.

-¿Cómo sale un invitado de esta isla una vez que ha naufragado su barco? -inquirió Ham, con sequedad.

-Mi querido general Brooks -contestó el hombre-; ninguno se ha marchado hasta la fecha.

-¡Este tipo sabe quienes somos! -murmuró Monk. Luego en voz alta-. ¿Están todos los invitados aquí actualmente?

-En efecto, mi querido coronel Mayfair, aun cuando a algunos de ellos sería difícil reconocerlos.

Monk se enfadó.

-¡Mejor será que sea fácil reconocer a Johnny!

-Sin duda se refiere usted al profesor Littlejohn. Es fácil reconocerle. Les conduciré a él. Pero primero permítame que me presente. Soy el conde Alejandro Ramadanoff.

Volviéndose hacia los guardianes, dio una orden. Se acercaron unos cuantos hombres con unas cosas extrañas, que parecían hamacas de mimbre, las depositaron en el suelo y retrocedieron unos pasos.

El conde agitó una mano. Sonó su voz sardónica:

-Hay una para cada uno de ustedes. Échense y serán conducidos a palacio con todos los honores:

Monk exclamó: -¡Yo no necesito camillas! ¡Andaré!

-Échese -ordenó el conde de nuevo.

Y agitó el *knkout* con gesto amenazador.

Ocuparon las literas de mimbre: Monk, gruñendo; Ham, dubitativo; Pat, francamente agradecida.

-¡Eh! -gritó Monk-; ¡nos olvidamos de *Habeas Corpus*!

-¿Se refiere usted al cerdo árabe amaestrado? -inquirió el conde.

-Está usted enterado de todo, ¿verdad? -gruñó Monk-. Sí; me refiero al cerdo.

El conde habló en un idioma gutural con los capataces; luego se dirigió a Monk.

-El cerdo debe de haber huido al bosque. Encontrará compañía más de su gusto allí. La isla está llena de cerdos silvestres.

Ham dijo:-Menos mal que hemos perdido de vista al puerco por fin.

Monk le dirigió una mirada torva.

-Tú tienes la culpa, picapleitos. *Tú* le dejaste escapar.

-Si no fuera por ti y por tu maldito cerdo no nos encontraríamos ahora en este apuro -contestó Ham.

El conde Ramadanoff puso fin a su riña ordenando que se pusieran en marcha las literas.

Avanzaron por una estrecha senda abierta a machetazos por la selva.

El conde iba el último.

Salieron a un trecho de costa rocosa y los “invitados” miraron con asombro.

-¡Rayos! -exclamó Monk-. ¡Rayos! ¡Mirad!

Bañado por un lado por el agua pulverizada de las olas al estrellarse contra la roca, y por el otro en el resplandor rojizo de los fuegos volcánicos, se alzaba un palacio de estilo eslavo medieval, cuyos altos torreones de roca negra se elevaban por encima de la selva.

Entraron al patio por un puente levadizo instalado junto al muro de roca volcánica de seis metros de espesor. El puente volvió a alzarse tras ellos.

Pat se estremeció. Era como si la hubieran encerrado fuera del mundo.

-Un ejército sería incapaz de pasar por estos muros -dijo Ham con inquietud.

Los “invitados” fueron conducidos por delante de altas torres y depositados delante de una puerta baja. El conde se apeó de su caballo y les hizo una seña para que entraran.

El cuarto en que se encontraron era enorme y de techumbre muy alta, una caverna de roca negra volcánica y vigas de madera. Unas llamas azules, demoníacas, ardían dentro de una chimenea lo bastante grande para que hubiera podido asarse en ella un buey entero.

Las sombras del fuego bailaban contra largas cortinas de un color rubí oscuro, que colgaban en aros de latón. Samovares de plata brillaban en umbríos nichos. De las paredes colgaban imágenes antiguas.

Lo único moderno que había en el enorme cuarto era un piano de cola cubierto con costosas pieles e iluminado brillantemente por lámparas con colgantes de cristal que derramaban una luz amarillenta desde arriba.

El conde Ramadanoff les condujo a unas sillas doradas y tapizadas de rojo.

-Siéntense al amor del fuego -dijo -, mientras les preparan sus habitaciones.

A la luz, se vio que el conde era un hombre muy bien proporcionado, ancho de espaldas, de fuerte musculatura y más de un metro ochenta de estatura.

Iba vestido de negro, botas de montar, pantalón de montar, chaqueta y corbata de raso. Su barba estilo zar era negra también y sus ojos negros brillaban con una luz siniestra que era imposible ocultar.

Pat se sentó en el borde de una silla, nerviosa por no haber tenido ocasión de decirles a Ham y a Monk lo que había averiguado acerca de la dirección del hermano del conde.

Monk se acarició la barbilla.

-¿Dónde están los demás invitados de que usted nos habló?

-¿Dónde está Johnny? -inquirió Ham.

Pat también hizo unas cuantas preguntas.

-¿Dónde se halla situada esta isla? ¿Cómo nos conoció usted? ¿Por qué nos hizo naufragar? ¿Para qué son esas horribles fosas?

El conde se puso de espaldas a la chimenea, acercando las manos a las llamas que, cosa rara, daban muy poca luz y casi ningún calor.

-Voy a contestar a sus preguntas por orden dijo-. ¿No les agradaría ver a los invitados?

-¿Por qué? -preguntó Monk.

-Porque, mi querido coronel Mayfair, la mayoría de ellos se encuentran en diversos estados de descomposición.

-¿Eh?

-La mortalidad ha sido lamentablemente elevada entre mis invitados.

Monk se fue derecho al grano.

-¿Quiere usted decir con eso que los mata?

-No hago yo cosas tan torpes.

La voz del conde tenía algo que daba un énfasis amenazador hasta a sus palabras más inocentes.

-¿Qué, pues? -inquirió Ham.

-Fueron por decirlo así, liquidados.

-¿Enviados a los fosos?

-Muchos de ellos, sí.

-¿Por qué?

Los ojos de fanático del conde parecieron llamear.

-Algunos de ellos por intentar escaparse, otros, por ser demasiado curiosos.

Los ojos crueles del hombre se clavaron en Pat.

-Por ser demasiado curiosos -repitió-. Creo que eso contesta a sus cuatro preguntas, mi querida señorita.

Pat respiró con fuerza. Miró nerviosa a su alrededor.

-Ese piano es muy hermoso -dijo.

-Sí que lo es -asintió el conde-. Murieron cuatro hombres sacándolo del barco. ¿Sabe usted tocar?

-No; ¿Por qué no toca usted algo?

El conde Ramadanoff movió afirmativamente la cabeza.

-Lamento decirle que es muy probable que lo haga más tarde.

-¿Qué lo lamenta?

-Sí. Cuando yo toco, siempre es preludio de algo desagradable para alguien... El redoble de los *tam-tams* excita y pone frenéticos a los salvajes de las selvas. De igual manera yo me veo impulsado a tomar decisiones inmencionables cuando mis dedos vagan por el teclado.

Monk y Ham nada dijeron, prefiriendo mantenerse a la expectativa.

El conde volvió a hablar.

-Ahora ya he conocido a todos los famosos especialistas de Doc menos a dos. Sería para mí un verdadero placer oponer mi inteligencia, y mi fuerza, al de ese personaje casi fabuloso: al propio Doc Savage.

-Es muy posible -dijo enigmáticamente Pat-, que vea usted realizados sus deseos.

Un individuo de tez morena se acercó simultáneamente, hizo una profunda reverencia al conde e hizo una seña en dirección a los anchos de piedra que ascendían en caracol hacia una región de sombras y cortinajes color rubí.

Los crueles labios del conde no parecieron moverse; pero de su boca escapó un sonido sibilante. Parecía ser una señal de despedida porque el esclavo dio media vuelta y subió rápidamente las escaleras.

-Síganle -ordenó el conde-. Él los conducirá a sus habitaciones.

Les fue asignada una habitación a cada uno de ellos.

Ham no llevaba más de cuarenta segundos cuando vio que empezaba a abrirse lentamente la puerta de su cuarto. Se agazapó, con los dedos crispados, como si aun llevara su estoque.

Pero no era más que Pat la que entró. Hablando rápidamente, le contó la conversación que había sostenido con el capataz.

-El sitio lógico para una emisora de radio es la parte superior del torreón -observó Ham.

En cuanto supo la noticia, Monk se mostró partidario, como siempre, de obrar enseguida.

-Nunca se nos presentará una ocasión mejor que ésta -declaró.

Ham se mostró de acuerdo con él.

-Pero... ¡esa puerta es de acero! -protestó Pat.

-Vamos a examinarla.

Monk salió al sombrío pasillo. A pesar de su enorme cuerpo se movía con sorprendente agilidad. Pat y Ham le siguieron.

-Ni un tanque sería capaz de echarla abajo -murmuró Monk.

Llegó a la puerta y pasó las manos por ella.

Pat alzó la mano y tocó el picaporte. La puerta se abrió silenciosamente.

-¡Abierta! -exclamó Monk.

-Tal vez no se nos presente nunca una ocasión como ésta -dijo Pat-. Vamos.

La escalera que partía de la puerta de acero era de caracol. Estaba esculpida en piedra. No tenía pasamanos ni estaba iluminada. Un paso en falso les hubiera precipitado al vacío.

Cerrando tras sí la enorme puerta y echándole el cerrojo, ascendieron uno tras otro en la profunda oscuridad, muy pegados a la húmeda pared.

Llegaron al cuarto del torreón sin novedad. Un quinqué colocado en un nicho era la única luz que había.

El piso del cuarto estaba construido de plancha de acero. Tenía el cuarto aquel un aspecto tan fantástico como el resto del palacio.

Pero no tenía nada de fantástico el aparato allí montado. Ham y Monk se adelantaron, tocando lámparas, condensadores, y carretes de inducción de una emisora moderna.

Dieron al interruptor y se pusieron a marcar las contraseñas de Doc Savage.

Las lámparas emitieron singulares destellos violáceos.

El rostro de Pat brillaba, pálido, en aquel resplandor.

-¿No oirán este ruido abajo? -inquirió.

-No hay la menor probabilidad -contestó Ham.

-Un cañonazo no se oiría a través de estas paredes -confirmó Monk.

Ham fue transmitiendo rápidamente el mensaje en Morse. Éste decía:

PRISIONEROS EN LA ISLA FANTASTICA DEL GRUPO GALÁPAGOS PUNTO PONTE EN CONTACTO CON BORIS RAMADANOFF, TREINTA Y TRES CALLE REDBEACH LONG ISLAND PUNTO PELIGRO GRAVE...

Inesperadamente cesó el áspero silbido del trasmisor. El manipulador seguía funcionando bajo los dedos de Ham; pero había sido cortada la corriente eléctrica.

De pronto se oyó un nuevo sonido en el cuarto. Éste parecía salir de todas partes y de ninguna.

Parecía deslizarse, arrastrarse, retorcerse, nunca muy alto; pero claro, insidiosamente penetrante, singular, preñado de amenaza y de muerte invisible, poniendo los pelos de punta y carne de gallina.

Este sonido, que percutía horriblemente en el torreón, era música, música de piano.

-El conde está tocando el piano -dijo Pat, en voz muy baja.

-Nos dijo que sólo lo tocaba cuando le iba a pasar algo malo a alguien -recordó Monk en alta voz.

-¿Cómo es posible que podamos oírles desde aquí? -exclamó Ham.

-Este aparato de radio hace más ruido que un piano -dijo Pat, temerosa-. Si nosotros podemos oírles, nos habrá oído él a nosotros también.

Ham dijo, sombrío:

Seguramente será porque *nos habrá oído* enviar el radiograma por lo que está tocando el piano.

De pronto cesó la música; pero la pulsación de las notas pareció persistir unos instantes antes de apagarse por completo.

-¡Vayámonos de aquí! -dijo Monk, rompiendo el ominoso silencio.

-No tengan ustedes prisa -dijo una voz melosa.

Era el conde Ramadanoff el que hablaba. Nadie hubiera oído anteriormente aquella siniestra voz que podía confundirla.

Los prisioneros miraron a su alrededor con impotencia, tratando de averiguar de dónde salía.

Entonces una enorme losa de piedra de la pared del cuarto giró hacia fuera.

El conde salió del hueco. Llevaba una pistola muy moderna en la mano.

-Siempre procuro que mi cabina de radio tenga dos entradas -observó-. Y los dictáfonos son cosas muy útiles para hombres como yo. Y ahora, ya que han violado ustedes mi hospitalidad, tendré que pasarme sin su valiosa compañía. Por consiguiente, quedan ustedes condenados a trabajar en mis fosas. Los indígenas fuertes a veces duran un mes. El año pasado, un francés muy recio pudo aguantar dos semanas...

Monk bajó bruscamente la mano y apagó el quinqué. En la intensa obscuridad que siguió, tiró el quinqué hacia donde hacia donde había estado el conde.

Al propio tiempo, echó el cuerpo a un lado. Esto le salvó la vida a no dudar.

El conde disparó. El proyectil le pasó tan cerca de Monk que soltó una exclamación.

Una maldición le hizo saber que el conde había sido alcanzado por el quinqué. Monk y Ham dieron un salto hacia adelante para reducirle a la impotencia antes de que pudiera rehacerse del golpe.

Pero no pudieron dar más que un paso. Luego, una descarga terrible pareció sacudirles el cuerpo.

Pat sintió también la enervante fuerza.

La descarga les recorrió desde la planta de los pies hasta las yemas de los dedos paralizándoles los músculos instantáneamente. Les quedaron los pies tan pegados al suelo de planchas de acero como si se los hubieran encolado.

Sólo podían temblar. Ni hablar les era posible siquiera.

Se encendió la lámpara del bolsillo del conde. Dio una orden y entró un hombre por la misma entrada secreta que usara él. Éste se movió silenciosamente y esposó a los tres.

El conde alzó una mano y le dio a un interruptor. La fuerza que tenía paralizados a los prisioneros desapareció y pudieron moverse de nuevo.

-Como habían deducido ustedes -observó el conde-, las planchas de acero del suelo están conectadas a la corriente eléctrica. La descarga que les ha clavado en el suelo es de la misma potencia que la que usa el "metro" en Nueva York para funcionar. Yo llevo sandalias de goma y, por consiguiente, estoy aislado del suelo.

Hizo una pausa.

-Sólo me queda otra cosa que decir -continuó-. En vista de su actitud belicosa, he decidido no mandarles a las fosas, sino conservarles aquí, en palacio, donde puedo yo vigilarles personalmente. Tengan la bondad de bajar la escalera y nos reuniremos con otro miembro de su grupo; el profesor Guillermo Harper Littlejohn, o Johnny, como creo que le llaman ustedes.

Cerca del final de la escalera de caracol, el conde ordenó a sus prisioneros que se detuvieran. Señaló una especie de aspillera que daba a un patio interior.

Como estaba rodeado de los altos muros del castillo, el patio parecía la fosa de una mazmorra. Unos cuatro metros por encima del patio había una especie de balconcillo que daba la vuelta completa al mismo.

-Debajo del balcón -dijo el conde, con voz melosa-. Fíjense en su nuevo alojamiento.

Miraron. Unos gruesos barrotes de hierro se extendían desde el borde del balcón hasta el suelo del patio, formando una serie de celdas.

El conde Radamanoff volvió a hablar.

-¿Ven ustedes ese puñado de trapos que hay en la celda de la izquierda? Fíjense bien.

Mientras se esforzaban por atravesar con la mirada la penumbra del patio, los interminables relámpagos rojos del volcán proyectaban su rojiza luz sobre el firmamento.

Unos reflectores ingeniosamente colocados dirigían el satánico resplandor hacia el enlosado suelo de la mazmorra.

El inmóvil puñado de trapos que ocupaba una de las celdas quedó inundado de rojiza luz.

-¡Johnny! –exclamaron Monk y Ham con ferocidad.

Y Pat exclamó, como un eco: -¡Es Johnny el que está allá abajo!

-Les interesa saber -prosiguió la odiosa voz del conde-, que los barrotes de la celda son movibles. Funcionan por electricidad. No tengo más que oprimir un botón y se alzan para permitir que un prisionero salga al patio... o para que pueda entrar a hacerle una visita a un prisionero el habitante del patio.

-¿Qué habitante? -inquirió Pat-. No veo a ninguno.

Pero lo vio un instante después.

Se movió una sombra y salió a la luz rojiza. Pat soltó una exclamación ahogada de horror y retrocedió. Ham se inclinó hacia delante, apretando con tal fuerza un bastón imaginario, que le blanquearon los nudillos. Monk parecía helado.

-¡Rayos! -exclamó.

El patio tenía un habitante increíble. Monk, Ham y Pat tenían nervios de acero. Sin embargo, lo que vieron les horrorizó y les llenó de desesperación.

Apenas podían respirar al contemplarlo.

-¡No es de verdad! -exclamó Monk.

-Ya lo creo que es de verdad -murmuró el conde.

Miraron, como fascinados, igual que un pájaro ante una serpiente. De pronto Pat emitió un grito ahogado, giró sobre los talones y se tapó los ojos con las manos. Tembló.

-A su jefe, el famoso Doc Savage -prosiguió el conde-, le interesaría enormemente, sin duda alguna, nuestro amiguito del patio.

CAPÍTULO IV
LA TRAMPA

En aquellos momentos estaban a punto de ocurrirle a Doc Savage muchas cosas interesantes.

En el barrio de rascacielos del centro de Nueva York, un hombre tan delgado que a primera vista parecía estar andando de lado y que tenía una piel tan blanca que rivalizaba con la palidez que estaba muy poco es consonancia con la fragilidad de su aspecto.

El hombre en cuestión -Long Tom, o e comandante Tomás J. Roberts, mago de la electricidad- era otro de los ayudantes de Doc. La especialidad de Long Tom era la electricidad de la cual, como queda dicho, era un verdadero mago.

Parecía a punto de morirse; pero nunca engañaron más las apariencias que en su caso. Su pálida faz no denotaba mala salud.

Era uno de esos individuos que, por mucho que se expongan al sol, no se atezan nunca. Su cuerpo, de aspecto frágil, tenía una fuerza increíble.

Long Tom se metió en un edificio que tenía cerca de cien pisos. El piso ochenta y seis íntegro era el cuartel general de Doc Savage en Nueva York.

Long Tom pasó de largo por delante de una hilera de ascensores y se paró junto al ascensor particular de Doc Savage, sacando una llave del bolsillo.

Este ascensor había sido ideado por el propio Doc Savage. En él se podía subir a la velocidad de un rayo desde el vestíbulo hasta el piso ochenta y seis y bajar hasta los sótanos donde, en un garaje subterráneo, se encontraban los automóviles de Doc, todos ellos maravillosamente equipados.

Metiendo la extraña llave en un agujero, Long Tom abrió la puerta y entró en el ascensor.

Dio un brinco antes de hacerlo. Se vio un movimiento rápido y algo que parecía un ratón alargado se escurrió por entre sus pies y salió al vestíbulo.

El ayudante de Doc sacó la cabeza del ascensor para ver mejor. No vio más que otro movimiento muy rápido.

El bicho aquel, cosa rara, no parecía correr con pies. Tampoco se arrastraba como una serpiente. Más bien parecía avanzar por una serie de ondulaciones.

Como un rayo gris azulado llegó al lado de uno de los encargados de los ascensores y desapareció por la pierna de su uniforme.

El joven empezó a dar saltos como un loco. Long Tom le miró al principio, riendo. Pero, de pronto, dejó de reír y corrió hacia él. Había visto las facciones del empleado. Las tenía contraídas en mueca de horror.

Un grito agudo salió de sus labios. Se le doblaron las piernas. Cayó, agitando locamente los brazos.

Long Tom le cogió antes de que pegara contra el suelo y se inclinó sobre él, dando palmadas a lo largo del pantalón de joven para aplastar al animal responsable de su trágico estado.

-No se acerquen -avisó, al arrimarse un grupo de curiosos.

No les hicieron caso. Se quedaron mirando y haciendo preguntas tontas como siempre ocurre en semejantes casos.

-Llamen a un médico -aconsejó alguien.

-Aléjense -volvió a decir Long Tom con brusquedad-. Le mordió algo. Hay una serpiente venenosa o algo suelto por aquí. ¡Todos ustedes están en peligro!

Ni siquiera eso les conmovió. La gente se aproximó más, empujada por los curiosos que iban llegando. La curiosidad podía más que el temor.

Entonces ocurrió algo que sí les movió. Se dieron cuenta de que se acercaba un hombre. No habló ni empujó; pero su rostro tenía una expresión tal que, al mirarle, se apartaron, con respeto, para que pudiera pasar.

El hombre era un gigante. Sus facciones fuertes, curtidas por el sol de los trópicos y los fríos polares, parecían moldeadas en bronce. Medía un buen palmo más que el más alto de cuantos allí había.

Y, sin embargo, estaba tan bien proporcionado, que sólo se veía que era un gigante por el contraste con los demás.

Su cabello parecía hecho de bronce un poquito más oscuro que su piel. Los grandes músculos de su cuello, casi tan duros como el metal, resaltaban claramente.

Lo más singular del hombre de bronce eran sus ojos. Eran ojos extraños, hipnóticos, dominadores, como lagos de oro líquido agitados por una vida

inquieta, como si minúsculos torbellinos mantuvieran continuamente en suspensión los copos de oro.

Durante un instante después de haber sido descubierto el gigante allí, reinó el silencio en el vestíbulo.

-¡Doc Savage! -dijo alguien.

Otros repitieron el nombre. El murmullo corrió de boca a boca:

-¡Doc Savage!

-¡Doc Savage!

Doc Savage se había inclinado sobre el empleado, que había perdido el conocimiento. Unos dedos muy fuertes que sin exageración podían retorcer una herradura remangaron el pantalón del hombre con cuidado y destreza.

En la pantorrilla se veía una doble hilera de agujeritos azules. No había inflamación alguna: nada más que la doble hilera de agujeros.

De pronto sonó en el vestíbulo un extraño sonido, una especie de trino musical que recorría la escala suave, fantásticamente, como si el sonido emanara del propio aire.

Sugería el sibilante murmullo de la brisa vespertina por entre frondas de palmeras o la llamada de algún pájaro de alas doradas de un cuento de “Las Mil y Una Noches”.

Era el propio Doc Savage quien emitía este ruido. Era cosa que hacía inconscientemente en momentos de gran tensión o de enorme sorpresa.

Habló a su ayudante Long Tom. La voz del hombre de bronce era profunda y agradablemente sonora.

Dijo, con impresionante sencillez: -Le llevaremos arriba.

Alzó al hombre sin dificultad. La muchedumbre les abrió paso hasta el ascensor.

Al llegar al piso ochenta y seis, Doc Savage y Long Tom entraron en el vestíbulo de su cuartel general. El cuarto, con sus grandes y cómodos sillones, alfombra oriental gruesa, mesa sólida incrustada de marfil, reflejaba el poder y la sólida dignidad de Doc Savage.

Doc examinó más de cerca de su paciente y le dio una inyección.

-¿Saldrá con bien de esto, Doc? -inquirió Long Tom.

-Sí -respondió el hombre de bronce.

Luego escuchó atentamente el relato de su ayudante acerca de lo que había sucedido.

-¿Reconociste lo que le atacó?

Long Tom movió negativamente la cabeza.

Sólo lo vi un instante. Parecía ondular por el suelo tan aprisa que sólo vi como un borrón. No volvió a verse después de atacar a este muchacho. Yo creo que la muchedumbre debió pisotearlo sin darse cuenta.

Doc señaló las hileras paralelas de laceraciones que tenía el empleado en la pantorrilla.

-Sólo una cosa puede haber dejado señales semejantes.

-¿Un ciempiés?

-Justo. A juzgar por el ángulo en que las patas anteriores se han clavado en la carne y el espacio que hay entre cada laceración y el efecto inmediato de las mordeduras, yo diría que se trata de un ciempiés gigante, de la especie indígena de Galápagos.

-¡Las Galápagos! ¡Allí es donde fueron Ham, Pat y Monk a buscar a Johnny!

-Llegaron a ellas -observó Doc-, y se metieron en un atolladero.

Long Tom se le quedó mirando.

-¿Cómo lo sabes?

-He recibido este mensaje por el receptor de onda corta hace unos minutos.

Le entregó una copia del mensaje de Monk y Ham que decía:

PRISIONEROS EN ISLA FANTÁSTICA DEL GRUPO DE GALÁPAGOS PUNTO PONTE CONTACTO CON BORIS RAMADANOFF, TREINTA Y TRES CALLE REDBEACH LONG ISLAND PUNTO PELIGRO GRAVE...

Long Tom emitió un silbido.

-¡Empiezo a comprender! Largo es el brazo que alcanza desde las Islas Galápagos hasta Nueva York. Ese ciempiés iba para ti, Doc. Fue introducido en tu ascensor para matarte.

-Tal vez; aun cuando la intención primera era dejarme sin conocimiento como primer paso para secuestrarme.

-¿Por qué crees eso?

-La mordedura de un ciempiés rara vez es mortal. Pero todos parecemos hallarnos bajo la amenaza de los ciempiés. Fíjate si no: Johnny fue apresado primero; ahora les ha tocado la vez a Ham, Monk y Pat. Y casi al mismo tiempo que recibamos su mensaje angustiado llega esta tarjeta de visita de Galápagos en forma de un ciempiés.

Long Tom guardó silencio un instante. Como resultado de su incesante lucha contra los criminales, Doc y sus ayudantes vivían en continuo peligro.

Pero, en aquel momento, no se hallaban investigando ningún asunto. Lo ocurrido últimamente había sido algo totalmente imprevisto.

-¿Qué sacas tú en limpio de todo esto, Doc? -inquirió Long Tom inquieto.

-Con franqueza, nada. Es un misterio completo.

-Deberíamos de poder hallar una pista en las señas que nos da el radiograma.

Doc movió la afirmativamente la cabeza:

-Me dirigía a la calle Redbeach cuando me encontré con todo ese jaleo abajo. Encárgate tú de que este joven sea trasladado a su domicilio. Luego coge un coche y ven a reunirte conmigo a estas señas.

Doc bajó en su ascensor particular al garaje subterráneo, cuya existencia era conocida de muy poca gente aparte de sus ayudantes.

De entre el número de vehículos especialmente construidos, Doc escogió un *coupé* le línea aerodinámica.

El coche era, en realidad, una fortaleza rodante, con cristal irrompible, carrocería brindada, guardabarros de acero cromado y neumáticos a prueba de bala, construidos de caucho celular.

Las puertas del garaje, accionadas por células fotoeléctricas, se abrieron al aproximarse el coche; luego se cerraron tras él cuando subió la rampa que conducía a la calle. Se dirigió al Puente de Queensboro y Long Island.

El potente motor hacía que avanzara a gran velocidad, pero silenciosamente.

Buscando el número treinta y tres de la calle Redbeach, Doc llegó a una llanura semidesierta de Long Island Sound. Se metió por una avenida.

Había mucha niebla. A través de ella apareció, de pronto, una casa antigua de ladrillo con porche medio hundido y tuberías de desagüe oxidadas.

Era evidente que aquello había sido en otros tiempos una hermosa finca; pero parecía haber estado desierta años enteros.

Dejó el coche debajo de un olmo de largas ramas que se arrastraban y goteaban humedad. Se apeó por el lado contrario y desapareció por un bosquecillo de húmedos fresnos.

No tenía por qué dudar de la autenticidad del radiograma que había recibido.

No esperaba jaleo. Pero tenía por costumbre no correr riesgos innecesarios.

Después de reconocer el terreno unos minutos, se acercó a una puerta lateral y llamó. Hubo silencio. Volvió a llamar. Nadie contestó.

Doc Savage, a fuerza de entrenarse durante muchos años, tenía un oído finísimo. Percibía sonidos que un ser humano corriente era incapaz de oír.

Dentro de aquella casa, que parecía desierta, oía movimientos rápidos y cautelosos.

Sus facciones permanecieron inescrutables. Se limitó a guardar junto a la puerta y, al cabo de un rato, se abrió. Un hombre de cabello rapado y aspecto extranjero apareció y le invitó a entrar.

-¿Usted es Doc Savage? -preguntó en mal inglés-. Le he estado esperando. Soy Boris Ramadanoff.

Doc entró; pero como desconfiaba, lo que ocurrió a continuación no fue una sorpresa para él. Con todos los sentidos alerta, oyó rechinar cuero contra el alfombrado suelo y percibió un levísimo movimiento detrás de una cortina.

El gigante de bronce se agazapó y giró sobre los talones al abalanzarse unos hombres sobre él por los cuatro costados.

Sus manos se extendieron y asieron con fuerza por el hombro a dos de sus atacantes. Los levantó a los dos en vilo, les pegó uno contra otro y los dejó caer.

Cayeron aturdidos y revueltos. Soltó un puñetazo a otros dos de sus atacantes.

Un solo golpe le bastó a cada uno. Rodó uno por el suelo gimiendo, con la cara deformada. El otro, sin conocimiento, cayó también y no se enteró hasta una hora más tarde, de que tenía la mandíbula rota.

Doc se echó a un lado al ver brillar un revólver en la mano del que había dicho ser Boris Ramadanoff.

Con un salto semejante al de un tigre de Bengala, cruzó la habitación. El hombre se estrelló contra el suelo y Doc se quedó con su revólver en la mano.

Era dueño absoluto de la situación. Había diez hombres en el cuarto.

La mayoría yacían sin conocimiento como resultado de los tratos que le había dado. Los demás estaban acobardados, sin atreverse a hacer nada ya.

Del exterior de la casa, procedente del camino, sonó una ametralladora.

Luego se oyó otro ruido terrible que Doc reconoció: el bramido de una de las super ametralladoras que usaban sus ayudantes.

Las super ametralladoras aquella era una invención de Doc. Parecía una pistola gigantesca y disparaba ráfagas de las llamadas “balas de

misericordia", proyectiles huecos rellenos de una droga que hacía perder instantáneamente, el conocimiento.

Doc tenía por norma no matar si le era humanamente posible evitarlo.

Tras los ecos de la super ametralladora, se oyó la voz de un hombre que gritaba apremiante: -¡Doc! ¡Doc!

El hombre de bronce reconoció la voz de Long Tom. Suponía lo ocurrido.

Long Tom, obedeciendo sus órdenes, había acudido al punto de cita, cayendo en una emboscada al apearse del coche. Con lo luchador que era, no hubiese pedido nunca auxilio a menos que su situación fuese desesperada.

La seguridad de sus hombres era una cosa que Doc ponía por encima de todo. Inmediatamente renunció a la ventaja adquirida sobre los hombres que había en el cuarto.

Giró sobre los talones, abrió la puerta y salió a la niebla, corriendo en ayuda de Long Tom.

Aun llevaba en la mano el revólver.

No llevaba ninguna arma de fuego suya. Era su opinión que el llevar semejante arma hacía que un hombre confiara demasiado en ella y perdiera su ingenio, cosa que le dejaba impotente en el caso en que se viera desprovisto de su arma acostumbrada. Por consiguiente, Doc confiaba exclusivamente en su fuerza y en su ingenio para salir de las situaciones desesperadas.

Donde no bastaba la fuerza, recurría a alguna estratagema química o mecánica que, por regla general, resultaba eficaz y dejaba aturdidos a sus contrincantes.

Doc no despreciaba la pistola, naturalmente, cuando el azar le colocaba una en la mano. La empleó ahora.

Al pasar por entre los fresnos se encontró con Long Tom, que oculto tras una pequeña roca se veía acorralado por el fuego cruzado de varios fusiles ametralladoras.

Al girar uno de ellos para dispararle una ráfaga a Long Tom, el revólver de Doc disparó. Aquel proyectil hirió la mano del emboscado, que lanzó un grito y dejó caer el arma al suelo. El segundo fusilero enfocó a Doc.

Pero el fusil ametralladora dejó de disparar antes de haberle alcanzado. Otra bala de Doc se encargó de ello. El hombre profirió una maldición, soltó el arma y se cogió la mano herida.

De detrás de la casa, oculta por la niebla, surgió el ruido de dos motores. Se oyó el chirrido de embragues y el sonido de los motores se perdió en la lejanía.

-Vigila a esta pareja -dijo Doc a su ayudante.

Corrió a la casa. Como temía, sus diez atacantes habían desaparecido.

Registró la casa: estaba vacía. Los hombres sanos habían metido a los otros en los coches y desaparecido.

Pero sí encontró una cosa: una nota escrita aprisa y corriendo y firmada "Boris Ramadanoff". Decía:

La próxima vez será distinto.
Usaremos algo más que los puños.

Long Tom se acercó con los dos prisioneros.

-Quédate aquí a vigilar la casa -le ordenó Doc-. Acerca tu coche al edificio, para que podamos estar en contacto el uno con el otro por medio del aparato de onda corta. Voy a ver si sigo a esos coches.

Pero no llegó a hacerlo. El *coupé* del hombre de bronce, cada uno de los coches usados por sus ayudantes y su cuartel general del piso ochenta y seis del rascacielos también, tenían instalados aparatos trasmisores y receptores de onda corta.

Al subir Doc a su coche, dio a un interruptor escondido debajo del tablero.

Sonó una descarga de estática y luego la voz excitada del coronel Juan Renwick, famoso ingeniero y quinto ayudante de Doc.

Era evidente que Renny estaba hablando desde el piso.

Doc descolgó un micrófono de un gancho escondido.

-A la escucha -dijo.

-¡Más vale que vuelvas inmediatamente a casa! -bramó la voz de Renny-. ¡Valiente jaleo hay aquí!

CAPÍTULO V
UN TÉ A LA RUSA

Mientras Doc cruzaba el jardín en dirección al camino, habló al micrófono.

-¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente? -preguntó.

-Ese ciempiés extraño que desapareció después de matar al empleado... ¡ha vuelto a aparecer!

-¿Pudiste matarlo?

-Sí; pero demasiado tarde. Atacó a otro hombre.

-¿Sí?

-¡Y el hombre ha muerto, Doc!

-¿Estás seguro de que la víctima ha muerto a consecuencia de la mordedura del ciempiés? Salvo en el caso de personas ancianas o en mal estado de salud, rara vez sobreviene la muerte.

-Esta víctima no tiene nada de vieja ni de enferma. Era un guardia de treinta y tres años de edad y doscientas libras de peso. Y no respiró más que seis veces después de morderle el ciempiés, y murió en mis brazos.

-Eso fue demasiado rápido para que pudiera servirle de nada una inyección. Ten mucho cuidado. Renny. ¿Hay algo más?

-No; salvo que hay aquí un hombre esperándote.

-¿Quién es, Renny?

-Tiene un nombre ruso... Boris Ramadanoff.

Renny oyó por su altavoz una nota extraña, una especie de sonido musical.

Al principio creyó que se trataba de estática; pero, casi inmediatamente, se dio cuenta de que se trataba del sonido que emitía Doc en momentos de tensión o de sorpresa.

-Doc -preguntó-, ¿qué pasa?

El hombre de bronce le contestó con otra pregunta.

-¿Cuánto tiempo lleva allí Boris Ramadanoff?

-Desde que yo estoy aquí, por lo menos... diez minutos aproximadamente.

-Descríbemelo.

-Hombrecillo de aspecto anticuado, de chaqueta negra y barba negra estilo zar. Habla con acento extranjero. ¿A qué viene todo eso, Doc?

-Un hombre que decía ser Boris Ramadanoff intentó matarme hace unos momentos. Agárrate, Renny. Tenemos muy buenos motivos para creer que la vida de Johnny y de los que le siguieron, y tal vez nuestra vida también depende de lo que hagamos nosotros dentro de las próximas horas.

Al salir Doc del ascensor en el piso ochenta y seis y entrar en el vestíbulo de su cuartel general, un hombre sorprendente alzó su enorme cuerpo de un cómodo sillón y se adelantó.

Al lado de cualquier otra persona que no hubiese sido Doc Savage, le hubieran considerado enorme.

El hombre aquel tenía una cara alargada, de aspecto puritano, melancólica a más no poder, como si acabase de volver de un entierro y se preparase para ir a otro.

Aquella expresión le era habitual siempre que esperaba entrar en acción, es decir, a todas horas. Cosa rara, significaba que se sentía feliz. Tenía unos puños enormes, más grandes que Monk.

Era Renny -el coronel Juan Renwich- ingeniero que probablemente había construido diques y puentes en más partes del mundo que ningún otro hombre. Y que había echado abajo más puertas a puñetazos.

Renny señaló a un hombrecillo que se había puesto en pie de un brinco y que estaba haciendo una reverencia.

-Este es Boris Ramadanoff -anunció.

El hombre barbudo siguió haciendo reverencias.

-No sabe cuánto lo lamento -dijo el ruso, hablando bastante bien el inglés-. Acabo de enterarme por el coronel aquí presente de que ha tenido usted un encuentro desagradable con un hombre que pasaba por mí.

-¿Tiene usted la casa en la calle Redbeach? -le preguntó Doc.

-Sí; en el número 33.

-Hace menos de una hora, en esa casa, varios hombres, entre ellos uno que decía ser Boris Ramadanoff, intentaron hacerme caer en una trampa.

Los ojos del hombrecillo brillaron.

-¿Era ese un hombre de cabello rapado y cabeza tubular?

-¿El que se pasaba por Ramadanoff? Sí.

-Le conozco. Le repito, caballero, que lo siento enormemente. ¡Pensar que le hayan atacado a usted unos criminales en mi propia casa! La verdad es que tengo muchos enemigos. Sin duda es que tendrían ocupada mi casa con la intención de apresarle, en la creencia que usted podría suministrarle informes de mi paradero. Acepte usted mis más sinceras excusas.

Doc movió afirmativamente la cabeza.

-¿Deseaba usted verme? -preguntó.

-¡He venido de América del Sur con el exclusivo objetivo de hacerle una visita!

El hombrecillo hizo otra reverencia y, con un gesto rápido, le tendió una cartera de cuero a Doc.

-Esto deja patente su identidad -observó Doc, devolviéndole los papeles-. Y ahora...

-Busco su ayuda, caballero -dijo Boris-. Lo necesito desesperadamente. Dependen varias vidas de ello. Iré al grano sin andarme con rodeos. En el archipiélago de los Galápagos hay una isla desconocida en la que mi hermano, el conde Ramadanoff, se ha erigido en dueño y señor, con derecho de vida y muerte sobre todo ser viviente. Hace naufragar los buques y emplea a los marineros de cavar fosas circulares.

-¿Y para qué son esas fosas?

Boris se encogió de hombros.

-Eso es un profundo misterio para mí. El conde Ramadanoff, mi hermano, transportó todos sus bienes desde Rusia a esa isla antes de la revolución. Llevó consigo artesanos que construyeron un palacio; pero del grupo primitivo, yo soy el único que queda con vida. Los ha matado a todos. No sé cuál será el motivo verdadero de su proceder.

-Y... ¿qué es lo que desea de mí exactamente?

-Quiero que me acompañe a esa isla de las Galápagos y que me ayude a poner en libertad a los numerosos desgraciados, náufragos todos, que cavan hasta morir en las fosas.

-¿Se trata, simplemente, de una llamada en nombre de la Humanidad?

-Sí; aun cuando, al poner en libertad a todos, pondrá usted en libertad también a uno de sus propios hombres: al profesor Littlejohn, que es también un náufrago víctima de mi misterioso hermano.

El hombrecillo cerró débilmente los ojos. Que aquella noticia sirviera de culminación a su llamada. Pero si esperaba que Doc diera muestras de sorpresa, se llevó un chasco.

Doc se limitó a preguntar: -¿Cómo sabe usted todo eso?

Me encontraba en la isla cuando mi hermano hizo naufragar la embarcación de su amigo de usted. Después me escapé.

-¿Ha venido usted a mí directamente?

-Sí; y así me he salvado la vida.

-¿Cómo se explica usted la emboscada de la calle Redbeach?

-Alquilé esa casa hace algún tiempo, sin verla, con la intención de vivir en ella permanentemente en el porvenir.

El hombrecillo cerró, débilmente, los ojos. Se estremeció de pies a cabeza.

-¡Mi diabólico hermano se adelanta a todos mis pasos! Su brazo es largo... y despiadado. Preparó esa emboscada para mí en Redbeach. Hizo colocar aquí el ciempiés para que me mordiera.

-¿Tiene usted mapas que nos permitan volar directamente a la isla?

-Sí; están a su disposición.

-¿Cuándo podremos verlos?

-Cuando a usted le convenga. Inmediatamente si quiere.

-Cuanto antes mejor -dijo Doc.

Ramadanoff hizo una reverencia.

-Eso mismo opinaba yo. ¿Tendrá usted inconveniente en acompañarme a mi cuarto del hotel? Repasaremos los mapas... tal vez decidamos nuestro plan de acción... Tomaremos el té juntos.

Doc afirmó con la cabeza. Cuando se fue con Ramadanoff, le dijo a Renny:

-Más vale que te quedes aquí para estar en contacto con Long Tom y conmigo.

*****

En las habitaciones de Ramadanoff, Doc estaba sentado estudiando los mapas, mientras el ruso preparaba el té en el cuarto contiguo.

No tardó en presentarse el hombrecillo sonriendo.

-Para mí, en día no es completo si no tomo té. Tomará usted una taza conmigo, ¿verdad?

Doc afirmó con la cabeza e hizo una pregunta acerca de la situación de la isla desconocida.

El otro contestó concisamente; luego, excusándose, dejó el cuarto y regresó con una bandeja de plata en la que iban dos vasos de cristal casi llenos de un té pálido y una tetera de plata.

Acercó la bandeja a Doc.

Este cogió uno de los vasos y lo tocó con los labios. No bebió más por dos razones: una era porque no tenía la costumbre de tomar estimulantes de ninguna clase, empleándolos tan sólo en caso de necesidad absoluta.

La otra era que su paladar enormemente desarrollado le advirtió que aquel té contenía una substancia extraña.

-¿No le gusta? -inquirió el ruso, solícito-. Lo he preparado en mi propio samovar, que llevo conmigo siempre. Pero... ¿tal vez no le guste el sabor de las hierbas de Galápagos que agrego al té para darle un sabor especial?

Doc miró con fijeza a Ramadanoff.

-No tengo nada que objetar a las hierbas, sino al veneno.

-¿Cómo?

Las manos del hombrecillo se pusieron a temblar tanto que el té se salió de la tetera.

-Veneno -repitió Doc.

-¿Veneno? -exclamó el ruso, con incredulidad.

Depositó la bandeja sobre la mesa y alcanzó el vaso de Doc.

-Permítame -murmuró.

Se llevó el vaso a la nariz y lo olfateó. Palideció intensamente. El vaso se le escapó de entre las manos y cayó al suelo.

Se sentó en un sillón, decaído, y luego se animó lo bastante para olfatear su propio vaso. Volvió a dejarse caer, abatido.

-¡Está envenenado, en efecto! -dijo, roncamente-. Hemos estado a dos dedos de la muerte, caballero.

-¿Reconoce usted el veneno?

-Sí.

-¿Cuál es?

-Un veneno vegetal conocido tan sólo, que yo sepa, por ese loco de Galápagos... ¡mi hermano!

Doc conservó la cara inescrutable.

-¿Puede usted explicar esto? -inquirió.

El hombre se tapó el rostro con las manos, dos piedras preciosas, montadas en sortijas, brillaban en sus blancas manos.

Una de ellas era una esmeralda, más gruesa que el pulgar de un hombre. La otra era un rubí de igual tamaño y firmeza.

-No -gimió-; no puedo explicármelo. Como usted sabe, sólo abandoné el cuarto un instante mientras preparaba el té.

Una voz nueva sonó, burlona.

-¡Ese instante fue más que suficiente!

Al oír la voz, Ramadanoff se puso rígido en el sillón, como si hubiera sentido una descarga eléctrica.

Movió la cabeza de una lado a otro, atisbando, con un gemido, por entre los dedos. Nada vio que explicara la voz burlona.

Se escaparon de entre sus labios temblorosos unas palabras:

-¡Es nuestro fin!... ¡El panal del diablo!

Repitió la frase sin sentido.

-¡El panal del diablo!

Y cayó. Sólo se movieron ya sus largos y puntiagudos dedos, clavándose, angustiados, en su cara. Y las piedras preciosas brillaban en sus dedos como ojos terribles.

CAPÍTULO VI
EL PAQUETE DE PLATINO

Lo que hizo Doc al oírse aquella voz contrastó marcadamente con lo que había hecho el ruso. El hombre de bronce se quedó completamente inmóvil.

En el silencio que siguió, sonó su voz.

-Salga a tomar el té con nosotros -propuso.

Siguió otro momento de silencio a lo que tan tranquilamente había propuesto Doc. Luego se abrió la puerta de un cuarto ropero y salió un hombre con un fusil ametralladora.

Era el mismo hombre que había pasado por Boris Ramadanoff en la calle Redbeach.

Mientras apuntaba a Doc, el hombre daba órdenes con voz gutural. Entraron dos hombres procedentes de la habitación contigua armados de pistolas y otros dos con fusiles ametralladoras por la ventana que daba a la escalera de escape.

Las cinco armas apuntaron a Doc y a Ramadanoff.

La cara del hombre de pelo rapado estaba encendida de triunfo. Sus ojos azules miraban con malignidad al clavarse en Doc.

-Le prometí a usted –dijo-, que la próxima vez usaríamos algo más que los puños. Y le prometo ahora que a la menor señal de resistencia usted el plomo de cinco armas de fuego.

-Todo eso es muy interesante -repuso Doc, sin moverse-. ¿Qué desea usted de mí?

El otro frunció el entrecejo.

-Aquí, quien hará las preguntas seré yo. Si se figuraba usted que estábamos aquí para contestar a sus preguntas está equivocado. No se creía encontrarnos, ¿verdad?

Doc afirmó con la cabeza.

-Hicieron ustedes algo de ruido. Además, un olfato fino no podía dejar de percibir el olor de su cuerpo.

El otro soltó un rugido.

-¿Por qué no hizo algo si sabía que había caído en una trampa?

Doc empezó a estirar perezosamente los brazos.

-Tengo la intención de hacer algo -aseguró.

-¡Demonio! ¡Rats! ¡Las esposas! ¡Pónselas a este grande primero!

Un hombre delgado de ojuelos de rata, uno de los que llevaban pistola, sacó unas esposas del bolsillo y se aproximó a Doc.

Iba con cautela y en su moreno rostro se reflejaba la aprensión.

Doc, sentado en su silla, siguió estirándose hasta tener las manos extendidas en forma de cruz. El hombre de las esposas le miró con impotencia y algo de pánico al encontrarse tan cerca de aquellas manos musculosas.

-No te sientas gallina, Rats -rugió el jefe-. Podemos meterle plomo suficiente en el cuerpo para que se hunda en el suelo.

Y a Doc le ordenó:

-Junte las muñecas para que le pongan las esposas.

-Bueno y cuando lo haga, fíjese en lo que ocurre -dijo Doc.

Lentamente, como águila que pliega las alas, Doc juntó las manos delante de él. Todas las miradas estaban clavadas en sus brazos.

Eso era lo que había querido Doc. Todo aquello lo hacía con su cuenta y razón.

Mientras todos estaban pendientes del movimiento de sus brazos, la puntera de su zapato derecho estaba desalojando un paquete de metal de la doblez de la pernera izquierda de su pantalón.

Era un paquete calculado científicamente para resistir el máximo de presión interior, fabricado de una aleación más fuerte que ningún otro metal conocido.

En cuanto Doc logró desalojar el paquete de la doblez, lo alejó de su lado de un puntapié. El jefe, que se temía algo y estaba vigilando, vio el movimiento por el rabillo del ojo.

-¡Cuidado con sus pies! –rugió.

Era demasiado tarde ya para que se fijara nadie en nada. Se oyó una explosión aguda y un ruido semejante al del agua al caer sobre algo encendido.

Casi inmediatamente, el cuarto se llenó de un humo amarillento tan espeso que parecía negro.

Durante una fracción de segundo hubo silencio. Luego se armó un griterío infernal, se oyeron maldiciones, ruido de madera al astillarse y de cristal al romperse. Empezaron a disparar las pistolas y los fusiles ametralladores.

En el pánico que les había infundido la maniobra de Doc, los hombres corrieron de un lado para otro. Los fogonazos de sus armas pintaban con resplandores rojizos el espeso humo.

Doc Savage estaba a salvo. En el mismo instante en que sonara la explosión, había saltado hacia adelante de su silla, agachándose y teniendo un brazo hacia el lugar en que sabía que se hallaba Ramadanoff y el otro hacia el cuello del jefe.

El paquete había contenido una substancia química orgánica bajo presión, al reventar el paquete, la substancia se había convertido en gas.

La humedad de aire había producido la combustión parcial, generando instantáneamente el humo.

Entonces ocurrió lo inesperado. Boris Ramadanoff no se encontraba donde debiera haber estado y el jefe había cambiado de posición.

-Abrid las ventanas para que salga todo este humo -dijo el jefe-. Que nadie se mueva para que podamos oír a ese hombre de bronce.

Aquellos hombres sabían pensar aprisa. Habían escogido el único camino que pudiera resultar desastroso para Doc. Éste cambió de posición usando extraordinaria cautela. Ni su mirada era capaz de penetrar aquel humo.

Transcurrieron unos momentos en completo silencio. Luego, fuera, empezaron a sonar las sirenas de la policía. Los vecinos debían de haber oído los disparos y llamaron a Jefatura.

-¡La policía! -exclamó el jefe-. ¡Tenemos que largarnos!

Todos corrieron hacia la puerta. Doc se movió deprisa; pero acertó a rozarle a alguien. Se vio un fogonazo y sonó un tiro cerca de su oreja.

Extendió las manos, arrancándole al hombre la pistola y asiéndole por el cuello.

Sonaron más disparos en el cuarto, hechos a tontas y a loca.

-¡Fuera! -aulló el jefe-. ¡Viene la policía!

Luego todos salieron ruidosamente, cerrando la puerta tras sí. Se hicieron algunos disparos a través de ella, para desanimar a quien pudiera intentar perseguirles.

Con el hombre que había capturado metido debajo del brazo, Doc registró apresuradamente las habitaciones.

¡Boris Ramadanoff había desaparecido!

Doc Savage condujo a su prisionero hacia la escalera de escape y bajó precipitadamente. Su intención era vigilar la parte de atrás del edificio.

La policía se hallaba delante y se preocuparía de aquella puerta.

Viendo que desde el lugar en que tenía parado el automóvil podía vigilar el patio a que daba la puerta de atrás de la casa, llevó a su prisionero al coche.

Era mejor esconder al hombre para que no le viera la policía, evitándose así la necesidad de dar explicaciones y perder el tiempo.

Al aparato de radio aun estaba encendido en el automóvil. Se oían por el altavoz descargas estáticas y, mezcladas con ellas, una serie de palabras frenéticas.

Doc reconoció la voz. Era Long Tom, que estaría hablado seguramente por el trasmisor de su coche en la calle Redbeach.

La voz hablaba a borbotones, resultando casi ininteligible.

-Doc... ciempiés... matándome...

Las palabras cesaron de pronto.

Esto hizo que Doc cambiara de plan por completo. El peligro que pudiera correr Long Tom era más importante que el saber qué había sido de Boris Ramadanoff. Doc puso el motor en marcha y partió. El coche salió disparado como un cohete, con la sirena a toda marcha. El departamento de policía había autorizado a Doc para que usase sirena; pero éste no la usaba más que en momentos de verdadero apuro.

Por el camino, Doc llamó por radio intentando restablecer la comunicación con Long Tom; pero en vano.

Optó por llamar a Renny, que se hallaba en el cuartel general. Renny estaba escuchando, en espera de recibir instrucciones.

Doc dijo:

-Más vale que te acerques a la calle Noventa y Siete y permanezcas a la expectativa. Procurando no tener jaleo con la policía. Deja encendido el aparato en tu coche para que sigamos en contacto.

-De acuerdo, Doc.

El hombre de bronce volvió a colgar el micrófono y miró al cautivo. Era Rats Hanley, el individuo de ojos de rata que había ido a ponerle las esposas.

Doc le aplicó algo de presión y supo que el jefe de aquellos hombres se llamaba Jans Berguan y que obedecía órdenes de otra persona. Una vez sabido esto, Doc durmió a Rats oprimiéndole en un centro nervioso.

Más tarde, el hombre sería enviado a la "Universidad" que tenía el hombre de bronce en el Estado de Nueva York. Allí, mediante una operación quirúrgica, el hombre quedaría curado de sus tendencias criminales.

El coche de Doc cruzó el Puente de Queensboro sobre el Río Este y continuó a lo largo del *Sound*. Aun flotaba la niebla sobre la calle Redbeach cuando se metió por la avenida.

No se veía a Long Tom por parte alguna.

El hombre de bronce no perdió tiempo explorando el terreno. Estando amenazada la vida de su ayudante, hasta los segundos eran preciosos.

Saltó del coche y corrió a la casa. Probó la puerta. Estaba cerrada con llave.

Empleó el método favorito de Renny y uno de sus puños, impulsado por los prodigiosos músculos del brazo y del hombro, atravesó la puerta.

Asió la madera de los bordes tiró, astillándola. Echó media puerta abajo y pasó por ella.

Miró en torno suyo en la penumbra del interior. Sus pisadas repercutían con sonido hueco, en el cuarto. La casa parecía desierta. Sacó una lámpara de bolsillo y examinó el suelo y las paredes.

En un cuarto encontró señales de una lucha furiosa. Los muebles estaban tumbados. Había manchas encarnadas, húmedas aun, en la alfombra.

Las manchas encarnadas no eran lo más alarmante. Dispersado por el suelo se veían los cuerpos despachurrados de una docena de ciempiés. Las hirsutas patas de algunos de los fragmentos aun se movían.

Mientras Doc examinaba el cuarto, se oyó rechinar una tabla en el pasillo.

Doc dio media vuelta, agazapándose un poco y apagando la luz.

Se deslizó hacia la pared y aguardó. Creció en volumen el ruido en el pasillo. Se detuvo. Volvió a sonar. Doc pudo oír la cautelosa respiración de una persona.

El desconocido dio una zancada larga para cruzar la parte sin alfombra y pisar la alfombra del otro lado.

Logró poner los pies en ella, luego todo su cuerpo se alzó del suelo. Con los pies tan altos como la cabeza, cayó pesadamente de espaldas.

Doc había aprovechado la oportunidad para dar un fuerte tirón a la alfombra.

El dedo que el hombre tenía puesto en el gatillo de una pistola empezó a moverse espasmódicamente. Llovió yeso del cielo raso de la habitación y el ruido de las detonaciones pobló el cuarto.

De pronto cesó el ruido. Doc, dando un salto, había aterrizado en el centro de la habitación de un manotazo había desarmado al hombre y, de otro, le había dejado sin conocimiento.

Había luz suficiente para que pudiera vérsele las facciones.

Aquella era la primera vez que Doc veía a aquel hombre.

Pero un instante después se hallaba ante una cara que *sí* había visto en otras ocasiones. Era una de las pocas veces en su vida en que el enemigo había logrado pillarle por sorpresa.

Rechinó una tabla del suelo cerca de la puerta. Doc se vio apuntado por un fusil ametralladora. El hombre había podido acercarse sin ser visto ni oído gracias al ruido de los disparos.

El hombre que le amenazaba con la muerte era Jans Berguan.

-Sólo puede haber llegado usted aquí tan pronto de una manera -dijo Doc, tranquilamente.

-Sólo de una manera -asintió Berguan-. En el compartimiento de su coche destinado al equipaje.

-Es usted muy listo.

-Estaba usted muy ocupado. Eso me ayudó. Escondido en el coche, oí la llamada que recibió usted por radio.

-¿Cómo dejó a todos los demás en la calle Noventa y Siete?

-Bastante mal parados. Fue una linda treta esa del humo. La última que gastará usted si no me equivoco.

Doc se irguió.

-¡Alce bien las manos! -ordenó Berguan-. ¡Consérvelas bien separadas! ¡Separe bien los dedos incluso!

Doc obedeció.

-Y los pies... sepárelos bien.

Doc cumplió la orden.

-Así está mejor. Esta vez no pienso dejarme engañar.

Doc miró, sombrío, a su enemigo. Dijo lo que estaba pensando:

-Muy pocos hombres que hayan tenido un encuentro conmigo se han arriesgado a enfrentarse conmigo otra vez.

-Yo -se jactó Berguan -, soy un hombre muy osado.

-O temerario tal vez.

-El temerario es usted si cree poder con Jans Berguan. Tal vez lleve algo a prueba de bala debajo de la ropa. No confíe en ello. Las balas de mi ametralladora irán a parar todas a su cara.

Doc se encogió de hombros y preguntó:

-Ahora que tiene usted cogido al toro por los cuernos, ¿qué piensa hacer?

-Seguiré sujetándole por los cuernos hasta... hasta dentro de uno momentos. ¿Oye usted lo que yo digo?

Se oía un coche acercarse a la casa. El motor paró de pronto y sonó el golpe de portezuelas. Unas pisadas cruzaron el porche y entraron en la casa.

Berguan gritó: -¡Por aquí, muchachos!

Sonaron más cerca los pasos.

-Aquí dentro -ordenó Berguan-. Apuntadle por cuatro lados distintos. Si mueve un dedo seis milímetros, disparad... y procurad darle en la cara.

Cuatro hombres que parecían sombras en la penumbra entraron en el cuarto y se situaron a un metro de Doc, apuntándole con fusiles ametralladoras.

Berguan se inclinó, depositó su arma en suelo y se acercó a Doc con unas esposas en una mano y una pistola en la otra.

Dijo roncamente, para ocultar su nerviosismo:

-Ahora verá usted cómo tratamos al toro que hemos cogido por los cuernos.

Entonces ocurrió algo que a Berguan le dio la sorpresa más grande de su vida.

Doc Savage no movió los pies. No movió las manos. Ni siquiera movió los dedos. Pero, de pronto, sonó algo así como una explosión retardada.

Se vio una luz intensamente blanca al propio tiempo. Tenía cierto matiz azulado, algo así como el arco de una soldadura eléctrica. Producía la ceguera momentánea completa.

Doc había cerrado fuertemente los ojos, librándose así en gran parte de los efectos de aquella luz. Se agachó un instante antes de que empezase a sonar los disparos.

Jans Berguan empezó a bramar, ordenando a sus hombres que suspendieran aquel tiroteo suicida. Berguan era el más cerca andaba de comprender lo sucedido. Había visto el destello del reloj de pulsera de Doc un instante antes de que ocurriera aquello. Comprendía que el hombre de bronce había apelotonado sus músculos para reventar el reloj y dejar escapar su contenido.

Berguan, como es natural, nada sabía de la composición química del polvo que había dentro del reloj y que, al entrar en contacto con el aire, se había incendiado espontáneamente.

Tampoco sabía que, al arder, despedía unos rayos de efectos pasajeros terribles para el delicado mecanismo de la vista.

Mientras sus enemigos soltaban maldiciones, recobrando, poco a poco, la vista, Doc Savage salió corriendo al pasillo. Cerró la puerta de golpe tras sí, cruzó la casa y salió a la niebla que aun lo obscurecía todo.

Se dirigió al coche y llegó a tiempo para oír la voz frenética de Renny por el altavoz. No había forma de saber cuánto tiempo llevaba llamando.

-¡Doc! -decía-. ¡Llamada a Doc Savage! ¡Importante!

Doc cogió el micrófono y dijo: -Doc al habla.

-Doc; voy a coger mi coche y reunirme contigo. He averiguado una cosa. He averiguado una cosa... ¡Boris Ramadanoff! ¡Por el toro sagrado! ¡Él...

Sonó un golpe estrepitoso por el micrófono. Era como el que hubiesen producido dos automóviles al estrellarse uno contra otro yendo a toda velocidad.

-¡Renny! -exclamó Doc, alarmado-. ¿Te ocurre algo?

-Nada... Doc -sonó la voz de Renny, muy débilmente.

-¡Pronto! ¿Qué averiguaste?

Sonó una voz nueva por el micrófono, áspera, burlona.

-¡Lo mismo que averiguará usted, Savage... cuando ya sea demasiado tarde!

CAPÍTULO VII
APRISIONADO EN EL "METRO"

Doc le dio al arranque eléctrico de su coche; pero el motor no se puso en marcha. Se apeó y lo examinó. Vio en seguida lo que le pasaba. Habían sido arrancados los alambres y hechas cisco las bujías.

Era evidente que Jans Berguan había machacado el motor con una llave inglesa antes de entrar en la casa.

Habían cesado los disparos ya en el interior; pero no tardaron en oírse fuera.

Empezaron a rebotar proyectiles sobre el coche. Se oyeron gritos roncos.

Doc Savage salió por el otro lado del coche como una centella y se perdió en la niebla. Las balas le persiguieron. Se agachó y cambió de dirección, desembocando, por fin, en la carretera real.

Pasó una camioneta en dirección a Nueva York, el hombre de bronce dio un salto prodigioso, agarrándose a la parte de atrás del vehículo. Se arrastró hasta la parte delantera.

Sus enemigos le habían visto. Le fueron dirigidos varios disparos de ametralladora, que pasaron de largo al doblar la camioneta una curva.

Doc llegó junto al conductor.

-¡Más aprisa! -ordenó.

El conductor le echó una mirada de sobresalto y metió el acelerador a fondo.

La camioneta alcanzó una velocidad de cincuenta y cinco millas, haciendo eses sobre la húmeda carretera. Recorrieron una milla o dos.

Cincuenta y cinco millas por hora no era lo bastante aprisa. A esa velocidad podrían ser alcanzados por Jans Berguan. Un coche tipo sedán venía detrás de la camioneta, yendo un poco más aprisa que ella.

No era Berguan. Se trataba de un simple motorista. Al torcer éste a la izquierda para adelantarse a la camioneta, oyó un fuerte golpe que le sobresaltó.

Su sobresalto aun fue mayor un momento después cuando se abrió la portezuela.

Doc Savage había abandonado la camioneta de un brinco, aterrizando sobre el sedán.

-Déjeme usted el volante -ordenó.

El conductor miró al gigante de bronce con ojos desorbitados y obedeció.

Doc se sentó al volante. El coche llegó a ochenta millas por hora... ochenta y cinco... noventa.

Habían salido de la niebla ya. Un coche les seguía. Doc le reconoció. Era el de Jans Berguan. El coche aquel se iba acercando rápidamente.

Doc no quería exponer a los peatones ni al dueño del coche al peligro de que les alcanzara alguna bala de ametralladora.

Le dijo al dueño del sedán:

-Voy a parar aquí y meterme en el metropolitano. Le dejo.

-Está bien, Doc Savage -contestó el otro.

Había reconocido al hombre de bronce. Se jactaría de aquella aventura mientras viviese. Igual haría el conductor de la camioneta.

Los frenos chirriaron, resbalaron los neumáticos y el sedán se aproximó al bordillo.

-Gracias -dijo Doc.

Y bajó corriendo la escalera del “metro”.

Un segundo después, el coche de Jans Berguan se detuvo junto a la acera.

Berguan se quedó en el automóvil; pero tres de sus hombres corrieron tras Doc.

Las puertas automáticas de un tren que se dirigía a Manhattan se estaban cerrando cuando el hombre de bronce entró en la estación. Un instante antes de que quedaran cerradas, la mano de Doc asió el borde y volvió a abrirlas a viva fuerza. Se metió en el coche y dejó que las puertas se cerraran tras él.

Las puertas de los coches del metropolitano de Nueva York están conectadas por un mecanismo de seguridad al interruptor manejado por el conductor.

Cuando Doc impidió que se cerrara una puerta impidió que arrancara el tren.

Esto dio tiempo a los hombres de Berguan a meterse por las ventanas de otro coche.

El tren se puso en marcha. Estaba lleno de gente. Había viajeros en los pasillos incluso.

La población cosmopolita de Nueva York tal vez sea menos observadora que los ciudadanos de ningún otro lugar de Norteamérica.

La gente llena las calles, los trenes metropolitanos y los rascacielos con cara sin expresión, ensimismada, pensando sólo en sus asuntos particulares.

Es muy probable que pese a su personalidad, Doc Savage hubiese pasado inadvertido de no haber sido porque su cabeza sobresalía por encima de la del viajero más alto.

Empezaba a oírse un rumor y la gente señalaba y exhalaba exclamaciones de asombro al reconocerle cuando, de pronto, se oyó un ruido horrendo y una sábana de luz verde azulada envolvió el tren.

Con ensordecedor chirrido de frenos, el tren se paró en seco, haciendo que cayeran al suelo muchos pasajeros.

Después del deslumbrador resplandor, reinó una obscuridad profunda.

Nubes de humo empezaron a entrar por las ventanillas rotas haciendo que los pasajeros, llenos de pánico, gritaran y lucharan, frenéticos, entre sí.

Un empleado de uniforme encendió una lámpara de bolsillo, y dijo, a vez en grito.

-¡No hay peligro! ¡No se alarmen! ¡No pasa nada!

El metropolitano de Nueva York es tan seguro como cualquier otro ferrocarril del mundo. Los pasajeros lo sabían.

Poco a poco fue desapareciendo el pánico a medida que las palabras del empleado fueron penetrando en la conciencia de los pasajeros.

Para una persona del coche, sin embargo, existía peligro. Aquél no había sido un cortocircuito corriente.

Había sido obra de uno de los hombres de Jans Berguan. Al detenerse el tren, Doc cayó al suelo como muchos otros pero no fue la sacudida del tren lo único que le hizo caer.

En la obscuridad, había recibido dos fuertes golpes en la cabeza con unas porras.

Antes de que se encendieran las luces, bajo cubierta de la confusión, los secuaces de Berguan pudieron sacar con relativa facilidad el cuerpo inanimado de Doc por la ventanilla y llevárselo túnel arriba. Maldijeron por lo pesado que resultaba y dieron muchos traspiés.

Llegaron a un punto en que brillaba una luz encarnada. Esta señalaba una salida excusada. Condujeron a Doc escalera arriba con trabajo.

Al salir a la calle con el cuerpo de Doc, que seguía sin conocimiento, tropezaron de manos a boca con un guardia.

Uno de los hombres masculló una maldición y se llevó la mano al bolsillo.

Antes de que pudiera sacar la pistola, su compañero, que era más ingenioso, le apartó la mano de un empujón y exclamó:

-¡Un accidente en el "metro"!... ¡El tren está parado!... ¡A este hombre que sacamos le ha dejado sin conocimiento el gas! ¡Hay muchos más allí abajo en el mismo estado! ¡Es terrible! ¡Más vale que dé usted cuenta de lo ocurrido!

Engañado, dándose cuenta de la importancia que le daba el ser el primero en notificar un accidente que ocuparía la primera plana de los periódicos, el policía corrió a telefonear.

Los secuaces de Berguan corrieron a un taxi y metieron a Doc dentro.

Uno de ellos le dijo al conductor:

-¡Al hospital más cercano!

Lo dijo en voz muy alta, para que lo oyera la gente que empezaba a congregarse.

No fue en el cuarto de un hospital donde Doc abrió los ojos. Yacía de bruces sobre un suelo de ladrillo, con las muñecas esposadas a la espalda.

Se movió de lado, logró doblar las piernas y se puso en pie. Entraba un poco de luz por un enrejado, alumbrando débilmente el cuarto vacío, de paredes de ladrillo.

Estaba húmedo y olía a enmohecido. La única salida era una puerta de acero, fuertemente cerrada.

Cargó contra ella, para probarla. El choque de su hombro hizo que se estremeciera. Con tiempo, tal vez lograra derribarla.

De pronto oyó voces fuera y se paró a escuchar. No lograba distinguir las voces al principio.

Mientras éstas se iban acercando, Doc probó su fuerza en las esposas que le sujetaban. Más de una vez en su vida había logrado romperlas.

Probó una sola vez con todas sus fuerzas. Ello le bastó para que se diera cuenta de la verdad. Le habían sujetado con esposas de cromo templado, del tipo más moderno.

No hubieran bastado un martillo de herrería y un cortafrío para quitárselas.

Sólo hubiera podido conseguir eso un soplete.

Otra de las características de aquellas esposas era que se contraían cuando se ejercía presión contra ellas, apretando un borde común de sierra contra las muñecas. Le salía sangre de la piel donde habían mordido los dientes de acero.

Dobló los dedos hasta poder tocarse el puño de la chaqueta. Deshizo con ellos un hilo. De un bolsillo oculto en la manga, logró sacar un pequeño sobre de metal, tan flexible como el papel de estaño.

Abrió una extremidad del sobre con la uña y movió cuidadosamente las manos para derramar su contenido -unas gotas tan sólo -sobre los eslabones de las esposas.

Los hombres que hablaban fuera se habían aproximado ya lo bastante a la puerta para que Doc pudiera oír lo que decían. Reconoció una de las voces.

Era la de Jans Berguan. Este acababa de llegar al parecer.

Doc le oyó decir: -¿Le dejasteis la ropa puesta? ¡Imbéciles!

Una voz hosca contestó:

-Le registramos y le quitamos todo lo que llevaba.

-¡No le habréis quitado ni la mitad! Savage tiene un millar de bolsillos secretos. Podríais extraerle los dientes, afeitarle la cabeza, arrancarle las uñas y aun le quedarían encima productos químicos suficientes para volar un crucero.

El otro murmuró, nervioso:

-No me gusta... No me gusta andar con bromas con este hombre de bronce.

-Ya cobras tu parte por hacerlo.

-¿De qué me sirve cobrar mucho dinero si me muero antes de poder gastarlo?

Hubo un silencio pesado, opresivo.

Luego preguntó Berguan:

-¿Ha recobrado el conocimiento?

-Asómate y míralo tú mismo -exclamó el otro-. Yo no tengo ganas de mirarle. Es como una serpiente venenosa para mí.

Se oyó un ruido metálico al abrir Berguan una ventanilla pequeña y atisbar por ella.

Vio a Doc boca arriba, fingiendo estar sin conocimiento.

-Sigue sin sentido -dijo el jefe.

-No me extraña. Los dos le dimos un golpe capaz de romper uno de los cables del puente de Brooklyn.

Hubo otro silencio más ominoso que el anterior. Cuando Berguan volvió a hablar, lo hizo con voz ronca.

-Tenemos que matarle -dijo.

-Tal vez tengas razón -murmuró el otro-. Pero... ¿cómo lo harás? Si haces un disparo, se nos echará encima uno de esos bichos de mil patas.

-Se hace muy poco ruido cuando se le corta a uno el gaznate.

-¿Acercarse lo bastante a ese hombre para cortarle el cuello? ¡No seré yo quien lo haga!

-Está esposado.

-¿Y si se quitara las esposas?

-¿Cómo va a poder hacerlo?

-¿Cómo puede hacer muchas de las cosas que hace?

-Bueno; vamos a suponer que se escape de las esposas. No puede hacerlo; pero si lo hiciera... ¡fíjate en los cuchillos! No tendremos que acercarnos a él tanto como tú dices.

Berguan se apartó de puntillas. De debajo de unos cajones vacíos sacó dos enormes cuchillos, con mango de hierro. Las hojas tenían cerca de quince centímetros de anchura y un metro de longitud.

Llegaron a los oídos de Doc las palabras susurradas:

-Son machetes de cortar cañas de azúcar, ¿verdad?

-Eso son. Voy a cortarle la cabeza a Savage.

Se abrió la pesada puerta con muchos chirridos, y Jans Berguan, seguido de cerca por su compañero, cruzó los húmedos ladrillos en dirección al cuerpo tendido de Doc. Los asesinos llevaban alzados los machetes.

Una vez al alcance de Doc, se detuvieron.

-Si no le secciono la cabeza del primer tajo -dijo Berguan-, usa tu cuchillo para rematarle. Luego, sígueme fuera a toda prisa.

Al otro le empezaron a castañetear los dientes. Le tembló el enorme machete y tuvo que sujetarlo con las dos manos.

Berguan alzó aun más el suyo y descargó un golpe.

Este no bastó. Ni siquiera sirvió para empezar. Al acercarse la hoja, Doc, que había estado aguardando con todos los músculos en tensión, echó hacia delante cabeza y hombros.

Jans Berguan no tuvo tiempo de cambiar la dirección del tajo. La hoja del machete pasó rozando la cabeza y se clavó en el suelo.

Antes de que pudiera volverla a arrancar, antes de que su compañero pudiera usar su cuchillo, Doc les dio una sorpresa aun mayor aun.

Su brazo, libre de las esposas, dio un golpe hacia fuera y hacia abajo, arrancándole a Berguan de la mano el machete incrustado en el suelo.

Al mismo tiempo, extendió la otra mano y asió la empuñadura.

-¡No lleva esposas! -aulló el otro hombre, aterrado, descargando a su vez un golpe con el machete asido con las dos manos.

Doc paró el golpe con el arma que le había quitado a Berguan. Chocó acero contra acero y el cuchillo del contrincante de Doc describió un arco en el aire y fue a caer al suelo al otro lado del cuerpo.

-¡No lleva esposas! -exclamó Berguan.

Y el terror que le inspiraba el ver el hombre de bronce esgrimiendo aquel afilado machete le estiraba tanto la piel sobre los pómulos que éstos parecían a punto de perforarla.

La forma en que Doc se había escapado de las esposas era muy sencilla.

El líquido que contenía el sobre metálico era un ácido que disolvía el metal semejante al empleado en la fabricación de los eslabones de aquellas esposas.

Fuera del cuarto se oían voces excitadas y pasos que se aproximaban.

Doc corrió a la puerta agitando su terrible arma en las narices de los que se acercaban y poniendo un gesto terrible.

Doc no les atacó. Andaba en busca de algo más importante. Subió los peldaños de la escalera del sótano de cuatro en cuatro.

Desde arriba, tiró el pesado machete, porque prefería fiarse de sus propias armas científicas.

Cerrando la fuerte puerta del pasillo de arriba echándole el cerrojo para que no pudieran salir los que estaban en el sótano, salió en busca del jefe supremo de aquella cuadrilla, al que estaba seguro que podría encontrar en alguna parte de aquella casa, y a buscar también a Renny y a Long Tom, a quienes suponía prisioneros.

Esto último era lo que había hecho que Doc fuese al edificio. Porque los golpes que había recibido en el metropolitano no le habían dejado sin sentido.

Fingió perder el conocimiento, porque pensó que la mejor manera de dar con el paradero de sus ayudantes, si aun estaban vivos, era arreglárselas de forma que le llevaran a él donde los tuvieran encerrados.

CAPÍTULO VIII
LA MUERTE DEL AGUJERO DE PULGAR

Al subir desde el sótano tramo tras tramo de escalera, Doc no tardó en darse cuenta de la clase de edificio en que se encontraba.

Era una antigua casa de pisos condenada y abandonada, del lado Oeste de Nueva York, cerca del río Hudson. Parecía una lacra entre los edificios modernos que lo rodeaban.

Mientras corría escalera arriba, iba con todos los sentidos aguzados para tomar nota de la menor señal de ocupación.

Sus pisadas emitían un sonido hueco en el suelo desgastado, astillado y alzado en algunos puntos, descubriendo listones que parecían las costillas de un cadáver.

Al llegar al sexto piso hizo una pausa. Allí se veía yeso en el pasillo, pisoteado por numerosos pies. Subió otro tramo. También allí encontró yeso pisoteado. Aquella casa tenía varios pisos más que la mayoría de las de su clase. Subió un par de tramos más hasta llegar al último piso, que era el noveno.

Había señales de haber sacado a alguien por allí poco antes. Doc subió.

Al llegar al último descansillo se llevó una sorpresa. Había sido colocada allí poco antes una puerta de acero de construcción moderna. Estaba instalada sólidamente.

De momento, Doc se conformó con atisbar por una tronera practicada en ella. Al fijarse su mirada en la azotea, el hombre de bronce emitió aquel extraño sonido musical que le era peculiar en ocasiones como aquella.

Vio un avión -un autogiro de modelo ultramoderno- sujeto a la azotea y cubierto por un paño de seda. Los escapes de los motores estaban equipados de enormes silenciadores.

El tejado de la casa había sido nivelado, arreglado y reforzado y se había instalado un aparato: una catapulta del tipo usado por los portaviones.

También se veía una combinación de cables para acortar velocidad al aterrizar.

Era evidente que se había utilizado el tejado aquel como punto de aterrizaje.

Se veían las señales de las ruedas. El edificio se hallaba en un barrio industrial que quedaba casi desierto fuera de horas de trabajo.

Las casas próximas eran bajas. Era evidente que autogiro no empleaba aquella base con autorización oficial; pero debía de poder ir y venir de noche sin ser visto.

Unas marcas luminosas hechas en el tejado empezaban a brillar en el crepúsculo. Era una idea muy ingeniosa para poder aterrizar de noche.

Doc dio media vuelta silenciosamente y descendió por la escalera. Al llegar al sexto piso se detuvo a hacer un detenido registro.

Las huellas de yeso conducían a las puertas a las puertas cerradas de varios cuartos. Doc se detuvo junto a cada una de ellas a escuchar. No hizo el menor ruido.

De pronto, sonaron en le sombrío pasillo chirridos y el ruido producido por la madera al astillarse: el chirrido de bisagras arrancadas a una puerta y el de la misma al astillarse bajo la sacudida que recibió al cargar Doc contra ella.

Doc había oído, desde el pasillo, el rumor de una respiración humana.

Al saltar la puerta, un hombre que estaba agachado, dando vueltas a los discos de una caja de caudales moderna, se irguió soltando una maldición gutural.

Desde la astillada puerta lo único que se veía del hombre era un cuerpo voluminoso y una cabeza rapada. ¡Jans Berguan!

En el tiempo que necesitó Berguan para volver la cabeza y mirar, Doc Savage había cruzado el cuarto y rodeado al hombre con un brazo de acero.

Berguan forcejeó, intentando sacar una pistola del bolsillo. Era un hombre corpulento. En su juventud, había conquistado fama como luchador.

Pero al apretarle el brazo Doc más y más fuerte, empezaron a escapársele las fuerzas hasta que, de no haberle sostenido Doc, hubiera caído al suelo.

El hombre de bronce le quitó la pistola y la tiró sobre un “buró”. Luego dejó caer al hombre en una silla.

Doc señaló la caja de caudales, diciendo:

-La avaricia es la ruina de muchos hombres. No se fue usted mientras tenía tiempo. Volvió aquí en busca de más dinero.

-Sí, salgamos de aquí... ¡mientras nos quede vida!

Jans Berguan estaba mirando a Doc con pánico en los ojos. El sudor empezaba a pelarle la frente.

-¿Quién es su jefe? -interrogó el hombre de bronce.

El otro comprimió fuertemente los labios. Movió negativamente la cabeza.

Doc se encogió de hombros.

-Pero voy a hacerle otra pregunta y a ella sí que contestará. ¿Dónde están mis ayudantes?

-¡No tengo nada que decir!

Doc se sentó encima del “buró” y dijo:

-Nos quedamos aquí hasta que usted hable.

-Savage, ¡está usted loco! ¡Tan peligroso es para usted permanecer aquí como para mí! A veces cae un hombre muerto sin que haya nadie a su lado, y lo que le mata es un agujero que aparece en su sien, de un tamaño que le cabe a uno el dedo gordo dentro.

-¿Qué es lo que hace ese agujero?

-No lo sé; pero le diré dónde están sus ayudantes...

En la penumbra del cuarto se oyó un ruido singular, un sonido así como si se aplastara carne. Las palabras se le ahogaron a Berguan en la garganta.

Se le cayó la cabeza de lado. Luego pareció ceder su cuerpo y la cabeza le rebotó contra el suelo.

Doc saltó del “buró” y le examinó rápidamente. Sus dedos toparon con una depresión en la sien, donde se le había roto el hueso.

En una herida lisa, blanca, del mismo tamaño que si un hombre le hubiera clavado allí el pulgar.

Mientras la examinaba Doc, la herida empezó a sangrar, formando riachuelos que se deslizaron uno por cada lado de la oreja del hombre hasta empapar el suelo.

Jans Berguan había acabado su carrera criminal, víctima de lo que él llamara “muerte del agujero de pulgar”.

Una voz sonó claramente en el cuarto:

-Hubiera podido sucederle lo mismo a cualquiera... ¡a cualquiera!

Nadie había entrado en la habitación. No había nadie en la puerta.

Doc se volvió y fijó la mirada en el “buró”.

Sonó una risa burlona.

-Le felicito, mi querido Savage. Había dado usted con el lugar de donde sale mi voz. Doc, de un segundo a otro puede usted mirar hacia la puerta, donde se hallará confrontado con otra amenaza, no tan misteriosa, pero sí tan mortal como lo que Jans Berguan llamaba “la muerte del agujero de pulgar”.

Se oyeron pasos arrastrados en el pasillo. Doc se volvió, viendo aparecer dos hombres en la puerta. Se veía que no eran secuaces de Berguan.

Su tipo era mogólico, de hombros macizos y pesadas y achatadas, armas cortas, de achatado cañón acampanado por la boca.

-Le presento a mi escolta personal, Savage -prosiguió la voz-. Son instrumentos ideados por mí, que participan de las cualidades de una escopeta de cañón cortado y de una cerbatana. Cada uno de ellos está cargado de poco más de un centenar de flechitas envenenadas que pueden ser descargadas a la vez al apretar un gatillo. Su cara será el blanco si les obliga usted a disparar.

Sonó un leve zumbido, como de maquinaria, y uno de los lados del “buró se abrió. Un hombre salió al cuarto y el lado del mueble volvió a cerrarse tras él.

Era un hombrecillo de ojos brillantes y barba estilo zar:

Boris Ramadanoff.

Doc no dio muestra alguna de sorpresa.

Ramadanoff dijo, con voz meliflua: -¿Por qué deseaba usted estar aquí?

-Para poner en libertad a mis dos ayudantes.

Mientras hablaba, el hombre de bronce empezó a arrastrar el pie derecho hacia la doblez de la pernera izquierda de su pantalón.

Ramadanoff advirtió el movimiento:

-¡Quieto! -ordenó, con ira.

Y, haciendo uso de un idioma asiático gutural, dio una orden a su escolta.

Los dos mogoles se acercaron más.

Ramadanoff le advirtió a Doc:

-Ha logrado escaparse dos veces con sus estratagemas. No lo conseguirá por tercera vez. El mover un solo músculo bastará para que mis hombres le maten.

Se adelantó, se agachó y pasó una mano por la doblez del pantalón de Doc, mientras a éste le apuntaban los dos asiáticos con sus fantásticas armas. En la doblez izquierda, los dedos del ruso tropezaron con un pequeño paquete metálico. Lo arrancó con tiento y se apartó, llevándolo con el mismo cuidado que se fuese nitroglicerina. Lo depositó sobre el “buró”, procurando que no sufriese la menor sacudida.

Se volvió hacia Doc con gesto de triunfo.

-Se acabaron las tretas. ¡Le he arrancado las garras al tigre!

Las últimas palabras las dijo en un tono algo extraño. Era como si las pronunciara bajo la influencia de un tóxico.

Luego el hombrecillo dio muestras de que tenía una mente muy ágil. Se dio cuenta de que ocurría algo anormal y obró inmediatamente. Corrió hacia la puerta, cayendo al pasillo.

Doc Savage estaba algo agachado, porque sabía lo que iba a ocurrir.

El mecanismo del paquetito era tal, que se abría solo a los pocos instantes de ser arrancado del pantalón. Contenía una cantidad de aquel gas de invención suya que privaba casi instantáneamente del conocimiento.

Doc cruzó el cuarto de un salto. Había contenido el aliento y, por consiguiente, no sentía los efectos del gas.

Pero donde debiera haber estado la puerta había otra cosa. Tropezó con una superficie tan dura que le hizo rebotar. Siguió conteniendo el aliento.

Una dura superficie metálica había aparecido en el sitio de la puerta que derribara a puñetazos. Cargó contra el acero. Este no se movió.

En el pasillo se oyó la risa sardónica de Ramadanoff. Su voz llegó débilmente a través de la puerta.

-No es más que una treta mía, Savage, pues también sé gastarlas. Apreté un botón al salir, haciendo que surgiera de la pared esta puerta de acero. ¿Creía usted que no tenía más protección que la puerta de madera que echó abajo? Puede usted quedarse ahí y ahogarse con su propio gas. Regresaré a decirle a mi hermano que fue un error el que me enviara a Nueva York en busca de usted. A usted no se le puede dominar y , por consiguiente... ¡debe morir!

CAPÍTULO IX
LLAMEANTE FURIA

Mientras hablaba Ramadanoff en el pasillo, Doc se volvió. Llegó a la ventana en tres zancadas. Se oyó un sonido áspero que hubiera puesto los nervios de punta a cualquiera.

Lo producían las uñas de Doc al raspar el metal. El mismo mecanismo que había echado la barrera metálica delante de la puerta había echado otra delante de la ventana.

Puesto que puerta y ventana resultaban infranqueables, Doc soltó un puñetazo a la pared.

Fue una pérdida de tiempo. Descubrió que debajo del yeso, la pared estaba recubierta de metal.

Sin respirar aún, para no caer bajo los efectos de su propio gas, Doc cruzó el cuarto. Le quedaba una esperanza: el lado movible del “buró”.

No había tiempo para buscar el botón que lo hacía funcionar. Sólo tenía tiempo para destrozarlo.

Descargó una serie de puñetazos sobre él, pero no bastaron. Cargó con el hombro. Se apoyó contra la pared e hizo uso de las piernas y los pies.

Cogió una pesada silla y la esgrimió. Esta se rompió en una docena de pedazos sin que la madera se hubiera movido. ¡Estaba acorralado!

No por el gas, sin embargo, porque éste quedaría neutralizado a los pocos segundos de mezclarse con el aire.

Débilmente se oyeron voces procedentes de algún sitio indefinido. No se distinguían las palabras; pero Doc reconoció el tono. Eran Renny y Long Tom que gritaban desde alguna parte del edificio.

Habían oído el ruido y, comprendiendo que Doc se hallaba en la casa, gritaban frenéticamente en la esperanza de que les oyera y fuera a ponerles en libertad.

No podían saber que el hombre de bronce se hallaba en situación tan desesperada como la suya.

Doc podía respirar ya. La fuerza del gas se había disipado.

Se abalanzó contra el "buró". Calculó su ataque de forma que entraran en juego todos los músculos de su cuerpo.

Los músculos se le apelotonaron y temblaron y de pronto, las piernas, que tenía dobladas, se enderezaron.

Se oyó ruido de metal roto al deshacerse el "buró". Acabó su obra con las manos, haciendo un agujero lo bastante grande para poder meterse por él.

Descubrió que el lado movible del mueble daba a un pasadizo secreto ascendente, que en otros tiempos había formado parte del pozo de un montacargas pequeño.

Antes de meterse por él, Doc salió al cuarto y examinó los cuerpos yacentes de los dos asiáticos.

Descubrió, como había esperado, que los dos hombres se hallaban sin conocimiento como consecuencia de haber respirado el gas, y que permanecerían así bastante tiempo.

Se metió por el pasadizo. Agarró los travesaños de una escalera de mano y subió por ella con la agilidad de un mono.

En el piso siguiente se encontró con que había sido cubierto el antiguo pozo con un techo. En la pared, a su lado, los dedos de Doc dieron con una puerta de madera.

Sus puños la golpearon, encontrándola tan fuerte como el "buró". No cedió.

Pero sus golpes ocasionaron un tumulto al otro lado de la puerta. Se oyeron voces.

-Doc, ¿eres tú? -inquirió la voz de Long Tom.

-¡Por el toro sagrado! -se le oyó decir a Renny.

-Alejaos de esta puerta -ordenó Doc.

Dobló las piernas y se colocó con la espalda contra la pared del pozo, haciendo palanca. Al enderezarse las piernas la puerta se rompió estrepitosamente, y Doc entró en el cuarto como disparado por una catapulta.

El sol se había puesto ya. Broadway empezaba a iluminarse con otro sol de propia creación. Un billón de bombillas eléctricas suministraban luz al resto de la población.

Pero el cuarto en el que Doc había vuelto a reunirse con Long Tom y Renny se hallaba a obscuras. Hacía tiempo que les habían cortado los cables eléctricos por el exterior.

Renny bramó:

-El tipo ese que tiene un matorral en la cara nos gritó un poco antes de que llegaras tú. Dijo...

-¡Va a incendiar el edificio y dejarnos aquí para que nos abrasemos vivos! -le interrumpió Long Tom.

-Este edificio arderá como un depósito de gasolina, Doc.

Long Tom agregó:

-Hemos estado intentando echar abajo la puerta...

Renny se golpeó los enormes puños y gimió:

-Casi me los he desgastado por completo contra esa puerta, Doc. Casi se rompe; pero no del todo.

Era evidente que Renny consideraba que no sólo su vida, sino su fama, estaban en juego. Hacía tiempo que se jactaba –y con razón –de que era capaz de reventar con los puños cualquier puerta de madera.

-¡Huelo humo! -exclamó Long Tom.

Doc ya se había dado cuenta de ello.

-El edificio ha sido incendiado -reconoció.

-¡Escuchad! -susurró Long Tom.

Llegó débilmente hasta ellos ruido de chisporroteo de fuego.

-¡Truenos, tenemos que salir de aquí! -exclamó Renny.

-En efecto -asintió Long Tom.

-Vamos, Renny -dijo Doc-. Probaremos la puerta.

Bajo el asalto combinado de Doc y Renny, la puerta se estremeció, chirrió y acabó por hundirse. Entró una nube de humo en el cuarto al salir los tres hombres. Había un poquito más de luz en el pasillo a pesar del humo.

-Seguidme -ordenó Doc, corriendo hacia la escalera.

Renny bramó:

-¡Por el toro sagrado! ¡Te equivocas de dirección!

Doc, subiendo los escalones de tres en tres, no se paró a dar explicaciones.

Desapareció entre el humo y la obscuridad del piso superior y subió el siguiente tramo de escalera. Sus pies corrían, y sus ojos dorados, siempre alerta, habían visto algo que se les había pasado por alto a sus ayudantes: a Boris Ramadanoff en el descansillo de arriba.

El hombre de bronce fue acortando la distancia que le separaba del asesino.

Al llegar a la parte superior del tramo que conducía al tejado, Doc se hallaba casi pisándole los talones.

Ramadanoff salió al tejado y pudo cerrar la puerta tras él, de golpe.

Después de probar su fuerza en la puerta una vez, Doc no perdió más tiempo.

Desde el tejado, la voz de Boris gritó:

-¡Quédense ahí dentro y ardan!

Doc no le oyó. Había saltado al pasamanos, aterrizando en el piso de abajo.

Se encontró con sus ayudantes, que subían.

-¡Abajo! -ordenó-. Volved al cuarto de donde acabamos de salir.

-No podemos, Doc -contestó Renny.

-El incendio nos ha cortado ya el paso -agregó Long Tom.

Las llamas lamían la escalera a sus pies. Unos cuantos pisos más abajo, se oyó gran estrépito al hundirse algo.

-¡Abajo! -ordenó Doc.

Y dio el ejemplo.

Los dos hombres le siguieron sin protestar, protegiéndose los ojos con las manos y apagándose a manotazos las llamas que prendían en su ropa.

-Esta era nuestra única probabilidad de salvación -observó Doc, cuando llegaron al cuarto.

-¿Dónde estás, Doc? -inquirió Tom, a quien el humo apenas permitía abrir los ojos.

-¡Por aquí!

Siguieron su voz, metiéndose en el pozo, pasadizo por el que Doc entrara pocos minutos antes de ayudarles. Llovieron astillas sobre sus cabezas.

-¡El edificio se está hundiendo! -exclamó Renny.

Pero no era más que una parte del edificio, la techumbre del pasadizo. Doc la había arrancado.

-Seguidme hacia arriba -dijo-. No hay escalera. Tendremos que apoyarnos con hombros y pies en los lados del pozo e ir subiendo poco a poco. Sólo estamos a dos pisos del tejado.

-¿Está abierto este pozo por arriba? -inquirió Long Tom.

-Si no lo está, tendremos que abrirlo nosotros -contestó Doc.

-¿Qué vamos a hacer con salir al tejado? -inquirió Renny roncamente.

-Ahorra el aliento -le aconsejó Doc- y sube.

El pozo no estaba abierto por la parte de arriba. Mientras el fuego rugía tras ellos y el humo les rodeaba por completo, Doc pegó y empujó contra la techumbre del pozo.

Los músculos del hombre de bronce tenían más resistencia que las planchas de aquella madera. Sus prodigiosas manos practicaron un agujero lo bastante grande para dar paso a su cuerpo.

Del tejado llegó a sus oídos una especie de zumbido. Era el autogiro de Boris Ramadanoff. Había tardado unos minutos en quitarle la cubierta de seda impermeabilizada al aparato.

Pero las aspas del mismo habían empezado a girar ya y estaba tirando de él la catapulta para hacerlo despegar.

El autogiro se ladeó peligrosamente al salir de la catapulta; pero la hélice superior hizo que el aparato recobrara el equilibrio con gran alivio del ruso, que había creído que iba a estrellarse.

No tenía la menor idea de qué era lo que había hecho que le autogiro se ladeara.

Muchos de los curiosos que se habían apiñado en la calle para ver el fuego le hubieran podido decir el motivo. Muchos soltaron exclamaciones de estupor, al ver algo que les parecía increíble.

Vieron el autogiro alzarse del tejado, brillando, rojizo, en el resplandor de las llamas. Esto, en sí, ya era bastante emocionante.

¡El huir, por medio de un aeroplano, de un edificio en llamas!

Las exclamaciones de la multitud, sin embargo, no eran provocadas por este espectáculo tan sólo.

Lo que más emocionó fue el ver a la figura de un hombre colgar de la cola del aparato, haciendo que el autogiro se bamboleara en forma alarmante y que el hombre que de él colgaba parecía un péndulo.

El espectáculo fue visible un instante tan sólo. Luego autogiro y hombre quedaron envueltos en el humo.

Si los espectadores hubieran podido ver lo que ocurrió después, se hubieran emocionado más aún. Encaramándose con toda la agilidad que le permitía su desarrollada musculatura, Doc se subió al fuselaje y avanzó hacia la carlinga.

Boris Ramadanoff emitió un grito corto cuando, advertido por los vaivenes que daba el aparato, volvió la cabeza y vio aparecer al hombre de bronce.

La presencia de Doc en al autogiro, después de haberle sido cerrada una puerta de acero en las narices, olía a cosa sobrenatural momentáneamente, por lo menos para el ruso.

Como si le hubieran atacado todos los demonios del infierno, se alzó en la carlinga y se precipitó en el vacío por el lado opuesto a aquel por el que había aparecido Doc.

Llevaba paracaídas, sin embargo, y éste se abrió, amortiguando su caída.

Doc se metió en la carlinga y cogió los mandos. Se dirigió de nuevo al edificio en llamas.

La muchedumbre que se hallaba en la calle experimentó graves momentos de emoción. Vieron surgir nuevamente al autogiro del humo y posarse sobre el tejado.

La excitación del pueblo no era, ni con mucho, tan grande como lo fue la de Renny y la de Long Tom.

La muchedumbre gritó hasta enronquecer al volver a despegar el aparato.

La mayoría creía estar presenciando la salvación de unos hombres mediante un procedimiento moderno adoptado por el cuerpo de los bomberos.

Los demás opinaban, y así lo decían, que se trataba de un sistema nuevo de publicidad.

CAPÍTULO X
VUELO ECUATORIAL

Cuando Boris Ramadanoff se tiró del autogiro, el paracaídas le elevó hacia un estrecho trozo de parque que hay entre Riverside Drive y el río Hudson.

Sólo una persona presenció su aterrizaje, un hombre que yacía sobre un banco, completamente embriagado.

Este se limitó a mirar, con ojos extraviados, convencido de que el espectáculo de un hombre que caía sobre un matorral, con una especie de sábana por encima, era una variante de las visiones que estaba acostumbrado a ver bajo los efectos de la bebida.

Por consiguiente, Boris pudo aterrizar poco menos que sin ser visto.

Se desató del paracaídas y, metiéndose por los matorrales, acabó por llegar a la calle, donde cogió un taxi. Al llegar a la Décima Avenida, al oeste del distrito de Times Square, ordenó al conductor que parara junto al bordillo.

-Espéreme aquí -ordenó.

Y, apeándose, se internó por una puerta sórdida.

No tardó en volver a salir son algo rígido envuelto en una manta.

-¡A la calle del Oeste! -ordenó.

La calle Oeste bordea el río Hudson y está llena de tinglados. Cuando Ramadanoff abandonó el taxi, caminó calle abajo hasta llegar a un muelle grande, cubierto.

El enorme edificio estaba ahumado y parecía muy viejo. Nada le distinguía en aspecto de todos los demás.

Por encima de la puerta de hierro ondulado se leía el siguiente nombre:

COMPAÑÍA COMERCIAL HIDALGO

Como Ramadanoff sabía muy bien, aquel edificio, a pesar de su aspecto, se diferenciaba mucho de los otros.

Era, en realidad, el hangar que tenía Doc Savage a la orilla del río.

Contenía una serie de aeronaves tan sorprendentes como la colección de automóviles del garaje subterráneo del edificio en que residía el hombre de bronce.

El ruso no intentó siquiera forzar la entrada. Había explorado el local anteriormente.

Sabía que el hangar, protegido por células fotoeléctricas y campos magnéticos, era de acceso tan imposible como lo hubiera sido la cámara acorazada de un Banco.

Lo que hizo fue sencillísimo. A cada lado de la entrada había unos arbustos de la altura de un hombre. Ramadanoff siguió por la obscura calle hasta perderse en las sombras de los arbustos.

Se metió en el centro de ellos, agazapándose. Quitó la manta a lo que llevaba, dejando al descubierto un fusil ametralladora.

Al apearse del taxi en la Décima Avenida, se había metido en la casa de uno de los hombres de Jans Berguan, que aun no se había enterado de la muerte de su jefe, y allí había conseguido sin dificultad el arma.

Comprendía que Doc Savage se dirigiría inmediatamente al hangar para emprender el vuelo a las Galápagos.

Pero estaba decidido a no permitirle entrar. Le mataría con una ráfaga de proyectiles a la puerta misma del hangar.

Al poco rato bajó un sedán por la calle y se dirigió a la puerta de la Comercial Hidalgo.

Ramadanoff se sintió invadido por una emoción muy grande que desapareció en seguida. Había esperado que Doc se apeara del coche para abrir la puerta; pero éste siguió corriendo, sin amainar la marcha, hacia la puerta bajada. En el momento en que el ruso esperaba el choque, la puerta se alzó silenciosamente. Funcionaba al recibir una serie de ondas emitidas por el aparato de onda corta del automóvil.

El coche de Doc se metió en el hangar y la puerta volvió a cerrarse.

Ramadanoff se congestionó la rabia al perder aquella última ocasión que tendría de impedir que Doc se dirigiera a la isla.

Ganas le entraron de descargar su arma contra la puerta de hierro ondulado, en su rabia.

Un momento después de alegró de no haber desperdiciado aquellos proyectiles. La puerta volvió a abrirse.

Ramadanoff oyó el ruido de pisadas. Luego se vio en la puerta una enorme figura de bronce.

El silencio de la noche se deshizo en mil pedazos por el macabro tableteo del fusil ametralladora. Acordándose de que Doc pudiera llevar un chaleco a prueba de balas, apuntó hacia la cabeza.

Muchos de los proyectiles fueron a estrellarse contra la superficie de la puerta; pero más de veinte alcanzaron de lleno al hombre de bronce en la cara.

Hubiera podido haber más blancos; pero, de pronto, el arma enmudeció.

Un peso enorme había caído sobre los arbustos, aplastando a éstos, junto con el asesino y el fusil ametralladora. Al ruso se le rompió el dedo antes de que pudiera quitarlo del gatillo.

Pero esto no fue lo peor. Se sintió alzar y tirar contra el suelo. Sabía quien lo sujetaba: ¡Doc Savage!

Doc había saltado desde una puerta diminuta que había en la parte alta del edificio, cayendo encima de Ramadanoff.

Doc le arrastró dentro del hangar y le dijo a Long Tom:

-Mete a Robbie dentro y cierra la puerta.

Long Tom se echó a reir.

-Habrá que darle otra capa de pintura en la cara a Robbie, Doc -dijo.

-Sí -bramó Renny-; y una dentadura nueva.

Ramadanoff miró, con asombro, como empujaban hacia dentro Long Tom y Renny a la figura de bronce que había aparecido en la puerta y recibido la descarga. Luego cerraron la entrada.

-¡Un maniquí! -exclamó.

-Seguro -contestó Long Tom con sorna-, un maniquí que se parece a Doc. Robbie el autómata. Esta es la cuarta vez que le quitan la cara a tiros.

Ramadanoff se puso a mascullar maldiciones.

-¿No lo entiende usted aun, Barbas? –inquirió Long Tom.

El ruso le dirigió una mirada torva.

Renny explicó, sardónicamente:

-A Doc le gusta cooperar. Por eso plantó esos arbustos ahí fuera para los tipos que quieran tenderle una emboscada. Ordenó que los plantasen bien grandes, para que se pudiera esconder bien entre ellos un hombre con una pistola. Y los arbustos están alambrados para que cualquiera que se esconda entre ellos encienda una señal.

Doc estaba internando ya por el hangar.

-Vamos -dijo.

Arrastrando al prisionero, los dos hombres siguieron a Doc Savage.

El hombre de bronce se metió en la carlinga de un trimotor de línea aerodinámica y quilla construida de una aleación especial.

Era un aparato anfibio y podía alcanzar una velocidad de cerca de trescientas millas por hora.

Renny y Tom metieron al prisionero dentro y subieron tras él.

El enorme aeroplano emprendió el vuelo, cruzando sobre el Atlántico en dirección Sur a toda velocidad.

Pasaron sobre Cuba al amanecer y siguieron adelante a más de trescientas millas por hora al elevarse y aprovechar las corrientes estratosféricas por la zona del Canal.

En Colón recibieron una sorpresa.

Aterrizaron para tomar combustible. Un hombre de tez morena y traje blanco salió de la estación de radio directriz, y cruzó el aeródromo hacia el aeroplano de Doc. Llevaba un radiograma en la mano.

-¡Para Doc Savage! -gritó.

El hombre se apoyó contra la carlinga, con una mano apoyada en uno de los portillos, mirando al hombre de bronce con admiración mientras éste abría el sobre y leía el mensaje, que decía lo siguiente:

HE DESCUBIERTO QUE BORIS RAMADANOFF TRABAJA EN COMPLICIDAD CON SU HERMANO CONDE RAMADANOFF PUNTO HAZ CASO OMISO NUESTRO RADIOGRAMA ANTERIOR. PUNTO. VIVOS AUN PERO TAL VEZ NO SIGAMOS ESTÁNDOLO MUCHO TIEMPO PUNTO MÁS VALE QUE TE MUEVAS.

MONK.

Doc entregó el radiograma a sus ayudantes.

-¡Oh! -exclamó Renny-. Le hemos conocido nosotros a Boris antes que ellos.

-Aun están vivos -dijo Long Tom.

-Sí; y llegaremos nosotros dentro de unas horas -asintió Renny.

-Vigila el aparato -le dijo Doc a Renny-. No dejes que se apee Ramadanoff ni que se acerque nadie.

Doc, acompañado del "mago de la electricidad", como la Prensa denominaba a Long Tom, se dirigió a la estación emisora junto con el hombre moreno para intentar averiguar qué le ocurría a la onda directriz.

-Un barco en el que navegaban mis ayudantes, al seguir la onda, fue desviado de su rumbo, naufragando -anunció Doc.

-Debe haber sido el aparato receptor el que no funcionaba bien -dijo el hombre moreno.

-¡Imposible! -interpuso Long Tom, que había hecho personalmente la instalación del aparato y sabía que funcionaba bien.

-Pues examinen ustedes mi estación -les invitó el otro.

Doc y Tom hicieron un cuidadoso examen y luego regresaron al avión.

-¿Qué averiguasteis allá? -inquirió Renny.

Long Tom contestó:

-Todo estaba en inmejorable estado.

El aeroplano despegó de nuevo y se elevó por encima de la selva de Panamá, dejándola atrás al poco rato para volar sobre el Pacífico.

Long Tom estaba inclinado sobre el amplificador de audio-frecuencia. Se quitó el casco y acercó uno de los auriculares al oído de Doc.

Se oía claramente una combinación de puntos y rayas.

-La onda A se oye con demasiada fuerza -dijo Long Tom.

-¿Nos hemos apartado de la ruta? -inquirió Renny.

-Estamos fuera de la ruta según la transmite la estación de la zona del canal -afirmó Doc.

-Pero... ¡si ésa es la ruta verdadera! -protestó Renny.

-¿Estás seguro? -murmuró el hombre de bronce.

-Es la onda que seguían los demás cuando naufragaron -observó Renny-. Nuestro deseo es ir donde ellos fueron a parar, ¿no?

-Sí -contestó Doc-; pero a lo mejor esta onda no nos conduce allí.

-Comprendo. Si los instrumentos no están variados, significa que ese hombre moreno de la estación emisora el que está dando mal las señales.

Doc movió afirmativamente la cabeza.

-Transmitió la onda de forma que Johnny tropezara con un escollo. Es muy posible que esté emitiendo una onda ahora que, si la seguimos, nos lleve al centro del Pacífico con los depósitos de gasolina vacíos.

-Crees que nos quiere mandar a la muerte, ¿eh? -exclamó Renny.

A Long Tom pareció ocurrírsele una idea.

-Avísame si ya se te ha ocurrido a ti esto, Doc -dijo-. Pero... ¿qué diferencia existe entre la ruta, según la onda directriz y la latitud y longitud de la isla que nos ha dado Boris Ramadanoff?

-No existe diferencia alguna.

-Así, pues, ¿Ramadanoff nos ha engañado también?

-Es casi seguro.

-¿Quieres que la traiga aquí, Doc?

-Sí, ya es hora de que hable con Ramadanoff.

Renny se dirigió a popa, abrió una cabina pequeña, levantó a Boris, y le hizo echar a andar hacia proa. El hombre de bronce abandonó los mandos a un dispositivo automático y se encaró con el ruso.

-Quiero saber la longitud y latitud de la isla de su hermano -dijo.

-Ya se las di.

-Quiero que me dé la longitud y latitud verdaderas -le interrumpió Doc, con severidad.

-Las que le di eran verdaderas -insistió el hombre.

Doc fijó en él la mirada mientras dirigía la palabra a sus ayudantes.

-Saca la cuerda, Renny, y átasela a Ramadanoff a la pierna derecha -ordenó-. Tú, Tom, abre la compuerta lateral.

Renny ató fuertemente la cuerda a la pierna de Boris. Long Tom abrió la compuerta, por la que se vio, muy abajo, el océano Pacífico.

-Quítale el paracaídas, Long Tom -dijo Doc.

El electricista obedeció.

Doc miró a Ramadanoff y dijo:

-Renny va a descolgarle a usted por el agujero. Le irá descolgando despacio hasta llegar a la extremidad de la cuerda. Entonces, si no ha hecho usted señal alguna de que piensa decir la verdad, soltará.

Luego miró a Renny.

-Empieza a descolgarle -dijo.

Aun no había llegado a descolgarse la mitad de la cuerda cuando surtió efecto la estratagema. Alzó la mirada y empezó a aullar: -¡Lo diré!

-Sostenle donde está un instante, Renny -ordenó Doc. Miró hacia el prisionero, que estaba sobrecogido de miedo-. ¿Cuál es la posición?

Ramadanoff gritó la latitud y la longitud, mencionando, incluso, minutos y segundos...

-Le dejaremos calmarse un poco ahora -decidió Doc-. Renny, hazte cargo de él.

-Vaya si lo haré.

Ramadanoff estaba tan mareado, que apenas podía tenerse en pie cuando volvieron a subirle al aeroplano. Long Tom volvió a ponerle el paracaídas y Renny le arrastró hacia popa y volvió a encerrarle en la cabina.

El aparato se metió por una nube de niebla al seguir su ruta hacia el Suroeste. Doc hizo ascender al aparato y salió por encima de la niebla a la luz deslumbradora del sol. De vez en cuando, a través de alguna hendidura de la niebla, veía las azules aguas del Pacífico.

Por fin vieron algo más que agua por una de las aberturas.

-Veo tierra -anunció Renny-. Una isla pequeña.

-La isla de Cocos -dijo Doc-. Desde aquí nos orientaremos. La próxima tierra que veamos será la de los Galápagos.

-No tardaremos mucho en hacerlo a la velocidad a que vamos -dijo Tom.

Sólo vieron la isla de Cocos unos instantes. Luego volvió a cerrarse la grieta de la niebla.

-Saca al prisionero, Renny -propuso Doc un rato después-. Procuraremos averiguar algo más de ese misterioso Panal del Diablo.

Renny sonrió y se dirigió a popa a abrir la puerta de la cabina.

-Le haremos hablar -afirmó Long Tom, sombrío.

Pero no obligaron a hablar a Boris Ramadanoff.

Renny abrió la puerta de la cabina y se quedó boquiabierto de sorpresa.

-¿Qué ocurre? -inquirió Tom, incisivamente.

-¿Qué que ocurre? -exclamó Renny, volviendo a su lado-. ¡Que ha abierto un agujero en el suelo y se ha tirado por él!

-¿Cómo puede haber hecho eso? -objetó Long Tom -. No hay quien pueda abrirse paso a través de la aleación de metal de que está forrado este aparato. Hasta está construido a prueba de bala.

-En esa cabina hicimos arrancar el suelo el otro día, Doc -murmuró Renny-. No estaba soldado; sólo tenía unos tornillos provisionalmente.

Doc examinó la carta de navegación.

-Es demasiado tarde ya para remediarlo. Sin duda alguna Ramadanoff se tiraría por encima de Cocos. Es una isla demasiado grande para que perdamos el tiempo intentando encontrarle.

-¿Cómo vamos a encontrar nada en esta niebla? -inquirió Renny, algún tiempo más tarde.

-Podemos calcular la longitud y la latitud en vuelo y amarar para esperar a que se disipe la niebla -explicó Doc-. Eso, naturalmente, tal vez no sea necesario.

Este plan no estaba destinado a ser llevado a la práctica, sin embargo. Al aproximarse al lugar cuya situación había relevado Boris a la fuerza, la niebla adquirió un tono rojizo en una extensión muy grande.

Este brillo rojizo no era fijo, sino que titilaba, haciéndose más intenso o más apagado, como si las llamas del infierno intentaran atravesar la niebla.

Doc empezó a descender en espiral.

-¿Qué produce ese resplandor? -inquirió Renny.

-Un volcán en erupción -decidió Doc.

-Bajemos con cuidado -propuso Long Tom.

Bajaron, en efecto, pero sin cuidado.

Una explosión enorme hizo que se estremeciera el aparato y que luego se ladeara peligrosamente.

Al mismo tiempo, surgió una enorme llama, envolviéndoles. Quedaron aturdidos y cegados momentáneamente.

-¡Toda la parte de atrás ha volado con la explosión! -bramó Renny.

-¡Hemos perdido la mitad del fuselaje! -gritó Long Tom.

El aparato estaba cayendo a plomo, dando vueltas y rebotando en el aire como sobre algo sólido.

-¡Saltad! -ordenó Doc-. ¡Soltad aire de los paracaídas para alejarlos de la parte rojiza de la niebla!

CAPÍTULO XI
LA ROPA DESTROZADA

El aeroplano había estado volando muy alto al ocurrir la explosión. Sus paracaídas eran más grandes de lo corriente, conque descendieron despacio.

Dejaron el reino de la luz rojiza atrás, mediante el sencillo procedimiento de tirar de una cuerda que hiciera patinar a los paracaídas.

En realidad, como nada veían en la niebla, patinaron más de la cuenta y fueron a caer en el agua.

Cerca de la superficie del mar, la niebla era poco espesa. Doc y Renny, desatándose de los paracaídas poco antes de llegar al agua, cayeron entre las olas a poca distancia el uno del otro.

Long Tom cayó más lejos, a la izquierda. No tenían la menor idea de dónde había ido a caer el aeroplano, aun cuando, probablemente, sería más cerca de la playa y a su izquierda.

Pisando agua y tratando de orientarse, Renny bramó:

-¿Qué causó la explosión, Doc?

-Una bomba, evidentemente -le contestó el hombre de bronce.

-Pero... ¡Si registramos a Ramadanoff antes de meterle en el aeroplano!

-No fue Ramadanoff el responsable. Debe haber sido colocada en el campo de aviación de la zona del canal...

-¡Aquel individuo moreno! ¡El que trajo el radiograma y permaneció junto al aparato mientras lo leíamos!

-En efecto. Ese hombre habría recibido órdenes de antemano.

-Pero... ¿cómo es que estalló el artefacto precisamente cuando volábamos sobre la isla?

-Es muy probable que llevara un detonador especial, controlado por radio, que sería disparado por una emisora aquí abajo -dijo Doc-. El mecanismo resultaría bastante fácil para un buen técnico de radio.

El hombre de bronce estaba pisando agua. Toda el agua a su alrededor parecía estar corriendo como arrastrada por enorme corriente.

-¡Por el toro sagrado! -exclamó Renny-. ¡Vaya piscina de natación!

-Es una corriente de la marea, de seguro.

De pronto una raya fosforescente se dirigió hacia el hombre de bronce.

Delante de la misma avanzaba una aleta triangular.

-¡Tiburones! -aulló Long Tom desde cerca de allí.

Pero Doc ya lo había visto.

-¡Dirígete al arrecife! -le gritó a Long Tom.

La aleta triangular se acercó a Doc y se hundió entre un mar de burbujas y fosforescencia. Doc se hundió también.

Medio minuto después Long Tom soltó un grito ronco y dio unos puntapiés debajo del agua. Creyó que le estaba atacando un tiburón; pero era Doc que había nadado debajo del agua, saliendo a la superficie junto a él.

Con la asistencia de Doc, Tom pudo avanzar mejor contra la corriente. Una vez cerca el arrecife y temporalmente en seguridad, un tiburón nadó hacia ellos.

-Procura llegar tú solo -le dijo Doc.

Y desapareció en el agua de nuevo, casi debajo de la cabeza del tiburón.

Éste se hundió al mismo tiempo, volviéndose panza arriba.

Long Tom logró llegar al arrecife y un momento después Doc llegó a su lado.

Long Tom tosió agua.

-El jugar al escondite con ese tiburón y alejarle de mi lado me salvó la vida, Doc...

-Escucha -le contestó éste.

Sonó el ruido del motor de una canoa automóvil.

-¿Qué hacemos? -preguntó Long Tom.

-¿Podrías llegar tú solo a tierra nadando?

-Me temo que no. Estaba agotado por completo cuando tú me alcanzaste.

-Renny tal vez tampoco logre llegar -dijo Doc, pensativo.

La canoa automóvil apareció por detrás de un arrecife. Los tripulantes de la misma agitaron los brazos. Dos respondió a sus señales.

Long Tom gruñó, trágicamente.

-¡Hemos naufragado en el preciso instante en que podíamos haber empezado a hacer algo nuevo! Nuestras super ametralladoras y todas nuestras demás armas se encuentran en el fondo del mar. Y ahora nos harán prisioneros igual que a Johnny, Pat, Monk, Ham y los demás.

Llegó hasta ellos un grito de angustia.

-¡Es Renny! -exclamó Long Tom-. ¡Tiburones!

Doc se tiró al agua y nadó en dirección a la voz de Renny.

La canoa automóvil se acercó a Doc y Renny, arrastrándole hacia el costado de la canoa. Fue subido a bordo por las manos que le aguardaban.

-¡Hay tiburones! -exclamó alguien-. ¡Junto al costado!

Fue alargado un bichero para coger a Doc. El tiburón llegó al lado de éste.

Tiburón y hombre se hundieron entre las revueltas aguas. Empezaron a subir burbujas de las profundidades. No tardaron en aparecer encarnadas.

La mancha roja se extendió por las aguas alrededor de la canoa.

Renny y Long Tom contemplaron la superficie con creciente horror.

La media docena de hombres que tripulaban el barco se acercaron a la borda, hablando en idiomas exóticos mientras escudriñaban el agua con la mirada en busca de señales de la tragedia que estaba ocurriendo debajo de la superficie.

La sangre atrajo a mayor número de tiburones. La canoa zigzagueó por los alrededores hasta que se hubo disipado la mancha; pero Doc no volvió a aparecer.

El timonel hizo virar la canoa y emprendió el camino de regreso a tierra.

Toda la tripulación iba vestida de la misma manera: con taparrabos y cuellos de piel de lagarto. La embarcación atracó en un muelle próximo al palacio de los Ramadanoff.

Dentro del palacio, en el enorme cuarto de piedra volcánica, Long Tom y Renny fueron recibidos por el conde Ramadanoff con la misma cortesía que empleara en el caso de Monk, Ham y Pat.

Las azuladas llamas sin calor saltaban como siempre en la enorme chimenea.

Muy arriba, la monumental araña que colgaba de una fuerte cadena y en la que ardían unas doscientas velas, derramaban una luz amarillenta que llegaba hasta el primer descansillo de la escalera, con sus largas cortinas de terciopelo de sombrío rubí.

Long Tom y Renny, a pesar del dolor que sentían por la desaparición de Doc, después de haber sido atacado por el tiburón, no podían menos de sentir la amenaza que pesaba sobre el ambiente.

El propio conde Ramadanoff tenía un aspecto irreal. Era un verdadero gigante, casi tan alto como Doc.

Con su barba estilo zar y en su porte de palaciego, parecía una copia exacta de su hermano Boris; pero una copia dos veces más grande que el original.

El conde hizo una reverencia y dijo:

-Mis invitados tienen predilección por llegar hasta aquí con la ropa mojada. Haré preparar una muda para ustedes.

Exhaló una especie de silbido de cobra. Un esclavo acudió, descalzo, en contestación a su llamada.

Mientras el conde daba órdenes para que les fuera preparado cuarto a sus invitados, Long Tom murmuró, en voz baja, dirigiéndose a Renny:

-¿Tú ves lo que yo veo?

Renny gruñó:

-¡El esclavo! Es uno de los miembros de la expedición de Johnny... o lo era ¿no es eso?

Long Tom afirmó con la cabeza.

-Tendremos que disimular hasta que conozcamos el terreno. Todo esto es la mar de extraño.

-Y no podemos dejarle sospechar a este demonio con barbas que creemos muerto a Doc.

El conde dirigió una mirada aguda a Renny. Dijo:

-¡Conque el hombre de bronce ha muerto!

Renny le miró con aire de reto comprendiendo que debía haber leído en sus labios lo que decía.

Tom procuró suavizar las cosas. Mientras Renny empezaba a agitar los puños, nervioso, dijo:

-Parece existir un error. Es el tiburón el que murió.

-Ojalá sea así. Tengo vivos deseos de conocer personalmente a Doc Savage.

-Lo que queremos saber -dijo Renny, sin eufemismos-, es dónde están Ham, Monk y Pat.

El conde respondió:

-Sin duda se referirá usted al general de brigada Teodoro Morley Brooks, al teniente coronel Andrés...

-Sí –le interrumpió Renny-, ellos son. ¿Dónde están?

El conde se encogió de hombros.

-¿Cómo quiere usted que lo sepa yo? Esta es una isla muy remota del archipiélago de Galápagos y no una agencia de informes.

La mirada de Renny vagó en torno a la habitación y se clavó un instante en el piano de cola.

Los crueles ojos del conde centellaron.

-Le aseguro a usted, mi querido Renny, que las personas que ha mencionado usted no están escondidas en mi piano.

El esclavo -que llevaba taparrabos y cuello de piel de lagarto-bajó los anchos escalones de piedra y se postró a los pies de su amo. Pero sus ojos, durante una fracción de segundo, se clavaron en los de Long Tom, dirigiéndole una mirada expresiva.

-Pueden ustedes seguir al esclavo -anunció el conde-. Cuando se hayan puesto ropa seca, les recibiré aquí abajo.

Al subir los dos ayudantes de Doc la escalera espiral y pasar por los cortinajes sostenidos abiertos por el esclavo, la voz del conde les siguió, meliflua y amenazadora a un tiempo.

-Una cosa quiero que recuerden ustedes -dijo-; la sombra del Panal del Diablo se cierne sobre todas las cosas en esta isla.

Dentro del cuarto que les había sido asignado, el esclavo se inclinó para quitarle a Long Tom los zapatos mojados, Renny alargó la mano y, colocando los dedos debajo de la barbilla del hombre, le obligó a alzar la cabeza.

-¿No nos conoce? -preguntó.

-Abajo sí que nos conoció -aseguró Long Tom.

-Eso fue antes de que él me recordara.

-Le recordara... ¿qué?

-Que el Panal del Diablo es una amenaza en todas las partes de la isla -contestó el esclavo roncamente.

-¿Dónde están los demás miembros de la expedición? -preguntó Renny.

-¡No sé nada!

-Lo que usted quiere decir es que no le da la gana de hablar.

El esclavo palideció.

-¡El que dice algo de esta isla... muere!

Renny soltó un gruñido al ver semejante exhibición de miedo.

-No debiera haber peligro de hablar aquí.

-No hay seguridad en parte alguna. El que habla, muere.

-¿Cómo lo sabe usted?

-He estado yo presente cuando ha ocurrido. Le aparece a uno en la sien un agujero, de un tamaño justo para que quepa un dedo pulgar.

-¡Qué tontería! -exclamó Renny.

De pronto poblaron el cuarto los acordes de una música extraña.

¡Fantástica melodía! Sus vibraciones parecían poner la carne de gallina y hacer que se le pusieran los pelos de punta a quien la escuchaba.

-¿Qué es eso? -exclamó Renny mirando a su alrededor.

El rostro del esclavo tenía una expresión de indescriptible pánico. Contestó, con voz ahogada:

-¡El conde está tocando el piano!

-Bueno y... ¿qué? -inquirió Renny.

-¡Alguien morirá!

-¡Otra tontería!

-Siempre que le he oído tocar así -insistió el hombre-, la muerte de alguien viene inmediatamente después. Sí hasta los propios compañeros de ustedes y la muchacha...

Ahogó las palabras con un esfuerzo espasmódico.

Long Tom y Renny le asieron y le sacudieron simultáneamente.

-¿Qué pasó con nuestros compañeros y con la muchacha? -tronó Renny.

Abajo, en el vestíbulo, la música había cesado, aun cuando todavía se oían ecos como exótico perfume.

-¡Bueno! -exclamó el hombre-. ¡Se lo diré! Tal vez muera por hacerlo; pero si no lo hago moriré también después de todo. Pero, en primer lugar, ¿es cierto que ha muerto Doc Savage?

-Un tiburón le mató -contestó Renny-. No volvió a salir de la superficie.

El hombre se sobrecogió.

-En tal caso, es inútil -dijo-. Sin Doc Savage no podemos...

-¡Hable! -ordenó Long Tom-. ¿Qué iba a decirnos?

El hombre abrió la boca para hablar. Pero no fue su voz lo que oyeron los ayudantes de Doc: fue un ruido así como el de un hueso al romperse y el esclavo que había estado a punto de hablar cayó de bruces al suelo.

Renny y Long Tom miraron a su alrededor, sorprendidos. No se había notado ningún movimiento dentro del cuarto, sólo el del hombre al caer.

Renny dio la vuelta al cuarto, apartando cortinajes, abriendo armarios, mirando debajo de las camas.

Nada encontró.

En compañía de Long Tom examinó el cuerpo inerte. El hombre había muerto de una herida en la sien, un agujero en el que hubiera cabido el pulgar de un hombre.

De pronto volvió a oírse en el cuarto la música del piano del conde, burlona esta vez.

Renny se irguió y corrió hacia la puerta.

-¡Vamos! -le gritó a Long Tom.

-Vamos... ¿dónde?

-¡A romperle las narices al conde! ¡Aclararemos todo este misterio ahora mismo!

-La idea es buena -asintió Tom.

Y echó a correr detrás de Renny.

Bajaron los escalones de tres en tres. El conde se alzó de su asiento junto al piano y les miró con dignidad.

-¿Por qué vienen ustedes tan aprisa, caballeros? -inquirió, arqueando las cejas.

Desarmados momentáneamente por la tranquilidad del conde, acortaron el paso y avanzaron lentamente.

-Pero... ¡si aun tienen ustedes puesta la ropa mojada! -les dijo un son de reproche.

-Cuando acabemos con usted -le amenazó Renny-, no le quedarán ganas de preocuparse del estado de nuestra ropa.

-¿Quién mató al hombre ese en nuestro cuarto? -inquirió Long Tom.

El conde sonrió.

-Su actitud belicosa se explica ahora. ¿Ha muerto un hombre, dice usted?

-¡En nuestro cuarto! -contestó Long Tom.

-¿Tendrá quizá un agujero en la sien?

-Si sabe usted eso, será usted el culpable -aulló Renny, corriendo hacia él.

El conde, sin inmutarse, alzó la mano.

-Un momento, mi querido Renny. Es muy natural que esté yo enterado de la "muerte de dedo pulgar!. Tales muertes ocurren con frecuencia en esta isla.

Mientras hablaba, los dedos blancos y puntiagudos del conde jugueteaban con un objeto pequeño, algo delgado, de oro.

-¡La barrita de carmín de Pat! -exclamó, horrorizado.

Alargó la mano.

-Déjeme ver eso.

-Con mucho gusto.

El conde le entregó el estuche.

-¡Sí que es de Pat! ¿De dónde lo ha sacado usted? Dijo que no había visto a Pat. ¿Dónde está? ¡Aprisa, amigo, antes de que le desarticulemos los huesos!

-¡Es absurdo! -exclamó el conde-. En los Estados Unidos, las barras de carmín se fabrican en grandes cantidades. Debe de haber más de medio millón igual que ésta.

-Pero... ¡no hay medio millón de *éstos*! -bramó Renny, corriendo a un rincón y cogiendo un bastón negro, delgado.

-¡El estoque de Ham! -exclamó Long Tom.

Renny se encaró con el conde Ramadanoff.

-Aquí está el bastón de Ham. ¡Quiero saber dónde está él!

-Está usted haciendo el ridículo más espantoso -afirmó el ruso.

-Amigo, ¡usted mismo lo ha pedido! -rugió Renny, abalanzándose hacia el conde y dirigiéndole un formidable puñetazo.

Este no intentó esquivarlo. Permaneció inmóvil y lo recibió, correspondiendo con un directo a la mandíbula que hizo que Renny se tambaleara.

El ayudante de Doc parpadeó, aturdido. En su vida se había encontrado con adversario como aquél.

Casi le pareció como si hubieran sido los músculos de Doc los que habían dirigido aquel golpe.

Long Tom nada podía hacer para ayudar porque, a una señal del conde, un esclavo -un mogol rechoncho-había surgido de detrás de una cortina, acercándosele a Tom y apuntándole a las costillas el cañón de una de aquellas armas automáticas lanza dardos envenenados.

Renny lo probó todo -ciencia, fuerza bruta - pero tanto hubiera dado que hubiese estado luchando con una sombra, puesto que no lograba hacerle la menor impresión a su contrario.

Por fin, el conde se cansó de la diversión. Centelleándole los ojos y con los labios comprimidos, propinó a Renny un formidable puñetazo, que le dejó sin conocimiento. Luego le hizo volver en sí a puntapiés.

-Siempre lamentaré no haber conocido a su Doc Savage -dijo, suspirando-. Parece ser que he de pasar la existencia sin encontrarme con un adversario digno de mis esfuerzos.

Volvió a hacer un ruido sibilante y los esclavos ataron y arrastraron a los prisioneros fuera del vestíbulo, subiéndolos algunos escalones.

Se detuvieron ante la misma aspillera por la que los otros ayudantes de Doc habían tenido que mirar.

-Observen ustedes a sus compañeros de juego -ordenó el conde.

Miraron por la aspillera y en el patio mazmorra vieron el mismo monstruo increíble que habían visto Monk, Ham y Pat.

-¡Por el toro sagrado! -susurró Renny.

Sentado en medio del pozo aquel, bañado en el resplandor rojizo del volcán, había un animal que tenía en el lomo y a lo largo de la cola una hilera de cuernos que parecían dientes.

Alzando la cabeza blindada, exhaló dos chorros de vapor por las fosas nasales.

Luego aspiró aire y sus costados se hincharon hasta que, para la horrorizada mirada de Renny y Long Tom, el bicho aquel pareció amenazar con hincharse hasta llenar por completo el patio.

-¿Qué es? -inquirió Long Tom, con voz ahogada.

-No lo sé -contestó Renny, que parecía haber enronquecido bruscamente.

-Al observar ese monstruo -interrumpió la odiosa voz del conde-, no dejen de mirar las celdas que hay debajo del balcón... celdas que serán el domicilio temporal de ustedes. Digo "temporal" porque los barrotes de las celdas son movibles, alzándose por medio de un resorte eléctrico que puedo manejar a mi antojo... antojo que depende en gran parte del humor en que se halle el monstruo que están ustedes viendo.

De nuevo hizo sonar el conde su ruido sibilante y Long Tom y Renny fueron empujados escalera abajo y sacados a un balcón circular que daba la vuelta completa al patio.

Luego les tiraron por una compuerta que había en el suelo. Aterrizando pesadamente tres metros más abajo, sobre el enlosado suelo de una celda.

A través de los fuertes barrotes veían claramente el patio. El monstruo se había retirado a su guarida.

Asomado al balcón, frente a ellos, el conde miró hacia abajo.

-El animal se ha divertido ya por hoy -dijo-. Dormirá antes de volver a necesitar diversión y ejercicio.

De pronto, Renny y Long Tom se asieron el uno al otro, temblando. Habían visto la misma cosa casi en el mismo instante.

Allí, casi debajo de sus pies, había cuatro cuerpos sin forma, destrozados.

Las losas del patio estaban manchadas de un rojo que no era el del resplandor reflejado. De cada uno de los cadáveres colgaban restos de ropa.

Y los dos ayudantes de Doc reconocieron aquellos restos.

Eran los trajes, destrozados por garras y dientes, de Johnny, Ham, Monk y Pat.

-Y el tiburón se tragó a Doc Savage -observó el conde, mirando desde su balcón.

CAPÍTULO XII
LOS POZOS DEL HORROR

El conde Ramadanoff estaba algo equivocado.

El tiburón no se había tragado a Doc. La mancha encarnada que se había visto en el agua era la de la sangre derramada por las heridas que Doc le había inferido al tiburón.

Después de haber contenido el ataque, Doc nadó por debajo del agua, saliendo a la superficie detrás de un escollo de coral, que le ocultó a los ojos de los tripulantes de la canoa.

Aguardó a que la embarcación se hubiera marchado, y luego se puso a nadar en dirección a la isla.

Tocó tierra en una playa cubierta de lava, cruzó una faja de algas y se internó por la vegetación próxima al agua, vegetación compuesta de árboles retorcidos por el viento, descoloridos por las salpicaduras de agua salada y cactos peruanos, cuyas palas parecían cabezas de cobra. Llegó al fin a un sendero abierto a través de la espesura. Reconoció en él uno de los caminos abiertos al cabo de los siglos por las tortugas y galápagos del archipiélago que lleva el nombre de estos últimos.

Anochecía y el volcán proyectaba su rojizo resplandor sobre la isla, cuando Doc llegó a la alta meseta llena de los misteriosos pozos abiertos por las manos del hombre.

Siguió adelante, manteniéndose por el borde del bosque hasta que llegó cerca de los pozos en construcción.

Observó desde detrás de un macizo de cactos, mientras los capataces paseaban de arriba abajo a lo largo de la hilera de agujeros dando algún que otro latigazo a los esclavos que cavaban hasta morir de fatiga en el extraño conjunto de agujeros que parecía un panal.

El hombre de bronce aguardó una ocasión para acercarse y examinar los agujeros. Pero desde el jaleo armado por sus ayudantes el día que llegaron allá, la guardia había sido doblada.

No se le presentó ocasión alguna de aproximarse y asomarse.

Delante de la hilera de agujeros, unos cincuenta metros más allá sobre el elevado suelo de la meseta, se alzaba una pequeña empalizada donde se almacenaban las herramientas sobrantes.

La custodiaban cuatro hombres de anchas espaldas, morenos, cuyos cuerpos semidesnudos brillaban cada vez que aparecía el resplandor del volcán.

Hablaban entre sí un idioma asiático.

Uno de ellos dijo de pronto en su lengua:

-Esa roca plana que hay allí... ¿de dónde ha salido?

El resplandor del volcán se apagó antes de que sus compañeros pudieran mirar.

-No recuerdo yo que hubiese ninguna roca por ese lado -dijo otro de ellos.

-Pues mira cuando vuelva el resplandor.

Volvió a iluminarse el cielo.

-¡Mira! -dijo el de la vista aguda.

-¿Dónde? -preguntó el otro.

-Yo estoy mirando -dijo un tercero-, y no veo nada.

-¿Intentas tomarnos el pelo acaso? -inquirió el cuarto-. No hay nada allí.

-Pero había una roca antes -gruñó el primer guardián, con testarudez-. Estoy seguro...

En la obscuridad, la voz del hombre se ahogó de pronto, con un gorgoteo.

-¿Qué te pasa? -preguntó uno de sus compañeros-. ¿Te has tragado algún escarabajo...?

Se oyó otro gorgoteo ahogado y el segundo dejó de hablar tan bruscamente como el primero.

Los dos restantes empezaron a preguntarse, alarmados:

-¿Qué ocurre?...

Nunca lo supieron. Sonaron dos nuevos gorgoteos simultáneamente. Y, después, silencio.

El resplandor volcánico volvió a iluminar los pozos de la elevada meseta.

A la luz se vio a los cuatro guardianes sentados, con la espalda apoyada en la empalizada, mientras que dentro de ésta un gigantesco hombre de bronce se movía, escogiendo una herramienta, un afilado pico.

La luz se apagó y volvió a aparecer, revelando algo que bien podía pasar por una roca de color bronceado, a mitad de camino entre la empalizada y el bosque.

Pero cuando volvió a aparecer el resplandor, la roca había desaparecido y Doc Savage, escondido entre los espinosos matorrales, avanzaba hacia la línea de pozos con el pico en la mano.

Había dejado a los cuatro guardianes sin conocimiento apretándoles con fuerza en ciertos centros nerviosos de la nuca.

Tardarían horas, tal vez, en recobrar el conocimiento.

Doc pasó junto a la línea delantera de pozos en que cavaban los esclavos encadenados y, aprovechando una ocasión propicia, se dejó caer dentro de uno de los agujeros abandonados, inmediatamente detrás de la primera hilera.

Se puso a hacer rápidamente un agujero en las paredes circulares. La pared que se paraba a un agujero de otro era delgada.

En pocos momentos, había practicado una abertura lo bastante grande para poder pasar.

Había sido su intención ponerse en contacto con un esclavo tras otro de aquella manera hasta tropezar con alguno que pudiera informarle acerca de la suerte de sus ayudantes.

Al mirar por el agujero que había practicado, sonó aquella nota exótica que le era habitual.

El esclavo encadenado oyó y se puso visiblemente rígido.

Era éste un individuo asombroso, de torso cubierto de vello, cuello casi tan grueso como su cabeza y largos brazos que le llegaban casi hasta la rodilla.

Tenía tal fuerza, que podía clavar la pala directamente en la ceniza volcánica sin removerla primero con el pico.

El rojizo resplandor del volcán iluminó brevemente sus facciones, revelando una nariz grande, una boca enorme y una frente casi sepultada en pelo.

El hombre era tan feo, que resultaba agradable mirarle. Siguió cavando, pero sus ojos habían visto ya el agujero abierto por Doc en la pared del pozo.

Se acercó a él, arrastrando la cadena.

Su voz era infantil, y temblaba de emoción.

-¡Rayos, Doc! ¿Cómo has llegado tú?

-Cuéntame lo ocurrido, Monk -dijo Doc, en voz baja.

-Todos estamos vivos... pero no lo estaríamos mucho tiempo más.

-Vuestra situación parecía desesperada por ese segundo radiograma que me mandaste a la Zona del Canal. O... ¿lo mandaste tú, Monk?

-Sólo mandamos uno, Doc... a Nueva York.

-El segundo pareció tan auténtico que distrajo mi atención lo suficiente para dar lugar al agente del conde Ramadanoff a que metiera una bomba en nuestro aeroplano..., que era precisamente el motivo por el que había enviado el radiograma ese.

-¿Os estrellasteis aquí, Doc?

-Cerca de la playa. Renny y Long Tom han caído prisioneros. ¿Dónde están los demás?

-Ham está encadenado en el pozo contiguo al mío y Johnny está en el de más allá.

-¿Y Pat?

-Que yo sepa, el conde la tiene encerrada en su palacio. Tenemos que sacarla de allí. El conde tiene metido allí un monstruo carnívoro tan grande como una montaña. Ya sé que suena como fantasía; pero le hemos visto todos con nuestros propios ojos. ¡Uf!

-¿Estuvisteis encerrados algún tiempo en el palacio? -inquirió Doc.

-Sí; pero cuando el barbudo ese vio lo duros que éramos de pelar, nos mandó aquí para que nos matáramos cavando en lugar de echarnos para que nos comiera su monstruo. El bicho ese tiene dientes hasta a lo largo de la espalda, Doc. Nunca hubiera creído que existiese un monstruo así en el mundo.

Pasó un capataz, miró hacia abajo y soltó un trallazo. En el hombro de Monk apareció una roncha encarnada.

-Déjate de hablar solo -ordenó el capataz en inglés-, y cava más aprisa.

Cuando hubo seguido adelante el hombre, Monk dijo entre dientes:

-¿Te das cuenta de lo que ocurre? La mayor parte de los que cavan mueren pronto.

-¿Para qué son estos pozos?

-Eso sí que no lo sé. Nos lo hemos preguntado nosotros la mar de veces.

-Voy a abrirme paso a tu lado, Monk. Colócate de forma que tu espalda me tape todo lo posible.

Una vez hubo entrado en el pozo de Monk, abrió paso en seguida a la de Ham. Monk tapó los dos agujeros como pudo.

Doc, en el pozo contiguo con Ham, permaneció pegado a la pared de forma que, a menos que uno de los capataces se acercara al mismísimo borde y mirara hacia abajo, no sería descubierto. Ham ahogó el asombro que le causaba la aparición de Doc y éste, esgrimiendo el pico, se abrió al hondo pozo de Johnny.

Casi en el mismo instante en que llegó, empezaron a ocurrir cosas.

-¡Que me superamalgamen! -estalló el huesudo geólogo, al ver entrar a Doc.

-¡Dios mío!

-¿Cómo? -exclamó Johnny, sobresaltado.

-¡Dilo más alto!

Johnny estaba tan sorprendido, que no empleó palabras kilométricas como en otras ocasiones.

-¡Hará que caigan sobre nosotros los capataces! -protestó.

-Eso -contestó Doc-, es lo que yo quiero.

-¡Que me superamalgamen! -repitió Johnny, empleando su expresión favorita.

-¡Más fuerte aún!

Johnny tragó saliva y alzó la voz con determinación.

-¡Que me superamalgamen... superaguelmaguen... super... ¡qué rayos! ¡Dilo tú, Doc!

Por una vez en su vida, Johnny se sentía incapaz de soltar aquella exclamación.

Pero no fue necesario que lo dijera Doc. Un capataz se acercó al pozo. Doc volvió a pegarse a la pared. El capataz no le vio.

El látigo restalló en dirección al geólogo. Doc alzó las manos, asió la tralla y le dio un tirón.

Tan inesperada sacudida hizo que el capataz perdiera el equilibrio antes de haber tenido tiempo de plantar bien los pies para soportarla o de soltar el látigo.

Doc le dio un puñetazo cuando aun estaba en el aire. Cuando tocó el fondo del pozo había perdido ya el conocimiento.

Doc se inclinó, le dio la vuelta y le quitó una llave que le colgaba del cuello de piel de lagarto. La probó en los grilletes de Johnny y le puso en libertad.

Luego cogió el látigo que le había quitado al capataz y se metió en el pozo de Ham.

-Sígueme, Johnny -dijo.

Y alargó el brazo para abrirle los grilletes a Ham.

De pronto, cesaron los gemidos, murmullos y restallido de látigo todo a lo largo de la hilera de pozos. Se oyó entonces al profundo clamor de un batintín.

Uno de los capataces había visto caer misteriosamente a su compañero en el pozo y estaba dando la alarma. Mientras caía el ominoso silencio sobre los pozos, los capataces empezaron a correr hacia el agujero en que había estado trabajando Johnny.

-¡No saldremos de esta, Doc! -exclamó Johnny-. ¡Matan a todo el que intenta escaparse!

Se alzaron rugidos y maldiciones al llegar los primeros capataces y encontrar vacío el agujero de Ham. Llegaron más capataces.

Un látigo restalló en el pozo de Ham al descubrir uno de ellos que había tres hombres juntos allá abajo.

Sus gritos hicieron que acudieran los demás. Llovieron los latigazos.

Al alzarse Doc de libertar a Ham, las trallas silbaban en todas direcciones.

Le entregó la llave de los grilletes a Johnny.

-Seguidme al pozo de al lado y soltad a Monk -gritó.

Los tres se metieron por el agujero que daba al pozo contiguo. Mientras sus ayudantes se ocupaban de soltar al químico, Doc se irguió, aguantando la lluvia de latigazos y respondiendo a ellos con el látigo que llevaba.

Bajo el rojizo resplandor volcánico, el rostro de Doc, alzado, parecía una máscara de bronce. No empleó el brazo izquierdo para parar los latigazos.

Tenía algo mejor que hacer con él.

No estaba dando latigazos a tontas y a locas. Sosteniendo el brazo izquierdo de forma que pudiera protegerse los ojos, manejaba el látigo con la derecha.

Una sacudida dada en el momento oportuno, hacía que la tralla se enroscara al objeto que tocara. A veces era un cuello, otras, un brazo o una pierna.

Pero, en todos los casos, un tirón bastaba para que la víctima cayese al agujero. Entonces entraba el puño izquierdo de Doc en acción, dejando sin conocimiento a los que iban cayendo.

Cuando Doc hubo tirado al agujero una media docena de hombres, los demás capataces se retiraron, maldiciendo y gritando, fuera del alcance del terrible látigo.

-Bien, Doc -dijo Johnny.

Monk apartó la cadena que le había sujetado, de un puntapié.

-¡Estoy libre, Doc!

-Ve tú el primero, Monk -ordenó Doc-. Sal por el agujero por el que yo entré primero. Vosotros le seguís. Yo le mantendré a raya con el látigo y saldré el último.

Monk, seguido de cerca por Johnny y Ham, se metió en el pozo de detrás de la primera línea. Doc dejó de manejar el látigo y fue a meterse por el agujero; pero topó con algo duro que venía en dirección opuesta.

Era la cabeza de Monk.

-¡No podemos salir por ahí, Doc! -rugió Monk, cayendo de cabeza dentro del agujero en sus prisas.

Ham y Johnny cayeron encima de él.

-¡Cangrejos carnívoros! -aulló Johnny.

-¡Antropófagos! -aumentó Ham.

-¡Grandes como perros! -suplementó Johnny.

-Y... ¡millones de ellos! -agregó Monk, agarrándose la cabeza.

CAPÍTULO XIII
PEDAZOS DE INFIERNO

Por aquí, pues -dijo Doc.

Y se metió en el pozo en que había estado encadenado Ham.

Hubo un movimiento en el fondo del pozo, acompañado de un ruido metálico.

Luego Monk, que seguía a Doc, se vio atascado en el agujero.

-¡Rayos! -protestó-. ¿Qué ocurre?

-Este camino está cerrado también -dijo Doc.

-¿Cangrejos?

-Sí; el fondo del pozo estaba cubierto de ellos también.

-Los tienen en jaulas detrás de los pozos en que se trabaja -dijo Ham-. Los sueltan para cortar en seco los intentos de evasión. Vi a un pobre infeliz caer bajo una oleada de ellos anoche. En unos minutos no quedaban de él más que los huecos pelados.

El sonido metálico se hizo mayor.

-Ese ruido lo hacen los cangrejos al abrir y cerrar las pinzas -explicó Johnny-. Pueden quitarle a uno un dedo de un solo mordisco. Se le suben a

uno por las piernas cortándole al mismo tiempo como si llevaran dos navajas de afeitar.

-Son cangrejos de tierra -intercaló Ham.-. Algo así como los que hay en algunas partes de Siberia, sólo que mayores. No son tan grandes como perros, como dijo Johnny; pero sí son los más grandes que he visto en mi vida. Son feroces como tiburones.

Se oyeron golpes en los lados del pozo.

-Esos tipos de los collares están tirando rocas -rugió Monk.

El grito de Ham se mezcló con el de su compañero.

-¡Aquí vienen los cangrejos! -exclamó.

-¡Échalos a puntapiés! -gritó Monk.

-¡Échalos a puntapiés tú! -contestó Ham-. ¡Yo no llevo zapatos!

-Y... ¿qué crees que llevo yo? -gruñó Monk-. ¡Estoy descalzo también!

-Tapa el agujero con la cabeza -propuso sarcásticamente Ham.

Mientras discutían no estaban ociosos. Monk había cogido una de las piedras grandes que los capataces tiraran al pozo y estaba despachurrando cangrejos a medida que entraban.

Ham hacia lo propio junto al otro agujero, con el mango del látigo que había dejado caer Doc.

Algunos de los cangrejos lograron entrar, sin embargo, y Johnny bailaba de un lado para otro con los pies descalzos, intentando pisarle antes de que pudieran morderle los dedos o cortarle las piernas.

-¡Doc! -aulló Monk-. ¡Están entrando más aprisa de lo que yo puedo matarles!

-Deja entrar a unos cuantos -dijo el hombre de bronce de pronto.

Intrigado, pero comprendiendo que tendría algún plan, Monk obedeció. Doc, entretanto, se estaba quitando la ropa.

Logró alcanzar el chaleco de malla a prueba de bala que llevaba y se lo quitó, lo empleó para protegerse las manos, asió a uno de los cangrejos cuando apareció el resplandor rojizo y se irguió.

Se lo tiró al capataz más cercano.

Había luz suficiente para que todos los capataces vieran lo que se les venía encima. Echaron gritos y se metieron en los pozos más cercanos para huir.

La pared de tierra que había entre los pozos no era lo bastante ancha para permitir acción en masa.

Monk empezó a comprender y dejó pasar más cangrejos uno por uno. Doc fue cogiéndolos y tirándolos. Los capataces se retiraron.

-Bueno -dijo Doc-; vamos a intentar escapar de aquí. Voy a ayudaros a salir.

Monk tomó carrerilla y saltó sobre las manos entrelazadas de Doc, que les echó hacia arriba.

-¡Dirígete a la maleza! -ordenó el hombre de bronce.

Ham y Johnny fueron proyectados hacia el exterior de la misma manera.

Luego el propio Doc dio un salto, se agarró al borde del pozo, salió y corrió por las estrechas paredes entre pozo y pozo a reunirse con sus ayudantes.

Los capataces se estaban echando ya sobre ellos. Al parecer, no tenían más armas que los látigos y no podían manejarlos bien por la cantidad de ellos que había y la falta de terreno sobre el que maniobrar.

-¡Más aprisa! -gritó Doc.

Sus ayudantes lo estaban pasando mal. Iban descalzos y la roca volcánica tenía muchas de las características del cristal roto.

Empezaron a llover piedras a su alrededor, rompiendo algunas de ellas fragmentos vítreos de roca. Los látigos no cesaban de restallar.

-Adelante -dijo Doc.

Siguieron adelante, moviéndose tan aprisa como se lo permitía la espesa vegetación. Más abajo, ésta se hizo más espesa aún.

Enredaderas y ramas espinosas les disputaban el paso. El enorme cuerpo de Doc abría con frecuencia paso para los demás.

-¿Qué prisa hay? -inquirió Monk, jadeando.

-Renny, Long Tom y Pat están presos en el palacio -contestó Doc.

-Bueno, y ¿qué necesidad tenemos de rompernos la crisma por la selva? Metámonos por un de las sendas abiertas por las tortugas.

Viajaban en aquel momento en dirección paralela a una de las sendas. En aquel momento se veía el resplandor volcánico. Doc se acercó a la senda y miró hacia delante.

-Vamos -dijo.

Y echó a correr por el camino.

-Esto es otra cosa -murmuró Monk, siguiéndole.

Cincuenta metros más allá, Doc se detuvo bruscamente.

-Atrás -dijo-. Mirad.

Se colocó a un lado del sendero y su mano tiró de algo invisible a los ojos de los demás. Se oyó un silbido al tender el aire las ramas de un árbol, se vio un brillo metálico y sonó un fuerte golpe.

Doc se inclinó y arrancó del suelo un cuchillo que se había clavado hasta la empuñadura. Desató el arma de la rama a que estaba atada.

-Es un procedimiento malayo -anunció-. Se tiende, cruzando en el camino, un pelo de animal que resulta casi invisible hasta habiendo muy buena luz. Se dobla hacia atrás un arbusto con el cuchillo atado a él. Cuando al pasar alguien por el camino rompe el pelo, el arbusto se endereza, clavándole el cuchillo en el vientre al viandante.

Monk se frotó aprensivamente el vientre, y nada dijo.

-Es muy posible que estos senderos estén guardados por otras trampas también -continuó Doc-. A la luz de día y yendo con mucho cuidado podría pasarse por ellos sin perder la vida; pero, de noche, es preferible no intentarlo.

Le entregó el cuchillo a Ham.

-Tal vez sea mejor que lo lleves tú hasta que volvamos a encontrar tu estoque.

-Eso me recuerda otra cosa que hemos perdido, Doc -dijo Monk-: *Habeas Corpus*...

-El que se perdiera ese puerco es lo único que ha ocurrido en esta maldita isla que fuese bueno -observó Ham.

-Vamos -dijo Doc, anticipándose para que no volviera a reanudarse la eterna riña entre los dos.

Volvió a meterse por la selva. Los otros le siguieron. Siguieron adelante avanzando interminablemente por una obscuridad rasgada de vez en cuando por el resplandor del volcán.

Era ya cerca del amanecer cuando, por los intersticios de la vegetación, se vieron los sombríos muros del palacio del conde Ramadanoff.

Por el lado que daba al mar, los muros negros brillaban de humedad.

Por el lado de la selva, las torres y los torreones de piedra estaban bañados de una bruma rojiza.

-Es un sitio que hace creer en brujas, ¿verdad? -murmuró Monk.

-Su aspecto es singularmente amenazador, en efecto -asintió Johnny.

-Todo es amenazador en esta isla -dijo Ham-. Doc... ¿qué significan esos pozos que hemos estado cavando?

Doc hizo un gesto, con la mano, en dirección a las murallas de roca volcánica de seis metros de espesor que rodeaban el castillo.

-El secreto de los pozos se halla oculto detrás de esas paredes -contestó.

-¿Quieres decir que sólo ese conde barbudo puede dar una explicación?

-Sólo él, en efecto.

Doc se alejó unos pasos hacia un lado y volvió sujetando un tronco de palmera más grueso que su cuerpo.

-Ayudadme a transportar este tronco -dijo-. Si hemos de escalar ese muro, nos hará falta el tronco para usarlo como puente que nos permita cruzar el foso.

Todos trabajaron rudamente para colocar el tronco en posición. Doc lo probó con su peso. Luego, plantando bien los pies y apoyando la espalda contra el muro, dijo:

-¡Monk! ¡Súbete a mis hombros!

Monk se subió a las manos entrelazadas de Doc y después a sus hombros, con una agilidad sorprendente en un hombre de su cuerpo. Una vez de pie sobre los hombros de Doc, apoyó la espalda contra el muro.

-Ahora tú, Ham.

Ham pasó de las manos de Doc a su cabeza y, de las ramas de Monk a sus hombros. Una vez allí, faltaba muy poco para que pudiera alcanzar la cima del muro con las manos extendidas.

-Vamos, Johnny -dijo Doc.

-En verdad, el procedimiento es elevador -murmuró Johnny-. Hercúleo e concepto pero destinado, irrevocablemente, a una terminación fructífera.

-Guárdate eso para cuando Ham se me quite de encima de la nuca -gruñó Monk. Johnny subió por la "cuerda" de tres hombres con la agilidad de un acróbata. Una vez encima de muro, se tendió boca abajo, enganchó los pies al borde de atrás y alargó los brazos, asiendo las manos extendidas de Ham.

Ayudado por Johnny, Ham quitó los pies de encima de los hombros de Monk. Este se agarró a las piernas de Ham. Doc gateó por la colgante cadena humana y puso las manos en la cima de la pared.

Durante unos instantes, Johnny había estado aguantando el peso de todos ellos. Podría ser ex catedrático y llevar monóculo; pero en cuestión de musculatura, nada tenía que envidiarle a nadie.

Cuando se hallaron todos encima de la pared, Doc se colgó por el otro lado, agarrado a la parte superior y, uno tras otro, sus ayudantes fueron descolgándose por su cuerpo hasta descender al interior del patio del palacio.

Luego Doc se dejó caer y se reunió con ellos.

Avanzó por la obscuridad en dirección a un pequeño edificio de piedra que, evidentemente, había sido construido para vivienda de servidumbre.

Forzó la puerta y entró con sus ayudantes.

-Aguardad aquí -dijo.

-¿Dónde vas tú, Doc? -le preguntó Monk.

-Voy a escalar el torreón y entrar en el palacio por arriba. Abriré la puerta desde dentro. Acudid cuando oigáis mi silbido.

-¿No se os ha ocurrido pensar en la posibilidad de que el conde esté enterado de que hemos entrado aquí y que finja no saberlo para poder prepararnos una trampa? -inquirió Johnny.

-Sí que cabe esa posibilidad -asintió Doc-. El conde éste tiene un ingenio diabólico.

-Y... ¡ay esa fiera... esa cosa... ese monstruo! -murmuró Monk-. No existe nombre alguno conque poder describirle.

-Es tan grande como una casa -corroboró Ham.

-En efecto -asintió Johnny-; la exageración es infinitesimal.

-¿A qué distancia estuvisteis del bicho ese? -preguntó Doc.

-¡Demasiado cerca! -exclamó Monk-. Lo vimos desde una especie de aspillera que hay en el torreón.

-Espero que oiréis mi silbido -observó Doc.

El hombre de bronce echó a andar y desapareció entre las sombras. Sus ayudantes miraron hacia el palacio.

Y cuando volvió a aparecer el resplandor, vieron a Doc aplastado como una mosca humana contra la superficie del torreón negro, ascendiendo, gracias a la fabulosa fuerza de los dedos de sus pies y de sus manos, por las grietas casi inexistentes entre los bloques de piedra.

Luego se apagó el resplandor y, cuando volvió a verse, Doc había desaparecido.

CAPÍTULO XIV
EL PALACIO DE LA SELVA

Doc encontró fácil entrar por una de las ventanas del alto torreón, porque no tenía cierre. En la obscuridad, bajó a tientas por la escalera de caracol sin pasamanos.

En la habitación que se hallaba a mitad del camino y que tenía la alargada ventana que daba al patio, se detuvo y miró por ella.

Abajo, en el patio que parecía un pozo, vio a la volcánica luz, el mismo monstruo increíble que habían visto los otros.

El animal estaba andando, agitando la cola que parecía cubiertas de dientes de sierra. Estaba empuñando los barrotes de una celda con las garras y él goteaba espuma por las mandíbulas.

Frenético de impotencia al no lograr romper los barrotes, el monstruo se hinchó hasta parecer llegar casi a doblar su tamaño.

Doc Savage no hizo el menor ruido. De pronto alargó el dedo, lo pasó por el cristal y luego tabaleó, dulcemente, sobre él.

Como si el tabaleo sobre el cristal hubiera sido una señal, se oyó un ruido en la obscuridad detrás de Doc, algo así como si a alguien se le hubiera escapado la respiración que hubiera estado conteniendo.

Doc se encogió, se apartó de la ventana y escuchó.

En la obscuridad percibió una respiración espasmódica. Era evidente que había en el cuarto alguien que intentaba contener la respiración.

Contenido el aliento él y moviéndose tan silenciosamente como una fiera en la selva, Doc se dirigió hacia el lugar de donde salían los sonidos.

Iba echado hacia delante, con los brazos extendidos y las manos crispadas, dispuesto a asir y estrangular.

Se detuvo, bruscamente, olfateando. Un olor muy sutil, un perfume débil, pero que no le era desconocido, llegó hasta él.

Se relajaron sus músculos y se irguió, buscando a tientas.

-Pat -susurró.

En la obscuridad sonó una exclamación ahogada y unas manos femeninas le agarraron.

-¡Oh, Doc! -murmuró Pat.

Estaba temblando; pero la presencia de Doc pareció devolverle las fuerzas.

Dejó de temblar, suspiró y alzó la mirada, intentando ver el rostro del hombre de bronce.

-Si hubieras tardado una hora más, hubieses llegado demasiado tarde. Renny y Long Tom iban a ser echados a ese animal al amanecer.

-¿Te refieres al monstruo del patio?

-Sí; el conde me encerró aquí para que pudiera presenciar la... la comida de la fiera. Dice que luego me tocará a mí. Ha estado intentando asustarme para que me muestre conforme a quedarme en la isla. Dice que me hará una reina. ¡Imagínate! Reina del panal de pozos. No es humano. Es un ser diabólico. Es un monstruo más grande que ese que hay en el patio.

Pat guardó silencio. La fatídica música de piano llenó el cuarto, bombardeándoles los oídos, con sus extrañas vibraciones.

La música cesó tan bruscamente como había empezado aunque, como siempre, quedó pulsando en el aire un eco ominoso.

-¡Alguien va a morir! -exclamó Pat.

-¿Por qué dices eso?

-El conde toca el piano... y alguien muere *siempre*. Ya sé que suena a locura. Pero es la verdad. Por regla general, mueren de la "muerte del agujero del pulgar". Le aparece a uno en la sien un agujero lo bastante grande para que quepa en él un dedo pulgar.

Se encendieron entonces unas luces ocultas, bañando de brillante luz blanca la cámara de roca. Doc y Pat parpadearon, para acostumbrarse la vista al inesperado brillo.

Pat soltó una exclamación de sorpresa y se estremeció ante lo que vio. Doc quedó igualmente sorprendido; pero sus broncíneas facciones continuaron impasibles.

El conde Ramadanoff se hallaba allí, tan cerca que Doc le hubiera podido alcanzar de un brinco.

Vestía de etiqueta, alto siniestro, resaltando su barba como el azabache en contraste con la blancura de su cara. Era más ancho que su hermano Boris y cerca de sesenta centímetros más alto.

Por lo demás, su aspecto era el mismo, e incluso llevaba, como el otro, dos anillos, un rubí y una esmeralda, cada uno de ellos tan grande como la extremidad de un dedo pulgar.

Doc contempló los ojos del ruso, que eran tan duros y brillantes como las piedras preciosas que llevaba en los dedos.

Doc tenía un poder que pocos hombres han logrado desarrollar. Sus ojos dorados eran capaces de hipnotizar, a veces incluso contra la voluntad del individuo.

Pero con el conde, Doc no pudo llegar a ninguna parte. Los duros ojos le devolvían la mirada como si no le vieran siquiera.

Los labios del conde se movieron levemente. Hizo una profunda reverencia.

Agitó la blanca mano, en la que las piedras preciosas lanzaron destellos.

Habló melifluamente:

-Si tiene usted la gentileza de escoltar a la dama, el desayuno está servido en el salón.

Pat dijo, moviendo los labios nada más: -Hace las cosas más raras del mundo. Esta debe ser una trampa de alguna clase.

Doc movió afirmativamente la cabeza sin hablar, apoyó los dedos en el codo de Pat y la guió por la puerta y escalera abajo.

El conde les siguió de cerca cuando pasaron por entre los cortinajes de terciopelo rubí y entraron en el cavernoso vestíbulo al que el conde llamaba salón.

Ante la enorme chimenea en que bailaban las llamas azuladas sin hacer el menor ruido, sin calor y sin luz apreciable, había una mesa puesta para tres.

-Como verán ustedes, he preparado las cosas para recibirles -dijo el conde, indicándoles las sillas.

La mesa, con su damasco y su vajilla de plata, era el único detalle nuevo en la habitación.

Todo lo demás seguía igual: el piano de cola cubierto de pieles, la araña monumental con sus doscientas velas, la regia colección de samovares que lanzaban destellos metálicos desde sus nichos en que estaban colocados.

Mientras unos esclavos servían, el conde se inclinó hacia delante y dijo en tono confidencial:

-Usted es lo bastante hombre de mundo para comprender que las cosas no son siempre lo que parecen.

-¿Y pues? -inquirió Doc, ambiguamente.

-Parecería ser que he tratado más a sus ayudantes. Tal no es el caso. Mandé a los pozos a tres de sus ayudantes. Por extraño que parezca, lo hice para protegerles contra uno de los terrores de la isla.

-¿"La muerte del agujero de pulgar"?

El gigante barbudo murmuró:-¡Ah! ¿La conoce?

-Tuve ocasión de comprobar su mortífero efecto en Nueva York.

Los ojos del conde brillaron.

-Se cierne, desde hace tiempo, sobre mi hermano Boris.

-Y... ¿qué tiene usted que decir acerca de mis otros dos ayudantes? -inquirió Doc.

-Mi querido amigo -respondió el ruso-; en este instante se hallan a la cabeza de un grupo que anda buscando el cadáver de usted, al que se suponía destrozado por los tiburones.

Pat interpuso con calor:

-Si eso es cierto, ¿por qué se me encerró en el cuarto del torreón y se me dijo que observara las ejecuciones?

-Es un proceder que más adelante se esclarecerá -contestó el conde-. La supuesta ejecución era un mito.

-No había nada de mito en el monstruo ese que vi en el patio -insistió Pat, que no había probado bocado.

El conde se sirvió. Se inclinó hacia Doc.

-¿Ha visto usted a mi animalito? -preguntó.

-¿Ese animal del patio? -dijo Doc-. ¿La iguana?

El conde aspiró con fuerza, evidentemente sorprendido.

-¡Ah! ¡Lo reconoció! -se encogió de hombros-. Al reconocerlo, quedaría usted más impresionado aun por su enorme tamaño. A un lagarto de Galápagos, que midiera un metro ochenta, se le consideraría, normalmente un monstruo. ¿Qué longitud calcula usted que tiene el mío?

-Parecía -reconoció Doc-, muchas veces mayor que eso.

-Pero... ¿cómo es posible? -protestó Pat.

No comía. No le tentaba comida alguna servida en tan siniestros ambientes.

Las llamas azules de la chimenea, en lugar de iluminar su hermoso semblante, echaban sobre él una sombra azulada.

Se encogió, echándose hacia atrás, al extender los dedos del conde para tocarle el brazo.

-En esta isla existen horrores en cuya existencia nadie ha soñado siquiera -murmuró.

-Y algo más -observó Doc-; algo que desea usted encontrar.

Por primera vez algo distinto a la siniestra maldad que le envolvía pareció caer sobre el conde. Se enderezó visiblemente en su asiento y soltó cuchillo y tenedor.

-¿Se ha enterado usted de eso? -preguntó.

-Resulta evidente -le contestó Doc.

El hombre barbudo se inclinó hacia delante, con avidez.

-¿Sabe de qué se trata?

-Sé cómo se llama, sí; el Panal del Diablo.

-¿No sabe usted nada más que eso?

-No -confesó Doc con estudiado disimulo.

El otro volvió a arrellanarse en su asiento y pareció experimentar un gran alivio. Empezó a comer otra vez, como si se diera cuenta entonces de que no estaban ellos comiendo.

-Tengo necesidad de su habilidad científica -dijo-. He probado los instrumentos empleados corrientemente para hacer exploraciones subterráneas. No son lo bastante finos. Usted puede fabricar instrumentos más poderosos, más delicados.

Doc dijo, con brusquedad:

-Para construir esos instrumentos, es preciso saber exactamente lo que usted quiere encontrar.

-Eso es imposible.

-En tal caso, lo que usted me pide es imposible también.

-Usted tiene fama de poder hacer lo imposible. Se las arreglará para hacerlo ahora, o sufrirá consecuencias un poco desagradables.

Doc Savage nada dijo.

-Con sus enormes conocimientos de geología y cartología, mi querido Savage, no debiera costarle mucho trabajo dar con el lugar en que se halla un objeto que yo le descubriré como compuesto de una estructura atómica completamente distinta al resto de la isla.

El conde alzó la servilleta y se limpió los labios. Lo hizo con mucho cuidado y, durante un instante, toda la parte baja de su rostro quedó cubierto por el damasco.

Doc Savage le habló de pronto a Pat en un idioma extraño, palabras compuestas principalmente de sonidos guturales, aun cuando singularmente melodiosas.

Doc estaba usando el idioma de los mayas, de ese pueblo extraordinario cuya civilización florecía en la península del Yucatán, de Méjico, mucho antes de que se construyeran las pirámides egipcias.

Es dudoso que existieran más de una docena de personas en el llamado mundo civilizado, que comprendieran el idioma y lo hablaran.

Mientras Doc hablaba, las llamas de la chimenea se hicieron más cortas aun.

-¿Qué está usted diciendo? -preguntó el conde.

Su voz se había hecho nasal.

-Nada -respondió Pat, en tensión.

Se echó hacia atrás en su asiento, respirando profundamente, como le había ordenado Doc en maya.

-Llénate los pulmones de aire fresco -le había ordenado Doc-. Y si las llamas azules se apagan, no vuelvas a respirar hasta que estemos fuera.

Al conde Ramadanoff le dijo en inglés.

-Antes de hacer nada por dar con el paradero del Panal del Diablo, es preciso que sean puestos en libertad los dos ayudantes míos que se hallan prisioneros en el pozo de la iguana.

-Ah -respondió el conde, con voz nasal aun-; veo que ha acabado la charla trivial de sobremesa y que quiere tratar de realidades. Pues bien, escúcheme: no sólo me niego que poner en libertad a sus dos hombres, sino que tengo el gusto de comunicarle que sus otros tres ayudantes son prisioneros míos también... Están encerrados en el mismo edificio del jardín en que usted los dejó cuando escaló mi torreón. El palacio, mi querido Savage, está equipado con dispositivos eléctricos de protección, algo así como supongo que está su casa de Nueva York. Nada puede ocurrir entre estas paredes sin que yo tenga conocimiento de ello en seguida.

Volviendo la cabeza, llamó a un esclavo por medio de aquel odioso ruido sibilante.

-Abre la puerta de salida de par en par -ordenó.

El esclavo cruzó la habitación, abrió la maciza puerta y echó a andar nuevamente en dirección a la mesa.

Cuando se hallaba a unos nueve metros de la puerta, su cuerpo entero empezó a experimentar una serie de convulsiones espasmódicas.

Exhaló un grito de angustia y, con el rostro contorsionado y el cuerpo grotescamente retorcido, cayó al suelo.

Los ojos del conde brillaron.

-Si duda usted de su muerte, mi querido Savage, le autorizo para que examine el cadáver. Y toda aquella persona que se acercara ahora a un radio de nueve metros de la puerta, quedará electrocutado de igual forma. He preparado esta exhibición para que se dé usted cuenta de cuán inútil resulta intentar escapar.

Allá en la chimenea se oyó una especie de suspiro al apagarse las llamas.

Pat había estado vigilando por el rabillo del ojo. Contuvo el aliento. Doc hizo lo propio.

La chimenea del conde ardía de igual manera que un fogón de gas, con la llama azulada y casi sin luz.

El hecho de que no despidiera calor se debía a la serie de corrientes de aire establecidas automáticamente para llevarse el calor chimenea arriba.

Pero las corrientes, controladas por un pulsador oculto en el suelo al alcance del pie del conde, podían cerrarse y extinguirse las llamas, lanzando tal volumen de gas al cuarto que, aun con la puerta exterior abierta, el respirar unas cuantas veces en el vestíbulo hubiera bastado para dejarle a cualquiera sin conocimiento.

Doc se había puesto en guardia al ver que el conde se llevaba la servilleta a los labios.

Bajo cubierta de la misma el conde se había metido en la nariz, sin duda alguna, tapones de gasa con alguna composición química para poder respirar sin peligro un rato en la atmósfera cargada de gas.

Estos tapones eran los que le habían dado a la voz aquel tono gangoso.

En el mismo instante en que se apagaron las llamas, sonó un estrépito enorme. Era la mesa que había caído, empujada por los pies de Doc.

La mesa cayó en dirección al conde con tan enorme fuerza, que éste y su silla fueron derribados también.

En el momento en que el hombre barbudo procuraba librarse del peso que le había caído encima, Doc asió a Pat del brazo y la empujó violentamente en dirección a la escalera.

El conde se hallaba de pie y corriendo para cuando Doc y Pat llegaron al descansillo adornado con cortinajes de terciopelo.

El conde pareció encantado al ver que los cortinajes habían envuelto a los fugitivos y que, por consiguiente, les harían caer.

Pero Doc y Pat no cayeron. No era accidente el que las cortinas se hubieran enredado al cuerpo de Doc. Este las sostenía con una mano, subiéndolas escalera arriba con él.

De pronto se detuvo y se volvió.

-Cuélgate de mi espalda -le dijo a Pat en maya-, y contén la respiración.

Pat se colgó al cuello de Doc por detrás. Muy por encima de ellos, los aros de latón rechinaron en su vara de metal y las cortinas se pusieron tirantes.

Doc había alzado los pies del suelo y, usando las cortinas como una cuerda, osciló, como un péndulo, en dirección al vestíbulo.

Descendió describiendo una curva, pasando muy por encima del asombrado conde y, continuando la curva, fue ascendiendo luego hasta hallarse muy por encima de la araña monumental.

Soltó la cortina y cayó hacia delante a una velocidad enorme. Su mano tendida asió la araña, empujándola con el impulso que llevaba.

Empezaron a llover velas, cuyas llamas, al caer, semejaban colas de minúsculos cometas.

Soltando la araña, el hombre de bronce hendió el aire por encima de la faja mortal, los nueve metros de suelo, próximos a la puerta, cargados de electricidad de alto amperaje.

Su cuerpo salió disparado por la enorme puerta, aterrizó bien, amortiguando la caída de una forma que demostraba que había practicado el salto de grandes alturas.

Pat había logrado permanecer colgada de él durante todo el tiempo.

CAPÍTULO XV
PELIGRO EN LA SELVA

Una vez fuera de torreón, Doc dio la vuelta a él, corriendo, y seguido de Pat.

Era su intención llegar al edificio en que se hallaban encerrados sus hombres y ponerlos en libertad. Pero Doc no llegó allí. Se acercó lo bastante para que Monk, Ham y Johnny le vieran desde detrás de los barrotes de la ventana.

Ham dio un grito de aviso; pero llegó tarde.

Una furia negra que había saltado por una de las ventanas del palacio aterrizó con aplastante fuerza sobre los hombros de Doc.

Éste cayó a enlosado suelo y, encima de él, el conde Ramadanoff.

Los puños del conde golpearon a Doc con fuerza de martillo hidráulico. Sus manos blancas, que tan blandas parecían, nada tenían de blandas en realidad.

Al atajar por el palacio para interceptar a Doc, se había puesto unos guantes de malla, flexibles como el cuero y con pegotes de plomo lleno de aristas en los nudillos.

-¡Le mataré a puñetazos con mis propias manos! -rugió-. ¡He dado una soberbia paliza a tres de sus hombres ya, y ahora le toca a usted!

Al pegar la cabeza de Doc contra el suelo, el ruso le dio un puñetazo con toda la fuerza de su brazo. Su intención era aplastarle el cráneo al hombre de bronce.

El puño dio con fuerza, pero no sobre la cabeza de Doc. Éste la retiró, calculando el momento de tal forma, que el otro no tuviera tiempo ya de contener el impulso. El puño pegó contra las losas.

Los guantes de mallas tenían agujeros para que pudieran asomar por ellos los anillos que llevaba la mano y contribuir a hacer más terrible el puñetazo.

Al pegar el puño del conde contra el suelo, el enorme rubí quedó convertido en un montoncito de polvo.

Al echarse a un lado Doc, dirigió un puñetazo a la mandíbula del ruso. La cabeza del loco aquél se echó para atrás con tal fuerza que le crujió el cuello.

Doc dobló la rodilla y se lo quitó de encima con un puntapié.

Una vez en pie ambos, se atacaron con furia. Doc recibió un terrible golpe en el lado de la cabeza, pero la movió en la misma dirección siguiendo el golpe y matando así la mayor parte de su efecto.

Ello sirvió, al mismo tiempo, para que le quedara más abertura en la guardia a su adversario. Soltó tres puñetazos uno tras otro, con rapidez.

Casi parecieron uno solo, por lo aprisa que fueron dados. Dos de ellos fueron a darle por encima del corazón y el tercero en la mandíbula.

Era un golpe capaz de haber derribado a un rinoceronte.

Dejó al conde Ramadanoff sin sentido.

No volvió en sí hasta varios minutos más tarde, para entonces, ya tenía atadas las manos; Doc, guiado por Pat, había encontrado el cuarto de los generadores, cortando la electricidad de todo el palacio.

Además, mediante una minúscula granada de bolsillo, había echado abajo la puerta de la dependencia y puesto en libertad a sus tres ayudantes.

El conde se incorporó, aturdido, y Doc ordenó:

-¡Adentro de palacio! Ponga en libertad a los dos ayudantes míos que tiene encerrados en las celdas del patio.

-Y aprisa -agregó Monk, amenazador.

Con el conde a la cabeza, entraron todos en el edificio, cruzaron el vestíbulo y subieron la escalera.

-Me ha vencido con los puños -dijo el conde-. Está bien; pero aun queda la "muerte del agujero del pulgar".

Ante la puerta que daba al balconcillo suspendido sobre el patio-mazmorra, el conde hizo una pausa, imprevistamente.

-Lo que verán detrás de esta puerta -anunció dramáticamente-, es algo que jamás igual ha sido visto por ningún hombre vivo más que yo.

-Ya sé lo que veremos -dijo Monk-, ¡el monstruo!

-No el monstruo que tú te figuras -observó Doc, enigmático.

-Conque... ¿ha descubierto usted mi secreto? -exclamó el conde, con voz áspera.

-Sí; la ventana que da desde la torre a este patio es, en realidad, un poderoso cristal de aumento. El animal que vimos no es tan grande como parece.

-No cometa la equivocación de creer que el horror disminuye por eso. Al contrario, aumenta considerablemente.

Pat se estremeció.

-¿Qué puede ser peor que eso... ese monstruo?

El conde la miró con su sonrisa burlona. Su contestación fue sencilla y devastadora.

-Muchos monstruos –dijo.

Debió de tocar con el pie algún resorte oculto, porque la puerta del balconcillo se abrió. Los ayudantes de Doc se agolparon todos al pasamanos y se detuvieron bruscamente, mirando hacia el patio, mudos de sobresalto.

Monk fue el primero en recobrar el uso de la palabra.

-¡No un monstruo! -exclamó-. Sino por lo menos un centenar de ellos, de un metro ochenta de longitud.

Eso del centenar era una exageración, porque las iguanas estaban tan apiñadas en el patio que sus cuerpos se tocaban, imposibilitándoles para

que hincharan el cuerpo como tenían por costumbre en momentos de excitación.

La masa de monstruos ondulaba, dando resoplidos, con las cabezas blindadas dirigidas hacia la celda en que Renny y Long Tom se hallaban prisioneros.

-Se les ha dejado sin comer hasta ponerles frenéticos -dijo la voz del conde-. Están esperando a que se alcen los barrotes para poder entrar en la celda.

Pat soltó una exclamación ahogada.

La meliflua voz del ruso siguió hablando, con dejo de triunfo. -Las iguanas que habitan algunas de las islas Galápagos no son muy feroces, según tengo entendido. Estas son distintas. Todo lo que hay en esta isla es feroz. Si no lo encontré así a mi llegada, me encargué de hacerlo. Observarán, en primer lugar, que estos animales son treinta centímetros más largos de lo corriente. Los más fuertes, esos que se han abierto paso hasta primera fila y que rechinaban los dientes contra los barrotes, esos son una y media veces más grandes que ninguna otra iguana que se hay visto en ninguna de las otras islas.

-Intentan asustarnos, ¿eh? -exclamó Monk.

Se sentía tranquilo, pensando en que había sido cortada la electricidad y, por consiguiente, el conde no podía ya alzar los barrotes por medio de botones ocultos.

-Si les ocurre algo a mis ayudantes... -empezó a decir Doc, ominoso.

-Su aviso llega demasiado tarde, mi querido Savage -contestó el ruso-. ¡Mire!

Ante sus horrorizados ojos, los barrotes de hierro empezaron a alzarse. El conde se echó a reír.

-¡Imbéciles! -gritó-. ¿Qué importa que hayan inutilizado temporalmente mi instalación eléctrica? Hay centenares de sitios en este balconcillo donde me basta tocar con el pie para alzar los barrotes mecánicamente.

Renny y Long Tom, obrando tal como habían convenido hacerlo de presentarse el caso, dieron un salto y asieron los barrotes.

Estos dejaron de alzarse y los dos hombres colgaron como pesos muertos mientras que los monstruos, con gruñidos frenéticos y chirriar de dientes, saltaban hacia ellos, sin llegar a alcanzarles.

El conde siguió riendo.

-¡Siempre ocurre lo mismo! -exclamó-. Las víctimas cuelgan de los barrotes hasta que no pueden más y caen. Entonces se divierten los monstruos. Observen cómo empujan los iguanas de atrás. Los dos hombres no bastarán para aplacarlas. Conque usted, mi querido Savage, junto con sus tres ayudantes su encantadora prima, constituirán el segundo plato de mis animales. Lo vaticino con entera confianza.

La mirada de Doc estaba examinando el patio mazmorra. No podía llegar al lado de sus ayudantes por el balconcillo circular.

Una pared divisoria muy alta le cortaba el camino. Y para cuando pudiera dar la vuelta al palacio forzando puertas, sería demasiado tarde.

Long Tom y Renny, sin poder soportar por más tiempo el peso de su cuerpo, habrían caído y sido víctimas de los animales.

Sólo había un medio de llegar a la celda: atravesar el patio en que se hallaban los monstruos.

Doc miró a Johnny.

-Acércale el cuchillo al cuello al conde. Si hace el menor movimiento... Monk: tú y Ham estad al tanto para ayudar en lo que sea preciso.

Doc asió el pasamanos del balconcillo y saltó al interior del pozo.

-¡Doc! -gritó Ham, horrorizado.

Su voz se perdió ante el coro de gruñidos de los iguanas al descubrir a un ser humano entre ellos.

Pat se tapó de pronto los ojos. Si hubiera mirado, hubiese visto algo digno de verse. Doc aterrizó sobre el lomo de unos de los monstruos. Al moverse éste, saltó al lomo de otro. Corrieron hacia él cuatro bocas abiertas.

Las esquivó, una tras otra, saltando rápidamente, de lomo en lomo de los animales.

Gracias a su agilidad y a su vista, procurando no permanecer más de un segundo en cada sitio, Doc llegó al centro de aquel anfiteatro de pesadilla.

Desde allí en adelante, le fue más fácil avanzar. Los animales estaban demasiado apretados unos contra otros para poderle atacar con éxito mientras estuviese de pie y en movimiento.

Llegó por fin a la celda. Saltando del lomo de los enfurecidos iguanas, asió los barrotes y se alzó hasta hallarse fuera de peligro.

Luego, apoyando los pies contra un barrote y asiendo otro con las manos puso en juego su enorme fuerza para separarlos.

Bajo la terrible fuerza de sus músculos, las extremidades sueltas de los barrotes se estremecieron y luego se doblaron.

-¿Podéis pasar por este hueco? -preguntó.

Long Tom no tuvo que contestar; su delgado cuerpo había pasado ya.

Asiendo los barrotes, agregó su fuerza a la de Doc. Los barrotes se doblaron lo bastante más para que pudiera escurrirse Renny entre ellos...

Los tres hombres subieron luego a pulso por los barrotes hasta llegar al balconcillo.

Mirando hacia el otro lado del horrible pozo, Doc les gritó a sus ayudantes:

-¡Aguardad a que vayamos a reunirnos con vosotros!

Sacó entonces una bomba de bolsillo, bomba minúscula, como una cápsula medicinal, pero cargada con un potente explosivo, y voló una puerta que separaba al balconcillo del resto del palacio.

Donde fue necesario, hizo uso de más de aquellas bombas para echar abajo puertas y volver al lado de sus ayudantes.

Unidos por primera vez desde que el misterio del Panal de Diablo proyectar sobre ellos su maldita sombra, Doc, sus cinco ayudantes y Pat, y el conde prisionero, recorrieron el palacio.

Lo encontraron vacío, por haberse escapado los esclavos a la selva a la primera oportunidad.

-Estamos todos juntos por fin -dijo Pat, gozosa.

-Sí; todos menos *Habeas Corpus* -dijo Monk, con hosquedad.

-Propongo que abandonemos esta isla en seguida -dijo Ham-, antes de que el cerdo ese nos encuentre.

-¡Picapleitos! -gruñó Monk-. *Habeas Corpus* es un *buen* cerdo.

-Bueno para comer, tal vez. Pero hasta eso dudo.

Después de proveerse de armas de fuego, los ayudantes de Doc se pusieron ropa del conde. Al parecer, éste no llevaba nada que no fuese negro.

Long Tom señaló el largo y puritano rostro de Renny, que asomaba por encima de un chaleco negro y riéndose a carcajadas, exclamó:

-¡Te pareces a *Frankenstein*!

-Sea como fuere, me va bien la ropa -gruñó Renny-, y no parezco un espantapájaros como tú.

Monk y Ham también hicieron comentarios acerca de su respectivo y elegante aspecto.

-¡Por el toro sagrado! -bramó Renny-. Es una delicia ver discutir a los dos otra vez. Este tipo puso a unos esqueletos nuestra ropa manchada de sangre y creíamos que habíais muerto todos.

Cuando estaban a punto de salir de palacio, encontró su bastón debajo de las pieles que había sobre el piano.

Examinó la punta del estoque y lo encontró cubierta aun de la substancia química que servía para dejar sin conocimiento al que pinchara.

Monk suspiró.

-Ahora ya se ha encontrado absolutamente todo menos *Habeas.*

-Y a ése no le encontraremos -dijo Ham, esperanzado-. ¿No le has oído decir al conde que la isla está infestada de cosas feroces?

Monk asintió:

-A *Habeas*, no le devorará nada. Si algo hubiera que devorar, sería él quien lo hiciera.

Humo de volcán formaba una especie de palio negro sobre la isla, amortiguando la luz del sol ecuatorial cuando Pat, Doc, sus ayudantes y su prisionero salieron del patio de palacio.

-Y ahora... ¿qué? –murmuró Long Tom.

Doc estudió el volcán unos instantes. Su brillo parecía haberse intensificado.

-Ese volcán tiene un aspecto muy poco tranquilizador -dijo Doc-. Sin embargo, hay dos cosas que son más urgentes de momento.

Una de ellas es salvar a esos pobres diablos que trabajan en los pozos -dijo Ham.

-En efecto.

-Y la otra -observó Johnny, usando palabras pequeñas en su excitación-, es averiguar qué es todo eso del Panal del Diablo.

-Acertaste también -dijo Doc.

Al internarse el grupo por un bosquecillo de mangos, Doc y Johnny conversaban en voz baja.

-Sin duda habrás llegado tú ya a las conclusiones que voy a decirte -observó Johnny-. En primer lugar, Ramadanoff insistió en que tú podrías dar con el paradero del Panal del Diablo mediante el empleo de instrumentos apropiados. Esto significa que el Panal del Diablo está compuesto de una substancia diferente a la ceniza volcánica de la isla.

-Justo -asintió Doc-, y el mero hecho de que esos pozos se abran tan cerca unos de otros, indica que el Panal del Diablo, esa lo que fuere, no es una cosa grande. De haberlo sido, hubiesen hecho los agujeros más separados entre sí.

-No se me había ocurrido eso; pero confirma mi teoría -declaró Johnny-. ¿Te has fijado en la estructura geológica de esta isla? La meseta de la costa es, en realidad, una loma a lo largo de la playa. Ahí es donde están cavando.

Estoy seguro de que la meseta es un depósito de ceniza volcánica. Este depósito se ha formado hace pocos años, a juzgar por la falta de vegetación. Más allá de la meseta, tierra adentro, hay una pequeña sección de pantano, densamente cubierta de selva.

Doc observó:

-Hay señales de que, primitivamente, el pantano era la orilla del mar.

Johnny rió.

-Veo que has llegado a las mismas conclusiones que yo. ¿Vamos que echar una mirada al lugar?

-Sí; vamos a examinar bastante a fondo ese pantano.

Monk se rezagó para gruñir:

-Me gustaría que alguien me dijese para qué son todos esos pozos.

-¿Examinaban los capataces las cenizas volcánicas que excavabais vosotros? -preguntó Doc.

-Sí; pero no muy minuciosamente.

-El objeto de esos pozos pudiera resultar una sorpresa -dijo Doc Savage.

Y se negó a decir más.

A medida que avanzaba el grupo, la selva se hacía más espesa. Las retorcidas raíces llegaban, a veces, a la altura de la cabeza y daban traspiés continuamente en la tierra esponjosa y empapada en agua.

El humo volcánico se hizo más negro. Los destellos rojizos se hicieron más vivos. Una ceniza fina de pómez volcánica se tamizaba por entre el laberinto de ramas. Lanzando roncas alarmas, albatros y gaviotas volaban a ras de la vegetación. Otras aves seguían sentadas en sus nidos y graznaban sin cesar.

-Los pajarracos serían capaces de volverle loco a cualquiera -dijo Monk.

-Si se nos busca, ellos delatarán nuestra presencia -agregó Long Tom.

-Una de las cosas de que no tenemos que preocuparnos, al menos, es de que nos suelten ningún tiro por aquí -dijo Monk-. El conde no permitía que ninguna otra persona más que él poseyese armas de fuego en la isla...

-¡A tierra! -ordenó Doc inesperadamente-. ¡Todo el mundo a tierra!

Monk y los demás se dejaron caer inmediatamente al suelo. Un instante después empezaron a oírse descargas de fusil.

Los proyectiles silbaron por entre las hojas, arrancando trozos de corteza y de ramas por encima de su cabeza.

-Me confundí en eso de creer que no había quien disparara contra nosotros -dijo Monk, sombrío.

CAPÍTULO XVI
EL HALLAZGO

Doc y sus hombres respondieron al fuego con las pistolas que habían cogido en palacio.

-¡Por el toro sagrado! -bramó Renny-. ¡Suena como un ejército!

Doc Savage dijo:

-Seguramente será Boris que habrá venido en avión desde Cocos y formando a los esclavos.

-Debimos de haber dejado caer a Boris cuando le teníamos colgado del aeroplano sobre el Pacífico y sin paracaídas -dijo Renny.

Monk hizo tres disparos. Le respondieron con otros que cortaron ramas por encima de su cabeza.

-Lo malo de tirar contra los fogonazos de sus armas es que se le proporciona a ellos la ocasión de disparar contra los fogonazos propios -gruñó.

Prosiguió la lucha, repercutiendo los disparos en el bosquecillo, y haciendo caer las cenizas alojadas en las ramas.

Silbaban proyectiles en todas direcciones, obligando a los combatientes a buscar mayor protección abriendo agujeros en el barro.

-¡Al cerdo de Monk le encantaría esto! -exclamó Ham, metido en barro casi hasta las cejas.

-¡Carguemos contra ellos! -propuso Renny.

-Callaos un poco -dijo Johnny-, y escuchad.

Por encima del ruido de los disparos se oyó otro nuevo, un conglomerado de gruñidos, algo así como si un centenar de las hambrientas iguanas del conde se hubiesen escapado del palacio y anduvieran por el bosque a caza de hombres.

El propio conde Ramadanoff fue el primero en interpretar correctamente el sonido. Lo hizo con considerable excitación.

-¡Súbanse a los árboles! -aulló, temeroso por su propia seguridad-. ¡Gritaré a nuestros enemigos que dejen de disparar!

-¿Qué viene? -inquirió Monk.

-¡Los cerdos salvajes! Parecen jabalíes y viajan en manadas. Cuando su número es grande, son capaces de derribar cualquier cosa viviente.

Escucharon. No cabía la menor duda de que se trataba de una manada de aquellos feroces animales. Se oía mucho el ruido en el barro.

El conde les estaba gritando a los adversarios, suplicándoles que no dispararan y que se subiera a los árboles si querían estar seguros.

Daba la casualidad, sin embargo, que Doc Savage y sus hombres se habían refugiado en los únicos árboles grandes que había a mano.

Aquellos tras los cuales se hallaban los otros, aun cuando resultaban excelentes como escondite, eran poco más que matorrales, incapaces apenas de sostener el peso de un hombre.

Los cerdos se aproximaban como una ola.

-¡A los árboles! -ordenó Doc.

Salieron del barro y gatearon por los troncos, subiendo el conde con ellos y ayudando a Pat.

Ham, siempre preocupado de su aspecto, se detuvo a quitarse algo del barro, por lo que se retrasó en subirse el árbol.

Es más: antes de que lograra hacerlo, un puerco delgado y desgarbado, con patas muy largas y orejas como velas de barco, salió de los matorrales y se dirigió en línea recta a él.

El enlodado abogado sacó el estoque, al mismo tiempo que retrocedía.

-¡Eh! -bramó Monk-. ¡Ten cuidado! ¡Ese es *Habeas*!

-Bueno y ¿qué importa? -contestó Ham-. Si no le mato yo, le matarán los cerdos salvajes que le están persiguiendo.

-¡Qué le han de perseguir! ¡*Habeas* los está conduciendo a todos!

Las palabras de Monk resultaron algo optimistas. Sin duda había dicho aquello basándose en las proezas anteriores de *Habeas* como luchador, que habían sido considerables.

Pero en aquellos feroces cerdos de la isla, *Habeas* se había encontrado con al horma de su zapato. Podía correr más que ellos, sin embargo, y eso era lo que estaba haciendo.

Ham se subió a su árbol y *Habeas* intentó inmediatamente subirse tras él, sin lograrlo.

-¡Zape! -aulló Ham-. ¡Vete de aquí! ¡Llévate a tus amigos contigo!

A Monk se le ocurrió una idea. Se inclinó hacia fuera y hacia abajo, a riesgo de caerse de su árbol y agitó un brazo, dando un alarido para llamarle la atención a *Habeas*.

Monk había enseñado a su cerdo a comprender y obedecer los gestos que hiciera su amo con la mano.

-¡Llévatelos de aquí, Habeas! -gruñó Monk, haciéndole una señal para que corriera en dirección a los cerdos atacantes.

El cerdo se portó magníficamente. Echó a correr a toda velocidad, llevándose tras sí a toda aquella horda de puercos feroces.

Se oyeron muchos gritos de excitación entre el enemigo, disparos y gruñidos de rabia de los cerdos. Doc aguardó a que los cerdos rezagados fueran a incorporarse a lo que sonaba como una batalla campal más allá.

-¡Vamos! -dijo-. ¡Esta es nuestra ocasión de escapar!

Bajaron de los árboles a toda prisa. La huída no resultó difícil, porque los hombres que les habían estado sitiando estaban ocupados, de momento, en luchar con los cerdos.

El grupo de Doc Savage avanzó durante mucho rato a través de la espesura hasta salir a lo que podía considerarse como un valle.

Antes de la última erupción volcánica (si las observaciones geológicas de Johnny eran exactas) el valle había sido playa de una bahía.

El hombre de bronce escuchó un buen rato sin oír nada que indicara la proximidad de enemigos.

-Aguardad aquí -les dijo a sus compañeros.

Un instante después desaparecía en la semiobscuridad. Fue aprisa, dirigiéndose a un punto determinado: la playa cerca de la cual se había estrellado su avión. Una vez allí, se quitó el traje y se metió en el agua.

Afortunadamente había cambiado la marea y la corriente no era tan fuerte cuando nadó hacia el lugar en que se había hundido el aeroplano.

Era imposible deducir más que aproximadamente el lugar, de forma que Doc tuvo que buscar buceando varias veces antes de dar con el aeroplano en unas cuatro brazas de agua.

Buceó hasta él unas cuantas veces y cuando, por fin, regresó a tierra a nado iba muy cargado.

-¡Por el toro sagrado! –restalló Renny, cuando Doc se reunió con ellos-. ¿Qué traes?

-Nuestros aparatos para descubrir metales bajo tierra. Long Tom... Johnny... vosotros podéis ayudarme con esto.- El aparato era muy sensitivo; pero no había quedado estropeado por la inmersión, ya que su estuche era impermeable. Trabajaron con él durante tres horas. Luego Doc se colocó en un punto determinado.

-Aquí -dijo.

Era cerca del principio de la subida de la loma costal, y se componía de ceniza volcánica. Empezaron a cavar, haciendo uso de palos como picos y trabajando lo más aprisa posible.

Fue el palo de Monk el que primero dio en madera enterrada. Trabajó más aprisa y no tardó en descubrir un portillo.

-¡Tesoro pirata! -exclamó, excitado.

Doc acercó una cerilla encendida al portillo, para examinarlo. Luego dijo:

-Mirad.

Y señaló una inscripción que había en el borde del portillo.

Ésta decía:

Patentado el 1.º de junio de 1908.

-Los piratas -dijo Doc Savage-, desaparecieron de los mares antes de 1908.

El portillo era grande y, después de haber roto el cristal y extraído el marco, pudieron introducirse por él, haciendo un esfuerzo.

Buscaron cuidadosamente por el interior y nada encontraron que pudiese hacer suponer que aquel barco fuera otra cosa que uno de carga.

Tenía la quilla de metal; la mayoría de los mamparos eran de acero y no había ni un solo esqueleto en el interior.

La quilla estaba lo bastante mutilada para que se viera el barco había naufragado. Con toda seguridad una ola gigantesca o una tempestad le habría lanzado muy alto en la playa.

-Esto ha resultado un fracaso -se quejó Long Tom.

El único que no parecía desencantado era el ruso. Doc, que le observaba con disimulo, se dio cuenta de que en el rostro del hombre había aparecido una expresión de triunfo que no lograba dominar a pesar de sus esfuerzos.

Poco después, el conde se acercó a Doc, quejándose de que las cuerdas le hacían daño en las muñecas y que bien podía soltárselas, ya que la única salida del barco (el portillo) estaba guardada por Renny y por Monk.

Doc le quitó la cuerda, diciéndole:

-Si intenta usted escapar, el resultado tal vez no sea muy agradable.

El conde hizo una reverencia, entornando los párpados para que no se notara cómo brillaba en ellos el triunfo. Se apartó a un lado y Johnny y Pat hablaron enseguida a Doc con inquietud.

-¿Por qué lo hiciste? -inquirió Pat-. Mentía al decir que le dolían las muñecas.

La contestación de Doc fue enigmática: -Haced como si no os fijarais en él.

Él mismo fingió estar ocupado en otro extremo de la quilla. El conde, en cuanto creyó que no se le observaba, se metió por el lado en que se había hallado la cámara del capitán.

Encontró el lugar que andaba buscando a tientas. Sus dedos apretaron.

Se descorrió un entrepaño. Metió la mano por el hueco, rebuscó por detrás del mamparo y sacó rápidamente algo.

-¡Démelo a mí! -ordenó Doc acercándose.

El conde soltó un rugido. Su rostro se contrajo en mueca de impotente furia.

Pero se dominó con rapidez y en sus labios apareció una sonrisa forzada.

-Tómelo -gruñó-; pero le advierto que significa la muerte.

Depositó el objeto en la mano de Doc.

-Fuera -ordenó Doc.

El conde obedeció.

-Vuelve a atarle -le dijo, luego, a Johnny.

Sólo después de haber quedado atado nuevamente los brazos del ruso se fijó Doc lo que tenía en la mano. Era una brújula de mano.

En la parte de atrás tenía incrustadas dos piedras preciosas soberbias, parecidas a las que llevara el conde en los anillos. ¡Una esmeralda y un rubí!

Inesperadamente sonó el exótico trino del hombre de bronce, haciendo que Pat y Johnny se miraran con sobresalto. Doc le enseñó la brújula a Pat.

-¿Qué es? -inquirió ésta, frunciendo el entrecejo-. No comprendo.

-Lo que lleva grabado -dijo Doc.

-Está en ruso. No entiendo gran cosa de ese idioma.

-Dice que la brújula le fue regalada al conde Ramadanoff por el Zar de Rusia -le explicó Doc-. Lo importante es la fecha.

-¡Que me superamalgamen! -estalló Johnny-. ¡La fecha es de 1911!

CAPÍTULO XVII
EL ANILLO ENCARNADO

En efecto -asintió Doc-. Lleva la fecha de 1911.

A sus palabras siguió un ruido semejante al trueno. No soplaba viento alguno. El ruido parecía filtrarse desde arriba, a través del pómez negro, y, al mismo tiempo, proceder del interior.

Se oía por todas partes como si las rocas, atormentadas, estuviesen vibrando, muy por debajo de la superficie del planeta, por toda la tierra.

-¿Qué es eso? -exclamó Pat intrigada.

-El exordio de la terminación -respondió Johnny.

-Esta vez te he comprendido, Johnny; quieres decir el principio del fin.

-Hemos de dejarlo todo -dijo Doc –y correr a salvar a esos pobres infelices que están en los pozos.

Doc salió el primero, seguido de todos los demás. Fuera del espeso bosque, al cruzar por los depósitos de lava, vieron de cerca el achatado con volcánico.

El cráter estaba envuelto en rojizo resplandor y ascendía el humo en retorcida espiral.

-¡No tardará ya! -gritó Ham.

-¡Ha estado preparándose a reventar desde que estamos aquí! -asintió Monk.

Doc aflojó el paso para dejar que Pat llegase a su lado. Cuando nadie les miraba, le entregó la brújula.

-Consérvala en lugar seguro -le dijo.

-¡Debes estar preparando jaleo! -exclamó Pat.

Doc nada dijo, tal vez porque en la obscuridad creada por la ceniza negra se vieron varios fogonazos.

-¡A tierra! -gritó Doc.

Empezaron a silbar balas por encima de ellos.

-¡El hermano de Boris otra vez! –aulló Monk.

La roca volcánica estaba llena de hendiduras. Ocultándose en ellas, Doc y sus ayudantes dispararon a su vez, logrando mantener a los otros a distancia.

Resultaba aún más peligroso que las balas la frágil piedra volcánica que se rompía en un millar de pedazos bajo el impacto de las balas, diseminándose como otras tantas agujas de cristal.

Doc dio las más severas órdenes contra todo riesgo temerario. Luego, dejando a Monk, Ham y Pat con el prisionero, se llevó a los otros consigo para intentar un movimiento de flanco.

Aprovechando las gargantas de lava y los cráteres apagados, Doc y sus hombres pudieron aproximarse bastante. Una vez fueron vistos y dispararon una lluvia de balas contra ellos.

Una de las balas tumbó un cardo de la especie llamada la antorcha, tirándolo contra los hombros de Renny, lo que significaba que éste tendría que pasarse semanas enteras arrancándose espinas.

Doc les dejó, desapareciendo en la obscuridad. Las cenizas volcánicas llovían más espesas ya, y el cono del volcán estaba bañado en un resplandor perpetuo de color de rosa.

Volvió a oírse la especie de trueno, que parecía filtrarse a través de la roca, bajo sus pies.

De pronto se oyó un estallido enorme. Su eco repercutió por los desfiladeros de lava como la explosión de un barreno.

-¡Las granadas de bolsillo de Doc! -bramó Renny.

Después de la explosión, se oyeron gritos frenéticos.

Los hombres de Boris Ramadanoff empezaron a disparar espasmódicamente.

Estos sonidos fueron retrocediendo, hasta que reinó el silencio.

Crujió la roca y Doc apareció en la obscuridad, dirigiéndose hacia ellos.

-¿La excursión tuvo éxito? -inquirió Johnny.

Doc movió afirmativamente la cabeza.

-Están corriendo.

-Más vale que corramos nosotros también -gruñó Renny-. Toda la parte superior de esa montaña está a punto de saltar.

-La amenaza se hace más seria por momentos -asintió Doc-. Vamos a reunirnos con los demás.

Pero no fueron ellos los que se reunieron con los otros, sino los otros los que se reunieron con ellos. Es decir, parte de los otros.

-¡Doc! -gritaron al mismo tiempo Monk y Ham, llegando a todo correr.

-¡Por aquí! -contestó Doc.

-¡El conde se ha escapado! -explicó Ham.

-¡Con Pat! -agregó Monk.

-Cortó la cuerda que le sujetaba contra esta roca vidriosa, seguramente -prosiguió Ham-. ¡Y agarró a Pat!

Monk bramaba de rabia.

-¡No podíamos disparar porque la usó como escudo!

-Y con este polvo y esta obscuridad desapareció de vista a los seis pasos -acabó diciendo Ham-. Intentamos encontrarle; pero en vano.

-Seguid hacia los pozos -ordenó Doc-. Ya buscaré yo a Pat.

Se despidió con un movimiento de mano y desapareció de su vista.

Mientras los ayudantes de Doc corrían en dirección a los pozos, el trueno subterráneo volvió a sonar y la luz rosácea que brillaba por encima del volcán se dilató violentamente, lanzando ígneos rayos a través de la cenicienta obscuridad y vomitando un torrente de lava que se deslizó por las laderas de la montaña en rojizos ríos.

-Ya te dije yo que estaba a punto de reventar -gruño Renny.

El geólogo Johnny les tranquilizó.

-Sería muy raro que la erupción inicial fuese de un volumen suficiente para inundar la meseta en que se encuentran los pozos.

Long Tom exclamó: -¡Mirad!

-¡Rayos! -estalló Monk-. ¡Corred!

El aviso apenas era necesario. Por un desfiladero empezaba a deslizarse, en dirección a ellos, una masa de lava líquida. Era una ondulante serpiente de roca líquida, hirviente. El calor predecía en gaseosas olas a la riada.

Los ayudantes de Doc lo sintieron al correr, frenéticos, hacia terreno más alto.

-¡Por el toro sagrado! -exclamó Renny-. De muy cerca nos ha ido eso.

-Y..., ¿cómo regresaremos luego a través de esa faja de infiernos derretidos? -inquirió Monk.

-Sólo tenemos cortado el paso por un lado -observó Long Tom.

Al acercarse a los pozos, hicieron varios disparos de aviso. Los capataces, como carecían de armas de fuego, no les disputaron el terreno.

Asustados ya por la actividad del volcán, se entregaron, gritando de pánico.

Los ayudantes de Doc obligaron a los hombres del collar de piel de lagarto a que se metiesen en los pozos y pusieran en libertad a los esclavos.

Tan aprisa se llevó a cabo el trabajo de salvamento, tan atentos estaban todos para asegurarse de que todos los esclavos fueran sacados de los pozos, que no se dieron cuenta, de momento, de la terrible trampa en que estaban quedando cogidos.

Fue Monk el primero en darse cuenta de su situación.

-¡Rayos! -rugió-. ¡Hay lava por los dos lados!

Así era, en efecto. El torrente de lava se había hecho mayor, abriéndose en dos fajas que cruzaban una por cada lado de la meseta. La única manera de escapar de ésta ahora era por mar.

Renny se golpeó los puños con impotencia.

-Y por mar los tiburones -dijo-. Amigos, estamos en una situación que difícilmente podría ser peor.

Mientras hablaban, los riachuelos de lava parecieron crecer.

Las rojas cuerdas alimentadas por la ígnea corriente del cráter del volcán se hincharon y aproximaron amenazando con inundar toda la meseta y su laberinto de pozos.

CAPÍTULO XVIII
LOS FABRICANTES DE MONTAÑAS

Cuando Doc Savage se puso sobre la pista del conde y de Pat, su aguda mirada fue descubriendo los indicios más insignificantes: un poco de vidrio

volcánico pisoteado, una hoja magullada, espinas caídas de alguno de los cactos que crecían en las grietas de la lava.

Ascendiendo en dirección a cráter, no tardó en encontrar señales indiscutibles de que el conde se había reunido con Boris y sus hombres.

La pista de los hermanos Ramadanoff conducía siempre arriba, en dirección al cráter del volcán.

La pista se hizo más reciente. Doc se hallaba ya en el cono de la montaña cuando el cráter vomitó lava con particular violencia. Bajando en gigantesca cascada de fuego por la izquierda del lugar en que se hallaba Doc, la roca líquida esparcía calor y luz.

Entonces vio Doc, por encima de él, a los que seguía. Una nube de humo amarillo los ocultó en seguida; Pero aquel instante había bastado.

El hombre de bronce abandonó el camino y subió por un atajo que le permitía interceptar a sus enemigos.

Era duro el camino por el antiguo depósito de lava. Engañaba mucho. Dos veces cedió el suelo bajo los pies de Doc y le precipitó en hendiduras de cerca de dos metros de profundidad.

El suelo se fue haciendo más caliente a medida que avanzaba. Los gases que se escapaban por las grietas dificultaban la respiración.

Al acercarse a los que perseguía, Doc, para no ser descubierto, se metió en una de las cuevas de humeante ceniza en los que se oía gotear piedra líquida.

Con los párpados entornados para evitar que se le abrasaban los ojos, empezó a subir por la ladera opuesta de aquella especie de pozo, maniobrando para poder salir a un punto por encima de sus enemigos.

Logró alcanzar el punto deseado, pero lo perdió todo en el momento que debía de haber sido el de su mayor triunfo.

El aire del agujero que había atravesado estaba impregnado de monóxido carbónico -gas incoloro e inodoro - cuya presencia sólo la descubría un hombre al perder las fuerzas.

A Doc no se le había ocultado la posibilidad de que se encontrase aquel gas en la atmósfera llena de humo. Al cruzar la escoria o espuma metálica de roca, no había respirado más de lo absolutamente necesario.

Pero aun aquel poco había sido demasiado. Las piernas se le pusieron pesadas como el plomo.

Recurrieron a toda su fuerza de reserva, llegó, tambaleándose, al borde del pozo y luego cayó rodando acompañado de una catarata de cenizas y agujas de roca.

Al caminar con los ojos momentáneamente cerrados por el escozor que le producían los gases del volcán sus vacilantes pasos le habían conducido a una superficie de cristal lleno de burbujas que se hundió bajo su peso, precipitándole por la empinada ladera casi encima de sus enemigos.

Estaba medio enterrado entre las cenizas que habían resbalado montaña abajo con él.

Antes de que pudiera librarse de ellas, el cañón del revólver de Boris Ramadanoff se le pegó en la nuca.

El conde se hallaba de pie ante Doc, la barbuda cabeza echada hacia atrás, riendo a carcajada limpia.

-Todo ha salido a pedir de boca -exclamó-. Mucho mejor de lo que hubiéramos podido proyectarlo nosotros. ¿No es cierto, hermano Boris?

El interpelado movió afirmativamente la cabeza.

Pat Savage, presa entre dos de los esclavos de collar de lagarto, miraba en silencio.

El conde la señaló con un dedo. A pesar de lo crítico del momento, Doc se dio cuenta de que no llevaba puesta la esmeralda.

-Tenemos a la muchacha -dijo el ruso, con aspereza-. Y le tenemos a usted. Y sus demás amigos están acorralados en la meseta.

-El torrente de lava no puede inundar la meseta de los pozos -contestó Doc.

Los ojos del conde brillaron.

-No ha tenido usted en consideración una cosa. Mi hermano Boris y yo estamos preparados desde hace tiempo para un caso como éste. ¿Ve usted el cráter del volcán?

Doc nada dijo. Nadie hubiera podido ver el cráter a través del humo.

-Está minado con cargas de nitroglicerina -gruñó el conde-. Por eso hemos escalado Boris y yo esta cima... para hacer estallar los cartuchos. Abriendo un nuevo agujero para el paso de la lava, la meseta de los pozos quedará inundada.

Doc movió negativamente la cabeza.

-No serían ustedes capaces de hacer estallar esos cartuchos.

-¿Por qué no?

-Es peligroso intentar cambiar la salida normal de la lava de un volcán.

-Si no fuera porque Boris va a apretar el gatillo del revólver que le tiene puesto a usted a la cabeza, nos vería usted atrevernos -dijo el conde, ominosamente.

Doc, haciendo caso omiso de la amenaza, dijo:

-Aun existe otro motivo para que no inunden la meseta. El Panal del Diablo, que tanto tiempo han buscado haciendo esas excavaciones... No creo que se resignen a verle sepultado bajo tierra y treinta metros de lava.

-¡Ah! -exclamó el conde, en tono amenazador-. ¡Conque ha deducido usted dónde se encuentra el Panal del Diablo!

-Puesto que el hombre de bronce sabe tanto -dijo Boris, burlón-, ¿por qué no decirle lo demás, hermano? Tal vez, en el mundo a que mi revólver va a mandarle se encontrará con el conde Ramadanoff *verdadero*, cuyo interés por ese fragmento de historia será enorme.

-De acuerdo, hermano Boris -contestó el otro. Fijó la mirada en Doc-. Sepa, pues, que yo no soy el verdadero conde Ramadanoff. El auténtico vino a esta isla para huir de los horrores de la revolución rusa. Su barco era ese que usted, Savage, tuvo la bondad de descubrirnos hoy.

Al huir de los revolucionarios, el conde trajo consigo a esta isla a un centenar, sólo mi hermano Boris y yo hemos quedado con vida.

-"La muerte del agujero, de pulgar" acabaría con todos los demás, seguramente -dijo Doc.

-Algunos de ellos murieron de eso -confesó el hombre-. Otros dejaron la vida en los pozos. Pero interrumpe usted mi relato. Entre las cosas que el conde trajo consigo se hallaba... el Panal del Diablo. Lo escondió con mucha astucia. Mi hermano Boris y yo fuimos torpes al matar al verdadero conde Ramadanoff. Murió antes de que hubiéramos podido arrancarle el secreto de

su escondite. Sabíamos algunas cosas, sin embargo. Sabíamos que el Panal del Diablo estaba escondido en esa meseta rodeada ahora de fuego. Conque Boris y yo nos encargamos de hacer naufragar barcos para conseguir hombres que cavaran. Los pozos se hacían siguiendo un plan preconcebido. Era nuestra intención llenar de agujeros toda la meseta si era preciso.

Doc Savage interrumpió:

-¿Y el barco? ¿Cómo es que desconocía usted su paradero?

-Lo estrelló una ola gigantesca producida por el volcán al entrar en erupción. Y quedó cubierto por las cenizas volcánicas. Ni Boris ni yo sabíamos dónde estaba.

-Pero conocía la existencia de la brújula y sabía que era la clave del paradero del Panal del Diablo -dijo Doc.

Boris Ramadanoff experimentó un violento sobresalto y miró a su hermano.

-¿Encontraste la clave? -preguntó.

-No -respondió el hermano con toda serenidad-. ¡Savage miente! Intenta volverte contra mí para aprovechar las circunstancias.

-Conocía en qué consiste la clave -rugió Boris-. ¿Cómo sabe él que se trata de una brújula si no la vio en tus manos cuando la encontraste?

-¡Te digo que todo eso es mentira, hermano! -exclamó el otro, desesperado-. Aprieta el gatillo de una vez y mándale al otro mundo.

Boris le dirigió una mirada torva.

-Quiero saber algo más de esa brújula -contestó.

-¡Imbécil! -exclamó el conde.

A continuación se oyó un sonido semejante al chasquido de unos dedos.

Boris cayó al suelo y empezó a salirle sangre por un agujero que le había aparecido en la sien. "La muerte del agujero de pulgar" había reclamado otra víctima.

Como medida de seguridad, Doc Savage entró un acción inmediatamente.

Mientras el falso conde hablaba, había estado trabajando con rodillas y caderas en la escoria de origen volcánico que le envolvía y sujetaba en parte.

Había logrado aflojarla bastante.

De pronto dio un salto hacia delante. La escoria se retiró en oleada al sacudirse y quedar libre su cuerpo.

Sintió algo cerca de la sien. Era muy difícil definir exactamente de qué se trataba. Debía de haberle andado muy cerca, porque le ardía la sien.

Seguramente se trataría de "la muerte del agujero del pulgar".

El falso conde perdió de pronto la serenidad. Saltó hacia atrás, dio media vuelta y echó a correr.

Doc Savage le gritó a Pat en lengua maya. La joven se retorció, dio un salto frenético. Sólo tenía atadas las manos.

Tan aturdidos estaban los que la custodiaban por lo que acababa de suceder, que logró desasirse.

Doc llegó a su lado, y juntos saltaron por uno de los agujeros de escorias.

Corrieron como locos. Doc ayudó a Pat.

Allá a la derecha, escondido por el humo, Doc Savage oía al conde ascender por las cenizas. A juzgar por el sonido, el pensamiento principal del hombre era alejarse de la vecindad lo más aprisa posible.

Había perdido final y definitivamente todo dominio sobre sí.

CAPITULO XIX
EL PANAL DEL DIABLO

Pat preguntó: -¿Seguimos al conde?

-Sí; pero no te acerques demasiado a él. Asegúrate de que nos oiga.

Esta recomendación pareció intrigar a Pat.

Hubiera comprendido que se le dijese que no se acercara al conde y que le siguiera procurando no hacer el menor ruido; pero seguirle a distancia y encargarse de que les oyera era cosa que la desconcertaba.

-¿A qué viene eso? -preguntó.

En lugar de contestarle, Doc se detuvo, desalojó una pesada roca y la dejó rodar ladera abajo. El conde había estado yendo aprisa; pero ahora soltó una maldición y su velocidad aumentó. Sabía que le perseguían.

La tierra se había agrietado por algunos sitios, seguramente por la fuerza de los gases al dilatarse.

Pasaron junto a un charco de lava que había sido desviado hacia arriba y que empezaba ya a solidificarse en olas irregulares, algunas de ellas tan altas como un hombre. Por otros sitios serpenteaban riachuelos de piedra en fusión.

Llegaron a una región en que los gases apresados habían ahuecado, mucho tiempo antes, la estructura volcánica, formando fantásticas cavernas. Era como si unos monstruos hubiesen construido sus guaridas en la ladera del cono. Pasaron por entre cenizas que parecían de cristal molido y en las que se hundían hasta las rodillas.

-Cortan como navajas de afeitar -gimió Pat-. Mis botas no podrán aguantar mucho más.

De pronto salieron a una superficie llana, más allá de la cual la ladera bajaba, muy pendiente, hasta una especie de ensenada.

El viento les soplaba en la cara y barría el polvo hacia el otro lado de la isla.

Por consiguiente, les era posible ver un poquito mejor. Doc escudriñó el terreno atentamente.

-Sígueme -le dijo a Pat.

Ésta lo hizo como mejor pudo. Estaba casi agotada. Le parecía que habían transcurrido días y días desde que durmiera, comiera y tuviese un instante de tranquilidad, o respirado una bocanada de aire verdaderamente puro.

Se oyó un grito delante. Luego disparos. Oyó aullar al conde.

Era en la orilla de la pequeña ensenada. El agua estaba relativamente tranquila. Doc Savage se hallaba cerca de la orilla, detrás de una roca alta.

Unos doscientos metros más allá, el conde retrocedía a lo largo de la playa, revólver en mano.

Disparó contra Pat. Ésta se escondió, se arrastró hacia delante y se reunió con Doc.

Miró hacia el agua.

Un hidroplano flotaba allí, un anfibio de ala alta y dos motores, equipado cada uno de ellos con una hélice de tres hojas.

El aparato estaba anclado cerca de la playa y en su fuselaje se leía lo siguiente:

-¡Impediste que el conde se acercara al aparato!- exclamó Pat, comprendiendo, de pronto, por qué había querido Doc que supiese el hombre que se le perseguía.

Gracias a ello, había conseguido que persistiera su temor y que huyera hacia el avión.

-Sí -contestó Doc-. Ahí tienes la explicación de cómo llegó aquí el hermano Boris. Debía de haber una expedición en la isla de Cocos, buscando tesoros. Casi siempre hay alguna allá. Este aeroplano se lo robaría a los expedicionarios probablemente.

Más adelante descubrieron que tal era el caso. Se dirigieron al aparato y subieron a él. El hidroavión tenía un fuselaje muy fuerte, construido para trabajo duro, lo que no dejaba de ser una suerte, porque, a pesar de la pericia de Doc, el aterrizaje en el otro lado de la isla no fue muy saludable para la quilla.

Ningún aparato podía amarar fácilmente en aquella serie de corrientes y marejadas.

Monk, Ham y los otros, dando gritos de alegría, salieron al encuentro del aparato a la playa, metiéndose en el agua y sujetando la quilla para impedir que ésta se averiase contra las rocas.

-Por muy aprisa que nos vayamos de aquí, aun será muy despacio para mi gusto -aulló Monk-. Tengo que encontrar a *Habeas Corpus*. Debe estar por el otro lado de la isla.

-Probablemente aun le estará persiguiendo esa manada de cerdos salvajes -dijo Ham.

Doc empezó a dar órdenes.

-Monk, tú y los demás podéis emplear este aeroplano para llevar a lugar seguro a estos pobres prisioneros del conde. Más vale que los trasladéis al arrecife, y no a la isla. El arrecife no queda sumergido ni cuando sube la marea. No correrían peligro aquí.

-¿Y tú, Doc? -inquirió Monk.

-El Panal del Diablo está aquí, en la meseta -contestó Doc.

Pat había estado reflexionando, al parecer.

De pronto, dijo:

-¡Doc! ¡La brújula! ¡Seguramente habría un mapa en ella o algo así!

-No cabe la menor duda de ello -contestó Doc.

-Pero... ¡el conde me la quitó! -exclamó Pat-. ¡No la tengo!

Por toda contestación, el hombre de bronce sacó la brújula enjoyada.

-El conde se quedó sin ella cuando tomó parte en la lucha que precedió a mi captura. Se la quité del bolsillo.

Pat decidió quedarse. Renny, igual.

Los demás, como estaban armados, se sintieron capaces de guardar a los prisioneros y de trasladarlos a uno de los arrecifes cerca de donde las falsas luces de navegación habían hecho que naufragara tanto barco.

Había bastante luz ya, porque la lava había incendiado el bosque y el cráter del volcán no hacía más que vomitar llamas.

Doc Savage quitó el cristal de la brújula y levantó la esfera. Debajo, atado al perno con un cordón de seda, había un trozo de pergamino.

Doc lo desenvolvió.

Era un mapa muy sencillo, en el que se habían señalado puntos de referencia y las distancias en pasos.

Estuvieron de suerte. El punto principal de referencia resultó ser una roca de un tamaño extraordinario que repasaba cerca de un extremo de la meseta.

Corrieron hacia ella, deteniéndose tan sólo para recoger unas cuantas muestras de algunos de los pozos. Doc Savage midió las distancias.

Empezaron a cavar; Doc y Renny metidos en el agujero, Pat se encargaba de apartar la ceniza que volviera a caer dentro.

Dieron con la tapa de plomo de una arquilla a unos dos metros de profundidad. Al sacarla se dieron cuenta de que había otras muchas arquillas iguales debajo.

-Vamos a ver lo que hay dentro -dijo Renny, dando un golpe a la tapa con su pala.

El plomo era blando; se abrió. Enormes glóbulos verdes y rojos brillaron ante sus ojos, escocidos de sudor.

-¡Por el toro sagrado! -exclamó Renny.

La arquilla de plomo contenía un objeto de oro, probablemente un trozo de la coraza de una armadura antigua. Estaba cuajado de pedrería.

Ésta iba incrustada de tal forma, que el conjunto se asemejaba a un panal.

Había diamantes, rubíes, esmeraldas, todas ellas piedras de valor.

-Comprendo por qué lo llamaban el Panal del Diablo -bramó Renny.

-¿Por qué no desenterramos lo demás? -preguntó Pat.

Se pusieron a hacerlo. Los lados del agujero se hundieron, retrasándoles algo. Un momento después, ocurrió otra desgracia que hizo olvidar la primera.

Se oyó una enorme explosión. La tierra pareció convulsionarse, saltar y estremecerse como si intentara abrirse.

Siguió a esto un ruido muy grande, singularmente hueco; el ruido característico de la detonación de un explosivo extremadamente potente.

-¡La carga de nitroglicerina del conde! -exclamó Pat.

Miraron hacia el elevado cono del volcán y vieron algo que seguramente sería lo más grandioso -pero, al mismo tiempo, lo más amenazador -que habrían visto en su vida.

Había empezado a sonar una especie de trueno que iba aumentando en volumen. Pero esto pasó casi inadvertidamente. Era lo que estaba ocurriendo en la parte superior del cono lo que atraía sus miradas.

Las cataratas del Niágara parecían haberse convertido en fuego líquido y salir del enorme cráter.

-¡Por el toro sagrado! -exclamó Renny-. ¡Esto parece una noche de San Juan!

Doc se irguió y miró a su alrededor rápidamente. Estaba calculando el tamaño de la erupción y la distancia que les separaba de la playa.

-¡Corred! -dijo, de pronto.

Renny protestó: -Pero estas arquillas de plomo...

-Ninguna de esas cosas vale la pena de que se muera por ellas. Si te quedas a sacarlas, no tendrás tiempo de salvarte.

Renny no tuvo que pensarlo mucho.

-¡Tienes razón! -dijo.

Echaron a correr, deteniéndose Renny tan sólo a recoger el racimo de piedras preciosas que tanto se parecían a un panal, a un panal cuyas celdas estuvieran taponadas, no con cera, sino con joyas de todas clases.

El aparato les recogió sin más dificultad de la que habían esperado.

Se alejaron justamente a tiempo. Al alzarse el hidroavión del agua y dirigirse hacia el extremo más tranquilo de la isla, estudiaron la escena.

Bajo un cielo rojo como el infierno, el cráter escupía lava y rocas, algunas de éstas tan grandes como edificios pequeños. Algunas de estas rocas cayeron al mar o rodaron hasta él, haciendo elevarse increíbles cantidades de vapor.

Con el ruido de un mundo que se acababa en los oídos y la luz de un infierno ante los ojos, el propio Doc tomó los mandos del aparato y amaró en agua relativamente tranquila dentro de una pequeña caleta.

No atracaron el avión a la playa, sino que lo conservaron a flote, con los motores en marcha, a punto de despegar inmediatamente de producirse un terremoto, cosa que era muy posible.

Monk, haciendo caso omiso de todo lo que dijeron, saltó a tierra. Quería encontrar a su cerdo *Habeas Corpus*.

Lo raro del caso es que le acompañó el elegante Ham, que, en aquel momento por cierto, nada tenía de elegante.

Regresaron mucho más aprisa de lo que se les esperaba. Iban corriendo y llevaban a *Habeas*.

-Hemos encontrado al otro hermano... al conde... el que estaba vivo -gritó Monk.

-¿Qué creéis que le ha sucedido?

Nadie intentó adivinarlo.

-¡Esos cerdos salvajes! -dijo Ham-. ¡Habían acabado con él cuando nosotros llegamos!

Habeas Corpus nunca había sido un cerdo muy elegante; pero en aquellos momentos estaba hecho una verdadera calamidad. Era evidente que había pasado momentos verdaderamente emocionantes en la fantástica isla.

Aprovechaba todas las ocasiones posibles para echarse. Había estado delgado anteriormente, tan delgado como parecía posible que pudiera estarlo en cerdo; pero ahora se había puesto más delgado aún.

Renny pegó un salto de pronto, dio un grito y se llevó una mano al costado.

Intrigado, se miró una contusión que se iba poniendo lívida.

-¿Quién me ha hecho esto? -rugió.

Monk hizo un rápido movimiento con la muñeca y algo volvió a golpearle a Renny las costillas.

-¡Eh! -exclamó la víctima, con sobresalto-. ¿Qué es eso?

Monk miró a Doc.

-¿Habías decidido tú ya cómo lo hacían?

El hombre de bronce movió afirmativamente la cabeza.

-Los hermanos deben de haber ensayado mucho para adquirir tanta habilidad -dijo.

-Sí; no cabe la menor duda de ello -admitió Monk.

-¡Por el toro sagrado! -gruñó Renny examinando el objeto que Monk tenía en la mano-. ¡Es el anillo de esmeraldas que llevaba el conde! Está atado a un hilo; pero apenas se le ve.

-Y el hilo es fuerte a más no poder -le dijo Monk-. Esta es "la muerte del agujero de pulgar".

-Con lo misteriosa que parecía -dijo Pat -, y lo siniestra.

-Era ambas cosas -aseguró Doc-. Recordaréis que la "muerte del agujero de pulgar" reclamaba sus víctimas sólo cuando la luz no era lo bastante fuerte para que se viera el hilo casi incoloro. Tiraban el anillo con una fuerza enorme. Los dos hermanos tenían musculatura muy recia, como recordaréis. Ensayarían mucho. Después de usar el anillo, volvían a retirarlo tirando del hilo.

-Se lo encontramos al conde -anunció Monk-. Los cerdos salvajes... bueno, se lo dejaron.

Guardaron silencio después de eso, contemplando la escena que había ante ellos. El espectáculo resultaba fabuloso entre el fragor constante y el resplandor del fuego, así como el ruido de las rocas al caer.

Mientras contemplaban el volcán, sabían que podían marcharse en el aeroplano en cualquier momento que quisieran, y conducir a los ex prisioneros de los hermanos Ramadanoff a otras islas más grandes de las Galápagos, donde podrían ser recogidos, cosa que se hizo, en efecto.

Monk estaba exhibiendo la coraza cuajada de pedrería.

-No es gran cosa comparado con lo que, probablemente, dejamos atrás -dijo-, pero a buen seguro podrá venderse por un millón por lo menos. Repartiéndolo entre los prisioneros que hemos salvado, debiera de ayudarle un poco.

Ham hizo como si no lo oyese. Estaba mirando a Habeas Corpus.

De pronto el abogado soltó una serie de gruñidos y movió los pies ruidosamente.

-¡Cerdos salvajes! -aulló.

Habeas Corpus no volvió la cabeza siquiera. Se tiró de cabeza al agua y nadó en dirección al aeroplano.

-¡Vive Dios! -exclamó Ham, sonriendo-. ¡Hace años que buscaba yo un sistema para que ese puerco se quitara de mi vista y... mira por donde he ido a encontrarlo!

FIN